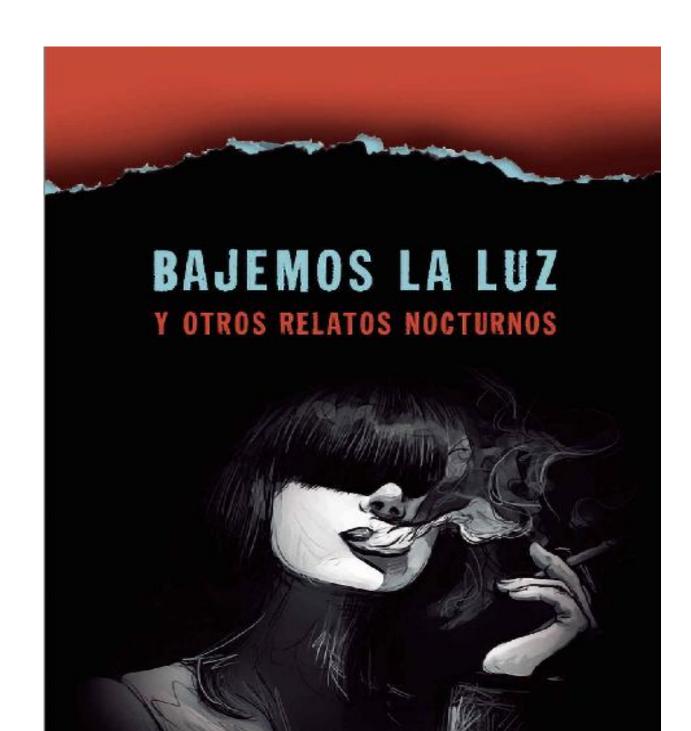


# BAJEMOS LA LUZ

Y OTROS RELATOS NOCTURNOS



Terralgnota



MARÍA UTRILLA

Terralgnota

### María Utrilla Julve Bajemos la luz

y otros relatos nocturnos



1ª edición en formato electrónico: marzo de 2021

- © María Utrilla Julve
- © De la presente edición Terra Ignota Ediciones

Diseño e ilustración de cubierta: Blanca Buenafé Cerdán

Terra Ignota Ediciones c/ Bac de Roda, 63, Local 2 08005 – Barcelona info@terraignotaediciones.com

ISBN: 978-84-123449-5-0 THEMA: FYB FH 2ADS

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor.

## María Utrilla Julve Bajemos la luz

y otros relatos nocturnos

Una noche en la jungla

Bajemos la luz

Nuevas Amistades

Pólvora y basura

Puerta cerrada

El escondite

A mis padres, por poner tantos libros, cuadernos y lápices a mi disposición.

A mi hermana, por ser el mejor apoyo que cualquiera podría tener.

A Maggie y Mia, por ser uno más de la familia.

#### Una noche en la jungla

El semáforo se puso en verde, pero yo tardé todavía unos segundos en darme cuenta. Los coches que se alineaban detrás del mío empezaron a pitarme y reaccioné haciendo circular el coche avenida adelante.

Los ojos me escocían de forma muy molesta, y me los froté con el puño, consiguiendo que todo mi maquillaje se corriese y me pringase la piel. No sabía para qué demonios me habría maquillado. Dirigí una rápida mirada al reloj del coche: las once y media de la noche. Resoplé malhumorada y pisé el acelerador, recorriendo la avenida como una exhalación. Estaba de muy mal humor, y me sentía incómoda. Un año más me dirigía a la reunión de antiguos alumnos del instituto. Todos los años se celebraba al llegar la Navidad, y todos los años era exactamente lo mismo. Pero lo peor era que cada vez yo volvía de la reunión exactamente igual: con aquella sensación tan molesta, aquella quemazón en el pecho, aquellas ganas tan irritantes de llorar, que solo tengo cuando me siento profundamente humillada, o muy disgustada por algo.

Yo nunca había querido ir a la reunión de antiguos alumnos. Jamás me han gustado esos espectáculos tan absurdos. Ni siquiera entendía por qué mis ex compañeros tenían que celebrar algo así. Parecía una estupidez propia de una película americana mala, de esas que repiten en la televisión una y otra vez... Pero mi amiga Elisa adoraba todo aquello... Las celebraciones multitudinarias, los eventos llenos de gente... Esas fiestas que dan las personas cuando quieren quedar bien, y recibir los halagos de los invitados. Y por ese motivo, año tras año, Elisa se encargaba de organizar aquella maldita reunión de antiguos alumnos. Y año tras año, yo acudía por compromiso. Aquel año las cosas no iban a ser diferentes, y yo me presentaba una vez más. A pesar de que hacía casi dos meses que no sabía nada de Elisa.

Giré por una calle secundaria, alejándome del centro de la ciudad. El barrio al que me dirigía no estaba muy lejos. Un mechón de flequillo lacio me caía constantemente sobre los ojos, y me lo aparté de un manotazo. Tampoco sabía por qué demonios me había molestado en hacerme un peinado elegante; después de todo llegaba tarde, como siempre.

Ya podía imaginarme lo que me iba a encontrar al llegar a la cena. No me resultaba difícil hacerlo, ya que todos los años era lo mismo. Cuando me había despedido de mis antiguos compañeros al acabar el instituto, todos ellos eran todavía unos chiquillos deseosos de lanzarse al mundo de los adultos. Después de aquello, se habían dispersado por diferentes carreras y trabajos. Todos habían ido buscando su lugar en aquel mundo que se presentaba ante ellos, habían crecido y se habían convertido en adultos. Y cada año habían vuelto a encontrarse, en diciembre, en una fiesta. Y yo había podido ver los cambios operados en ellos año tras año. Tamborileé con los dedos sobre el volante, pensativa. No se podía decir que mis compañeros hubieran cambiado precisamente para mejor.

Lo que me había encontrado cada diciembre al llegar a la reunión, era un grupo de gente salvaje, egocéntrica, vacía, gente que en sí misma, resultaba una auténtica contradicción: había visto a ex compañeros abrazarse y saludarse en medio de la fiesta como si realmente estuvieran muy felices de volver a verse. Como si se apreciasen y se hubieran echado de menos. Y después, cuando uno de ellos se había ido, había visto como el otro lo criticaba con una crueldad feroz, en el mismo lugar y frente a las mismas personas que antes les habían visto saludarse y abrazarse.

Había observado a gente que aparecía aferrada a sus parejas, los dos novios radiantes, hablando a los demás de lo felices que eran juntos. De lo maravillosa y especial que era su relación. Cuando todos los habían escuchado por separado un rato antes, en sus diferentes grupos de amigos: ella quejándose de que él no le dedicaba tiempo suficiente a su relación, y nunca sacaba tiempo para hacer cosas juntos. Y él tachándola a ella de estrecha y de histérica frente a sus amigos.

Y lo más gracioso era que aquellas personas presumían de amor. De tener uno de esos amores de novela, de estar destinados el uno al otro, de ser tremendamente afortunados por haber encontrado a la persona perfecta para ellos. Sacudí la cabeza con tristeza: como si todos no supiesen que Lara, antes de empezar a salir con Jaime en el instituto, se empleó a fondo en seducir a Marcos, y que solo cuando vio que este no le hacía ningún caso, decidió probar con Jaime, que parecía prestarle algo de atención cuando se encontraban por ahí. Cómo si Pedro no hubiese puesto los cuernos a sus últimas tres novias en el instituto, aunque ahora Ibis, su última conquista, presumiera delante de todos de cómo ella lo había

cambiado, y de los preciosos regalos que él le hacía por su cumpleaños.

Doblé una esquina con un giro brusco del volante, perdida en mis pensamientos. Habría cientos de personas muchísimo más indicadas en este mundo para hablar de amor. De amor de verdad. ¿Por qué precisamente aquella clase de gente se empeñaba en presumir de él?

Pulsé el botón de la radio, buscando algo con lo que distraerme, y enseguida la música de una emisora desconocida empezó a sonar en el coche.

Y luego estaban aquellas maravillosas personas que no sabían hablar de otra cosa que no fuera de ellas mismas. Y no eran pocas. Personas que, las pocas horas que habían pasado junto a mí en aquellas cenas, me habían taladrado sin piedad con sus vidas llenas de emoción, y con sus grandes hazañas. Y que cada vez que yo intentaba abrir la boca, me cortaban para contarme algo que tuviera que ver con ellos. Personas que presumían de su carrera de Derecho como si no hubiera otro abogado en el mundo. Personas que hablaban de sus vacaciones como si a nadie se le hubiese ocurrido visitar la India antes que ellos. Incluso algunas personas que me habían preguntado si seguía sus últimas publicaciones en Facebook.

La música que sonaba en la radio, una balada tristona de los ochenta, empezaba a deprimirme, así que cambié de emisora en busca de algo más animado. Como si yo no tuviera nada mejor que hacer que leer las gilipolleces que escribían mis ex compañeros en Facebook. Yo también tenía una cuenta de Facebook, y no esperaba que nadie siguiera mis publicaciones como si fueran algo importante. Aquellas pretensiones me parecían tan absurdas... Como si nadie más en la Tierra publicara las mismas canciones, las mismas frases hechas, o los mismos fragmentos de novelas y películas que ellos publicaban.

Lo que en cualquier caso tenía muy claro, es que yo no era como mis antiguos compañeros de clase. Ni siquiera lo había sido cuando iba con ellos al instituto. Desde muy joven había sentido que yo iba aparte de ellos. Por suerte había encontrado buenos amigos en otras actividades y en otros ambientes, pero nunca había tenido mucha vida social con mis compañeros de instituto. Nunca había sido una más de la clase. Y ellos lo sabían, seguían dándose cuenta de ello cada año, en las reuniones de Navidad, y seguían tratándome como tal. Hablaban conmigo, pero me hablaban como a una extraña. Y a veces eran directamente desagradables, y me hablaban

como si fuera idiota, o estuviera por debajo de ellos.

Suspiré profundamente, mientras giraba por una nueva calle. Yo no pertenecía a su mundo. A mis antiguos compañeros les encantaba presumir de sus vidas. Les gustaba proclamar su éxito, que todos supieran lo genial que era su día a día. Les encantaba aparentar, y eran muy competitivos unos con otros. Yo en cambio no lo era. A mí solo me movían aquellas cosas que me hacían feliz, aún sin tener claro que fueran las correctas. Por eso había estudiado Filología, aunque mis compañeros se habían reído de mí, porque esa carrera jamás me proporcionaría un puesto de trabajo fácil, ni un gran estatus social, ni mucho dinero.

Yo también había tenido novio, como todas aquellas felices parejas que aparecían en las reuniones. Pero él me había dejado, y después de aquello no había vuelto a encontrar a otro chico del que enamorarme. Es cierto que la soledad es dura, y que lo pasé muy mal al principio, pero con el paso del tiempo me había replanteado si realmente merecía la pena estar con cualquier payaso que se te acerque una noche solo para tener alguien con quien salir. Y había decidido que no, aunque mis compañeros me mirasen con una mezcla de lástima fingida y malicia mal disimulada cuando les decía que seguía soltera.

Por supuesto yo era consciente de que aquellas personas se burlaban con crueldad de mí en cuanto les volvía la espalda. Aunque aquello no me preocupaba demasiado. Solo empezaba a mosquearme de verdad cuando ellos ni siquiera se molestaban en esperar a que me diera la vuelta para empezar a reírse de mí.

En la radio empezó a sonar una canción de Depeche Mode, con su inconfundible aire electrónico. Cuando quise darme cuenta, estaba tarareando entre dientes, algo más animada. Me había adentrado en un barrio de calles algo más estrechas, con un trazado perfectamente regular. Uno de esos barrios llenos de callejuelas idénticas, en los que resulta tan fácil perderse. Se suponía que en aquella zona estaba la sala de fiestas que habían alquilado esa vez para celebrar la reunión. Uno de esos restaurantes de precio módico aunque decorados de forma elegante y con espacio para bailar.

Yo no tenía GPS en el coche, ni en el teléfono móvil, así que había buscado la dirección en casa y la había apuntado en la hoja de una libreta. Confiaba en poder encontrar el lugar. Reduje la velocidad y leí el letrero

con el nombre de la calle en la que me encontraba. La sala no debía de estar muy lejos.

Sí, de buena gana habría pasado aquel año de la reunión de antiguos alumnos, y me hubiera dedicado a hacer cualquier otra cosa, como leer un buen libro o ver una película bajo la manta eléctrica. El único motivo por el que asistía, era por mi amiga Elisa.

Elisa era la única persona que había conocido en el instituto a la que me atrevía a llamar "amiga". Las dos nos habíamos conocido en el primer curso, y habíamos congeniado bastante desde el principio. A pesar de que teníamos muy poco en común. De hecho, en ocasiones había llegado a plantearme si en realidad no seríamos completamente opuestas. Elisa, a diferencia de mí, sí era una más de la clase. Caía bien a todo el mundo, era la primera en apuntarse a excursiones o a cualquier evento que organizara la clase, y era el alma de todas las fiestas. Era atractiva, pero además muy coqueta, y le encantaba llamar la atención. Había salido con tantísimos chicos a lo largo de todos los años de instituto, que ya nadie llevaba la cuenta. Yo era muy diferente de ella. Mucho más sencilla, mucho menos orgullosa y me gustaba pasar desapercibida. Lo curioso era que Elisa y yo habíamos ido juntas a todas partes, pero la que llevaba la voz cantante siempre era ella: la que decidía lo que íbamos a hacer y cómo, la que organizaba los planes, la que acababa siendo la protagonista de todo, mientras que yo permanecía cómoda y satisfecha en un segundo plano. Era como si a lo largo de todo el tiempo que habíamos pasado juntas, cada una se hubiese acomodado a un rol concreto, pero contando siempre con el papel de la otra como apoyo. Como si las dos juntas formásemos la combinación perfecta, aportando la una lo que le faltaba a la otra.

Giré una calle a gran velocidad, tan ensimismada que apenas reparé en las dos chicas que cruzaban por un paso de cebra, frente a mí, atravesando la calle. En cuanto las vi, musité una maldición entre dientes, y di un frenazo brusco, hasta detener el coche por completo, a solo unos centímetros del paso de cebra. Las dos chicas se habían detenido de golpe, al ver aparecer el coche de la nada. Las observé bajo la luz de los faros de mi coche, paralizadas, mirándome con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el susto. No pude evitar que me recordaran a dos pequeños conejillos indefensos, deslumbrados por las luces de un coche en medio de una autopista. Hice un gesto de disculpa con la mano, y las chicas, al ver el

coche detenido, por fin se decidieron a terminar de cruzar la calle, y desaparecieron rápidamente al llegar a la otra acera. Puse de nuevo el coche en movimiento, dejando a las chicas atrás, y suspiré profundamente. Estaba demasiado alterada para conducir, demasiado encerrada en mis pensamientos. Si seguía circulando en ese estado podía tener un accidente. Ya había visto el susto que acababa de dar a aquellas chicas. Sería mejor que aparcase en el primer sitio que encontrase y siguiera buscando la sala a pie. Después de todo, aquel lugar no podía estar muy lejos, y ya llegaba tarde de todas formas.

Continué circulando calle adelante, hasta encontrar un sitio libre. Aparqué el coche, me puse el abrigo, cogí el bolso y salí a la calle. Me recibió un viento frío, propio de una noche de principios de diciembre. Me froté las manos para entrar en calor. No solo la temperatura era fría, sino que además soplaba un viento muy desagradable, de esos que te arrancan constantemente el poco calor que conserva tu cuerpo. También había bastante humedad en el ambiente, como si fuese a llover de un momento a otro. Concluí al fin que era una noche muy desapacible, me subí el cuello del abrigo para protegerme del frío y la humedad y eché a andar por la calle. La acera estaba totalmente desierta. De hecho, no parecía haber nadie por aquellas calles, aparte de las dos chicas que había dejado atrás. Las farolas proyectaban sus luces estériles a intervalos regulares sobre la acera, dejando ver un pequeño halo de niebla al trasluz. Había tanto silencio que podía oír el sonido amortiguado de las pisadas de mis suaves botas de piel. Leí el letrero de la calle en la que me encontraba. El nombre me sonaba y creía que la sala de fiestas debía de estar un poco más adelante. Continué caminando, pensativa.

Después de que Elisa y yo nos graduásemos y dejáramos el instituto, las dos habíamos mantenido la relación, y aunque ya no nos veíamos tan a menudo como antes, continuábamos saliendo juntas. Seguíamos confiándonos nuestras cosas, seguíamos estando pendientes la una de la vida de la otra. Aunque yo había hecho amigos nuevos en la universidad, amigos que seguramente eran mucho más afines a mí que Elisa, me sentía satisfecha de que siguiéramos siendo amigas.

Sin embargo, algo había cambiado en los últimos meses. Desde que había empezado el nuevo curso, yo tenía la sensación de que Elisa se estaba alejando de mí cada vez más. Ya no me llamaba tan a menudo como antes,

no me avisaba cuando organizaba un viaje o una escapada de fin de semana. Y cuando yo la llamaba, Elisa ya no siempre respondía al teléfono a la primera. Algunas veces me llamaba unos días más tarde, para preguntarme qué quería. Y si le mandaba un mensaje, podía tardar semanas en contestarme. Yo no comprendía por qué se estaba produciendo aquel cambio, pero era evidente que allí estaba, que Elisa se estaba distanciando a pasos agigantados de mí. Y aquello me preocupaba cada vez más, empezaba a llenarme de inquietud. De hecho, cuando había visto la invitación de Elisa a la reunión de antiguos alumnos de aquella noche, me había sentido bastante aliviada, debía reconocerlo. Aunque odiaba aquella reunión con toda el alma, me tranquilizó ver que Elisa, que todos los años se encargaba de reunir a la gente, me había invitado una vez más. Por un momento, había temido que aquel año no lo hiciera.

Saqué del bolsillo de mi abrigo el papel donde llevaba apuntada la dirección de la sala. Cada año escogían una diferente para la celebración y la alquilaban toda la noche. Había anotado el nombre en una hoja. Al parecer se llamaba Natural and Wild. "Qué nombre tan absurdo", pensé con un mohín de desagrado. Me preguntaba qué tipo de garito habrían elegido para la fiesta de aquel año.

Una ráfaga de aire frío me obligo a guardar rápidamente el papel de nuevo en el bolsillo de mi abrigo, y a seguir caminando calle adelante, con rapidez. Mientras andaba, volví a sumirme en mis pensamientos: debía reconocer que tenía una razón para decidir ir a la fiesta, una sola razón por la que no me había quedado en el sofá, o me había ido a dormir. En aquella fiesta vería a Elisa, es más, Elisa estaría allí seguro, porque todos los años se ocupaba de la organización, y jamás se perdería su querida reunión de antiguos alumnos. Esa sería la ocasión perfecta para verla, y si conseguía hablar con ella un momento, con calma y con tiempo suficiente, quizás pudiese averiguar por qué ella parecía cada vez menos interesada en mí. Por qué ya apenas nos veíamos, por qué hacía tanto tiempo que no charlábamos de verdad y no sabíamos nada la una de la otra. Y tal vez, hablar con ella sirviera para que todo volviese a la normalidad. Quizá Elisa se diera cuenta de que había descuidado su relación conmigo, y quisiera enmendarlo. O quizá no hubiera ninguna razón grave por la que Elisa se hubiera distanciado de mí, y todo se debiera a una simple distracción, o a que ella estaba demasiado ocupada últimamente. Tal vez todo se solucionara.

Suspiré, agotada pero esperanzada. No es que yo tuviera especial interés en saber todo lo que Elisa hacía con su vida, o en acapararla para mi sola. Simplemente ella era la única amiga que había conservado del instituto, y aunque ahora ambas tuviéramos nuevas vidas, quería conservar su amistad.

Una nueva ráfaga de aire helado me golpeó en la cara mientras andaba, haciendo que me llorasen los ojos. En el fondo, pensé, era muy triste ir a una fiesta con decenas de personas y solo tener interés por ver a una de ellas. Bueno, en realidad había otra persona en aquellas reuniones de antiguos alumnos a la que también me apetecía ver. Se trataba de Alberto, el chico que había sido durante bastante tiempo mi compañero de pupitre. Alberto era un chico callado y sensato que nunca se metía con nadie, ni trataba de ser más que los demás. Era una de las personas con las que mejor había podido hablar yo de todos mis antiguos compañeros, ya fuera cuando íbamos al instituto, o en aquellas insufribles reuniones. Alberto siempre tenía un tema de conversación interesante, un consejo sensato cuando alguien tenía un problema, y aunque él y yo nunca habíamos sido amigos como tal, ni nos habíamos visto fuera del marco de las clases, él siempre era muy agradable conmigo. Así que, en realidad, no estaría mal aprovechar aquella fiesta para saludar también a Alberto, después de tanto tiempo.

De pronto percibí un suave zumbido, que se hacía más fuerte conforme más caminaba. Pronto el zumbido se convirtió en música de fiesta, que sonaba lejana, por delante de mí. ¿Sería aquella la música de la sala a la que me dirigía? Según mis cálculos ya no debía de estar muy lejos. Seguí caminando calle adelante, y pronto distinguí entre la neblina una luz blanca y dorada de neón, que se iba haciendo cada vez más intensa. Seguí los neones y pronto me encontré frente a la puerta de una sala de fiestas, bajo un cartel luminoso y con el inconfundible sonido de la música viniendo del interior. En el letrero luminoso, flanqueado por un elegante dibujo de palmeras, aparecía el nombre de la sala: Natural and Wild. Así que ese era el lugar. Me quedé allí parada durante unos instantes, inmóvil bajo la luz temblorosa de aquellos neones. Suspiré lentamente, llenándome los pulmones de aire todo lo que pude, antes de dejarlo escapar con calma. Allí estaba al fin, al otro lado me esperaban Elisa y la reunión de cada año. De pronto, al pensar en ello, me sentí llena de abatimiento y pesadez. Era como si en un segundo todas mis fuerzas me hubieran abandonado, como si estuviera a punto de ponerme enferma. Por un momento me sentí incapaz de entrar allí, y pensé que quizá hubiese sido mejor quedarme en casa, o haber quedado con un amigo a dar una vuelta por un lugar más agradable. Todavía estaba a tiempo de volver atrás y marcharme a otra parte. Suspiré, me froté los ojos, agotada, y traté de pensar con sensatez. No tenía sentido marcharme después de haber llegado hasta allí. Me había propuesto acudir a la fiesta y hablar con Elisa, aunque solo fuera un momento. Después de verla ya podía marcharme si quería; nadie me iba a echar de menos ni me iba a pedir que me quedase. Y, además, ya estaba llegando tardísimo.

Así que respiré hondo y crucé los pocos pasos que me separaban de la puerta de cristal. En un segundo me encontré en el pequeño recibidor del local, con la música resonando a mí alrededor con fuerza. Frente a mí se encontraba la puerta que debía dar a la sala principal, cubierta con una cortina de raso oscuro y brillante. Un par de personas charlaban en un rincón, seguramente tratando de huir de la aglomeración de gente, y a mi derecha, una chica se sentaba frente al guardarropa, mirándose las uñas, con pinta de estar bastante aburrida. Cuando entré, levantó la vista hacia mí sin mucho interés, y enseguida volvió a bajarla a su manicura.

—Esta noche es privado —dijo sin mirarme—. ¿Eres una de las invitadas a la fiesta?

Por un instante volví a tener aquella sensación de que debería haberme quedado en casa. No me sentía con ánimo ni para pelearme con una empleada del pub. La invitación a la fiesta me había llegado por correo. Desde luego esperaba que mis compañeros no hubieran sido tan repelentes como para encargar entradas en papel para aquella fiesta absurda. Si era así, yo no tenía ninguna.

Abrí la boca para preguntarle a la chica si había alguna especie de lista de invitados en la que pudiera estar apuntado mi nombre, cuando de pronto, una voz vagamente conocida me hizo detenerme.

—¡Oh, Teresa! ¡Estás aquí! Tranquila Sonia, Teresa es una de nuestras invitadas más importantes.

Me di media vuelta para ver quién se había referido a mí como a alguien importante, y me topé con una sonrisa aduladora e insegura, y unos ojillos a juego con el conjunto.

—Igor... —contesté.

El chico me dedicó una sonrisa aún más amplia, pero todavía insegura, y se pasó una mano por el pelo, con gesto nervioso.

Igor era uno de mis antiguos compañeros de clase, en concreto el más pardillo y torpe de todos. Igor era una de esas personas que tienen problemas para relacionarse con los demás, y nunca los había superado del todo. Al contrario, había desarrollado una desquiciante afición por tratar de agradar a todo el mundo, hasta el punto de resultar verdaderamente incómodo. Solamente Igor en toda la clase se hubiera referido a mí como a "una de las invitadas más importantes".

- —¿Qué tal? Vaya, llegas súper tarde. Ya tenía miedo de que no vinieras. Hay que mejorar esa puntualidad... —dijo Igor en un tono terriblemente petulante, sin perder su sonrisa temblorosa, y la chica del guardarropa dejó de prestarle atención y dirigió de nuevo la mirada a sus uñas.
- —Sí, bueno... me he entretenido un poco —contesté, sin saber muy bien qué responder a aquello.

Igor solía tener ese efecto en la gente. Sobre todo cuando la abordaba con frases enrevesadas, afectadas y excesivamente educadas, buscando la aprobación a toda costa. Sin embargo, lo que solía conseguir era, por el contrario, el rechazo de casi todos. Aquel chico había sido el delegado de la clase durante tres años seguidos, por voto casi unánime de sus compañeros. Él creyó, halagado, que se debía a que ellos valoraban sus dotes de liderazgo y su capacidad para solucionar problemas, cuando en realidad, todos lo votaron porque creyeron que así le fastidiarían y le pasarían un marrón. Durante todos aquellos años Igor se había enfrentado a las burlas y al desprecio de la mayor parte de la clase, que solo le valoraban cuando podía serles útil para algo concreto, como para representarlos en el consejo de estudiantes o para organizar aquellas reuniones de antiguos alumnos. Cierto, lo había olvidado: Igor era uno de los principales organizadores como antiguo delegado, de aquellas reuniones navideñas, junto con Elisa.

- Ven, déjame tu abrigo, puedes dejarlo aquí todo el tiempo que quieras
   dijo Igor haciendo el gesto de acercarse a mí para ayudarme a quitarme el abrigo.
- —¡No, gracias, Igor! —repliqué, apartándome lo justo para no parecer maleducada—. Yo... no me quedaré mucho rato.

Lo cierto es que yo nunca había maltratado a Igor, ni me había reído abiertamente de él. Generalmente, intentaba ser educada y evitar a la vez que me diera la paliza (algo a lo que era muy aficionado). Por un lado me daba cierta lástima aquel chico inadaptado, pero también me ponía muy

nerviosa aquella actitud servil que tenía ante todos, siempre buscando la aprobación de los demás. En realidad, Igor siempre me había recordado a un perrito faldero, moviendo el rabo detrás del resto de personas, esperando siempre una palmadita en el lomo.

De hecho, aquella misma noche, tras oírme decir que no me quedaría demasiado tiempo, Igor bajó la mirada con un mohín consternado, que me recordó muchísimo al de un perrito faldero.

—Vaya... ¿vas a marcharte pronto, ¿eh? ¡Qué lástima! ¡Con todo el tiempo que hemos dedicado mis compañeros y yo a preparar una fiesta genial...! —comentó Igor, con un aire abatido y afectado muy propio en él.

Por un momento quise animarle, pero tampoco me interesaba comprometerme a quedarme demasiado tiempo allí. Nunca sabía cuánto aguantaría en aquellas fiestas.

- —Bueno, no te pongas así, aún acabo de llegar... —repliqué, tratando de sonar más amable— Aún tengo que saludar a unas cuantas personas.
- —Claro, ¿no es genial? —contestó Igor, y sus ojos adquirieron un brillo muy alegre—. Volver a estar todos los compañeros juntos después de tanto tiempo... ¡Es algo que me emociona todos los años!

Siempre tan adulador. Decidí que había llegado el momento de aligerar la conversación, antes de que Igor se animara y me retuviese en el recibidor durante media hora con una charla de besugos.

- —Oye, ¿no sabrás dónde está Elisa, ¿verdad? —le pregunté de sopetón—. Me apetece saludarla lo antes posible.
- —¿Elisa? ¡Ah sí, tu gran amiga Elisa! —respondió Igor—. Está por ahí dentro, muy ocupada saludando a todos los invitados. Ella también se ha implicado mucho en montar esta fiesta.
- "Sí, y seguro que ha estado encantada de contar contigo para cargarte el trabajo más duro", pensé mientras sonreía y asentía con la cabeza, tratando de disimular mi impaciencia.
- —¡Oh, este año incluso me ha felicitado personalmente por mi esfuerzo con lo de la fiesta! —continuó Igor alegremente—. ¡Me ha dicho que he hecho un buen trabajo! ¿Qué te parece?, ¿eh?

"Igualito a un perro faldero", pensé tristemente, mientras observaba la sonrisa de autocomplacencia de Igor. Incluso aquella sonrisa ansiosa y servil me resultaba un tanto perruna.

—Seguro que has hecho un trabajo genial, y que todos disfrutamos

mucho de la fiesta —respondí, porque sabía que eso era lo que Igor quería oír, y lo que le haría sentirse bien.

Y al instante la sonrisa de Igor creció, y su parecido con un perro doméstico que acaba de recibir una galleta como premio, se hizo aún mayor. Tenía que reconocer que era sorprendente.

- —Me alegro mucho de que hayas venido, Teresa —dijo Igor, como si sintiese que la conversación se acercaba a su fin. Y supe que estaba siendo sincero. Después de todo, Igor podía tener muchos defectos, pero no era retorcido ni mentiroso.
- —Yo también me alegro de verte —contesté, y a Igor solo le faltó mover el rabo—. Bueno, creo que va siendo hora de que entre a la fiesta.
- —Claro, por supuesto —respondió Igor, y por primera vez pareció darse cuenta de que estaba justo en medio, entre la puerta de la sala y yo.

Se echó a un lado con un gesto nervioso, y trató de hacer un caballeroso gesto hacia mí invitándome a pasar. Pero el resultado fue bastante torpe y muy poco elegante. Seguía recordándome a un perrito inseguro, y no me quedó más remedio que preguntarme de dónde provendría aquella semejanza. Tal vez no solo fueran sus gestos. Lo cierto es que su nariz larga y recta siempre me había recordado un poco a un hocico.

- —Pasa y diviértete —dijo Igor una vez se hubo apartado por fin de la puerta de la sala—. Yo me quedo un rato charlando con Sonia.
- —De acuerdo. Diviértete, Igor —le deseé antes de volverme hacia la puerta.

Igor me sonrió un momento antes de encararse hacia el mostrador de la tal Sonia, que no parecía muy entusiasmada de tenerle allí. Pensé que, definitivamente me recordaba a un perrito moviendo el rabo. Es más, incluso tuve la impresión, durante un breve segundo, justo antes de volverme hacia la puerta de la sala, de que Igor realmente tenía un rabito de perro meneándose con viveza bajo su espalda.

Aparté la cortina con la mano y entré en la sala principal. De pronto me sentí como si me hubiese sumergido en un universo totalmente diferente: me encontraba en una sala enorme, decorada en colores crema y alumbrada con luces tenues, lo que daba al espacio un aire íntimo. De vez en cuando se encendían unos focos de colores suaves, que cambiaban la atmósfera de la sala durante unos segundos. La música que sonaba era un popurrí de canciones de moda, de esas que suenan todas iguales, aunque por suerte

estaba a un volumen aceptable. No como en algún pub donde habíamos acabado otros años, donde la música martilleaba sin piedad por toda la sala, como si pretendiera hacer vibrar hasta el último rincón. Un escenario cerraba la sala en el lado enfrentado a la puerta, con un rotundo piano de cola justo en su centro, reclamando la atención como la guinda de un pastel. Me froté los ojos, tratando de acostumbrarme a la escasa luz, y fue entonces cuando me di cuenta de que la sala estaba hasta arriba de gente. Ya desde la puerta, hasta el interior, la gente se amontonaba en grupitos, charlando a voces y sosteniendo una copa en la mano. Otros se sentaban en bancos colocados cerca de las paredes. Me pregunté de dónde demonios habría salido tanta gente. No recordaba que otros años se hubieran reunido tantos... Había tantas personas que ni siquiera podía ver el final de la sala, donde suponía que debía encontrarse la barra. Quién sabe, tal vez este año habían invitado a acompañantes. Entre toda aquella gente iba a ser muy complicado encontrar a Elisa.

Di un par de pasos vacilantes por la sala, sintiéndome más perdida que un pulpo en un garaje, cuando de pronto alguien me tocó en la espalda.

—Vaya, Teresa, ¡pero si eres tú! —dijo una voz femenina por encima de la música.

Me volví al instante y me encontré con dos ojos castaños, que me observaban divertidos. La reconocí al momento: se trataba de Cristina. Bueno, Cris para la mayoría del instituto. Pero para mí, mejor no usar diminutivo. Cristina era una chica de pelo castaño, inmaculadamente liso y de reflejos rojizos, perfectamente trabajado en alguna peluquería carísima. Sus facciones eran bastante armoniosas, y sin ser una belleza, Cristina resultaba bastante guapa. Aunque yo creía que podría haberlo sido aún más sin aquella sonrisa llena de desdén que solía llevar puesta. Al menos delante de mí siempre parecía tenerla, y es que Cristina, la reina del glamour, la clase personificada, nunca había mostrado ningún aprecio por mi persona. Más bien todo lo contrario.

—Hola, me alegro de verte... —contesté, pero al instante reparé en algo que me dejó tan boquiabierta que apenas pude acabar la frase.

Cristina llevaba un vestido hecho totalmente de plumas de pájaro, más cortas en el escote y más largas conforme se acercaban a la falda y a la inmensa cola, simulando el plumaje de un pavo real. A la luz irregular de la sala, las plumas parecían verdes y rosas. El conjunto era francamente

impresionante. Incluso sus complementos, pulseras, y pendientes, estaban adornados con plumas a juego. Con aquel vestido, Cristina parecía la reina de los cisnes, o más bien un ave del paraíso.

La observé durante unos segundos, realmente impresionada, mientras ella sonreía, halagada.

- —¡Vaya! Menudo vestido. Es... increíble —dije sin esconder mi sorpresa.
- —Sí, ¿verdad? —respondió Cristina, sin ningún asomo de modestia, y sonrió abiertamente. Después me miró de arriba abajo, y sin cortarse ni un pelo añadió—: El tuyo en cambio no tiene nada de especial, igual que siempre.

Me quedé pasmada, sin saber qué decir. Cristina nunca se había caracterizado por su humildad, ni por su tacto, pero no recordaba que fuera tan... sincera. Frente a mí, Cristina me observaba con satisfacción, henchida como un inmenso y orgulloso pájaro.

- —Bueno... ¿qué tal te va todo? —le pregunté. En vista de cómo iban las cosas, decidí evitar los halagos.
- —¡Oh, genial! ¡Me va genial! —exclamó Cristina, como si aquella pregunta le entusiasmase—. Este año voy a terminar mis estudios en Relaciones Públicas, pero la verdad es que ya apenas me importa, porque llevo trabajando desde hace dos años. Mi tío trabaja en un programa de noticias en una televisión local, y me consiguió un trabajo de reportera. Ahora hago la mayor parte de los reportajes del programa. ¡Y sin haber estudiado ni un año de periodismo! ¡Es genial! La televisión es increíble. Todo el mundo está pendiente de lo que dices, a todos les encanta verte, y sientes como la gente te admira. ¡Tengo el mejor trabajo de toda mi promoción!

Yo me esforzaba por seguir todo aquel parloteo de Cristina, lo cual no me resultaba fácil, en parte por el barullo de toda la gente que nos rodeaba, pero había algo más. Conforme Cristina iba hablando me pareció ver como una serie de aspectos iban cambiando en ella, como si se estuviera transformando ante mis ojos. Era algo muy leve, pero podía sentirlo. Era como si mientras Cristina hablaba, las plumas de su atuendo pareciesen cobrar vida y volverse más brillantes y sedosas. Como si la piel alrededor de sus ojos, comenzara a teñirse de un tono similar al de los colores de su vestido emplumado. Como si sus ojos fueran pasando del castaño a un tono

bastante más oscuro. Aunque resultaba difícil estar seguro en aquella sala en penumbra, con las luces cambiando de un color a otro.

Sentía que debía contestar algo a toda aquella perorata de Cristina, pero lo cierto es que no me dejó hacerlo:

—Y no te lo vas a creer, este verano conseguí mi primer trabajo como modelo —dijo Cristina, y acto seguido alzó la cabeza y emitió una risita que sonó muy parecida al gorjeo de un pájaro—. Eso sí que es increíble. Ya he hecho varias sesiones de fotos, y he aparecido en revistas, ¡y no puedes imaginarte lo que es! La gente me mira como si no pudieran creerse lo que ven, y todas las mujeres que conozco se mueren de envidian. ¡Es fantástico!

Asentí como una idiota, sin saber muy bien qué decir.

- —De modelo, qué interesante...
- —Si esto funciona, tal vez me plantee dedicarme a ser modelo en exclusiva. Y creo que tengo muchas posibilidades —siguió Cristina, sonriendo orgullosa.

Decididamente, algo había cambiado en ella, y no solo en su aspecto: si bien Cristina siempre había sido presumida, arrogante y egocéntrica, yo no recordaba que hubiese llegado nunca a esos extremos. Realmente se estaba comportando como la reina de los cisnes, o de los pavos reales, o de lo que fuera vestida.

—¿Sabes? Creo que no debe haber una profesión mejor que la de modelo —suspiró Cristina, y sus ojos parecieron brillar tanto como las plumas de su traje—. Es tan agradable y tan cómodo que todo el mundo te admire y quieran vestir lo que tú vistes, tener el aspecto que tú tienes... no se puede comparar a estar sentado en una mesa de oficina rodeado de fracasados, ¿verdad?

Me quedé boquiabierta ante esa última afirmación, y ante aquella persona que de repente me parecía una completa desconocida. De pronto Cristina pareció reparar en que yo también estaba allí, y me preguntó con brusquedad:

- —¿Y tú? ¿Qué estás haciendo con tu vida?
- —¿Yo? Pues... este año voy a acabar la carrera, igual que tú —respondí con torpeza. La pregunta de aquella imponente reina —pájaro me había pillado por sorpresa—. Voy a terminar Filología.

Cristina me observó perpleja durante un instante, antes de romper a reír a carcajadas. Me quedé paralizada de sorpresa e indignación. Cristina reía sin parar, echando hacia atrás la cabeza y su nariz afilada, tan parecida a un pico de pájaro.

—¿Filología? ¿Y para qué demonios sirve eso? ¿En qué piensas trabajar después? —preguntó con inmenso desdén.

Por un momento me quedé sin palabras, perpleja. La gente de mi clase me había dicho en ocasiones que mi carrera no valía para nada, pero nunca habían sido tan hirientes.

—Pues... aún no lo he decidido, me gustaría ampliar mis estudios después de la carrera, pero supongo que me gustaría investigar... o tal vez ser profesora —contesté, titubeando.

Cristina pareció reír aún más fuerte y con más descaro, con aquella risa tan parecida a un gorjeo, agitando sus plumas relucientes. Aunque me hubiesen tomado por loca, en aquel preciso instante habría jurado que Cristina tenía tanto de pájaro como de humana.

—Menuda mierda de trabajo... —contestó. Había parado de reírse por fin, y se pasaba una mano por el pelo, como para asegurarse de que sus adornos emplumados seguían estando en orden—. ¿Quién puede querer un trabajo tan aburrido y deprimente? Es lamentable.

Yo casi podía sentir como mi cuerpo se encogía y se arrugaba ante sus palabras. Agaché la cabeza y clavé la mirada en el suelo, y por un instante volví a sentirme como cuando estaba en el instituto, cuando la gente como Cristina me despreciaba y yo me hacía amablemente a un lado. Desee marcharme de allí y alejarme de aquella pajarraca despiadada. Pero cuando levanté la cabeza para volver a hablar a Cristina, lo que salió de mi boca no fue una disculpa. Un pequeño poso de indignación y rabia había ido apareciendo en mí sin que me diese cuenta, y de pronto, y sin saber muy bien lo que estaba diciendo, me escuché decir:

—Bueno, yo me siento aliviada de saber que nunca me voy a ganar la vida siendo un objeto. Debe ser muy triste que la gente solo te aprecie por lo que ve de ti por fuera y te aparte de una patada cuando dejes de alegrarle la vista.

Cristina se volvió hacia mí, petrificada de la sorpresa. Sus ojos relampaguearon aún más negros, las aletas de su afilada nariz se dilataron. Vi como las plumas de su vestido comenzaban a erizarse a su alrededor, y la cola del mismo se sacudía tras ella, como si tuviera vida propia. Me pregunté cómo demonios lo había hecho Cristina para mover así su vestido.

Retrocedí un paso, inconscientemente, intimidada bajo la mirada acerada de aquella reina de los pájaros, que me observaba indignada y rabiosa. Pero de pronto aquella mirada perdió fuerza. Cristina pareció relajarse, y abandonó aquella expresión de ira para cambiarla por una de desprecio. Me miró de arriba a abajo y sonrió con desdén.

—Me largo de aquí, tengo mucha gente con la que hablar y cosas más interesantes que oír —dijo, y las plumas de su vestido parecieron relajarse y volvieron a colgar de la tela.

Yo observaba a Cristina boquiabierta y me sentía incapaz de decir una palabra.

Entonces la reina de los pájaros se dio media vuelta y se alejó de allí, sin decir una palabra más, arrastrando su cola emplumada como un inmenso pavo real.

Una vez que me quedé sola, tragué saliva con fuerza y un escalofrío me recorrió la espalda. Tenía una sensación muy extraña. No estaba completamente segura de lo que acababa de ver. Estaba envuelta en un sudor frío y pegajoso y el corazón me latía desbocado. Me sentía como si acabase de despertar de un mal sueño. Finalmente me alejé unos pasos de allí hasta apoyar la espalda en una pared cubierta de elegantes dibujos florales. No sabía qué demonios le pasaba a Cristina, pero estaba rarísima. No la recordaba así. Tan fría, tan despiadada.... tan poco humana.

El sonido de la música chic y de las risas de la gente me impedía concentrarme en mis pensamientos. Me pasé una mano por la frente para secarme el sudor y traté de calmarme. No sabía que estaba pasando, pero me daba absolutamente igual lo estúpida que se hubiera vuelto Cristina, o el resto de gente de la fiesta. Yo había ido allí a buscar a Elisa, y eso era lo que iba a hacer.

Me aparté de la pared y empecé a caminar entre la gente, tratando de ignorar lo mucho que me temblaban las piernas de repente. La luz de la sala pasó de un tono rosado a uno verde turquesa, cambiando las facciones de las personas que me rodeaban. Al pasar frente a un grupo muy nutrido de gente, tropecé con algo y tuve que apoyarme sobre el hombro de una de las chicas del corrillo para no caerme. Esta se volvió hacia mí, y cuando quise formular una disculpa, me topé con dos ojos ambarinos que me observaban furiosos. La luz cambió a blanco, y el fogonazo hizo brillar pequeñas escamitas doradas con las que la chica se había decorado el rostro. Y de

pronto aquel hombro se apartó de mí con brusquedad, y lo único que escuché como respuesta fue un bufido a un volumen muy débil.

Me aparté inconscientemente, preguntándome qué demonios era todo aquello, cuando de pronto escuché mi nombre en medio de aquel barullo:

—¡Teresa! Cuánto tiempo, ¡qué alegría!

Sentí que alguien me agarraba de los hombros desde atrás para girarme hacia sí, y al instante me topé con una carita redondeada y afable, y dos rápidos y sonoros besos en las mejillas. Estaba tan aturdida que tardé unos instantes en reconocer a Marga, una chica regordeta y dulce, de mi antigua clase.

- —Marga, ¿qué tal? ¿Cómo va todo? —balbuceé con torpeza y traté de esbozar una sonrisa.
- —Bien, ¡genial por estar aquí otra vez! —contestó Marga, y dio un pequeño saltito de entusiasmo.

Di un rápido vistazo a Marga de arriba abajo, y me tranquilicé al ver que, a diferencia de Cristina y aquella extraña chica con la que acababa de chocar, Marga no parecía tener nada de extraño. Llevaba un vestido ajustado, de tela esponjosa de color crema, unos botines con mucha plataforma para disimular su corto tamaño, y un collar de enormes perlas a juego con el vestido que me recordaron a las uvas de Noche Vieja. Observé sus facciones pequeñas y llenas de redondeces, y llegué a la conclusión de que había cambiado poco desde el instituto. Seguía llevando el pelo de su color natural, de un castaño claro, casi avellana y lleno de ondas, solo que desde entonces se lo había cortado en una melenita espesa y voluminosa, justo por encima de los hombros.

- —¿Qué tal estás tú, cielo? —preguntó en tono cariñoso, y dirigió una rápida mirada a mi alrededor—. ¿No has venido con nadie?
- —Pues... la verdad es que no, a mis amigos no les interesan demasiado esta clase de fiestas... —comencé a explicarme, pero de pronto Marga me cortó con una risa vibrante, y sacudió la cabeza.
- —No, tontita, ¡me refería a tu novio! —replicó, y dio otro saltito sobre sus plataformas como si fuera incapaz de contener su energía.

Me quedé cortada, no se me había ocurrido que Marga se estuviera refiriendo exclusivamente a eso. Pero la chica me miraba con aquellos ojitos marrones, tan dulces que resultaba imposible pensar que lo hubiera dicho con alguna malicia.

—No, la verdad... ahora mismo no tengo novio —contesté.

Marga abrió mucho los ojos, como si le hubiera dicho algo tan extraño como que yo era capaz de respirar bajo el agua.

—¿No tienes ningún novio? ¿Desde el año pasado sigues sola? Vaya... —comentó apenada, y puso un mohín tremendamente triste, como si de verdad sintiese oír eso.

Estaba tan sorprendida por su respuesta que apenas pude fijarme en la forma tan graciosa en la que arrugaba la nariz cuando estaba triste. Siempre me había parecido que tenía una nariz muy mona, tan chatita y redondeada.

- —No es para tanto, mujer, estoy bien —respondí para calmarla, a lo que Marga me respondió con una mirada dubitativa, como si no acabase de creérselo.
- —Tenemos que encontrarte un novio, ¡la mayor felicidad de la vida te la da tu pareja! —replicó Marga, recuperando la alegría de momentos anteriores—. ¡Yo por suerte ya tengo a mi Rodrigo!

Cierto, ya en el instituto Marga salía con un chico de la clase de al lado, un tal Rodrigo. Yo no lo conocía demasiado, solo sabía que era el novio de Marga, que la chica estaba loca por él, y que se pasaban el día juntos.

- —Claro, Rodrigo... —comenté, tratando de sonar algo más alegre ante el entusiasmo de Marga—. Todavía seguís juntos, supongo.
- —¡Sí, claro que estamos juntos! —exclamó Marga como si no pudiera imaginar otra situación, y de nuevo se puso a dar torpes saltitos de alegría.

Pensé que todos aquellos brincos le daban un aire entre inocente y algo bobalicón, un aire que de algún modo encajaba con la expresión de su cara, tan optimista y dulce que en ocasiones también podía resultar algo inocente y bobalicona.

- —Y... ¿va todo bien con él? —pregunté, sin saber qué otra cosa decir.
- —Claro, todo va genial —respondió Marga ensanchando aún más aquella sonrisa alegre y sin malicia, aunque algo simplona—. Rodrigo ha encontrado trabajo en el taller de coches de un amigo. ¡Los coches siempre han sido su pasión! Me hace tanta ilusión verlo rodeado a lo que le entusiasma...

La sonrisa de Marga era tan arrobada, que por un momento me sentí incómoda, sin saber cómo actuar. Incluso me parecía que su piel se estaba volviendo más pálida por momentos, como si fuera presa de una extraña fiebre.

—Aunque bueno, él empezó a estudiar económicas cuando acabó el instituto... pero la carrera le parecía un rollo y prefirió dedicarse a lo que le entusiasma —comentó Marga, como si hablase más para ella que para mí—. ¡Y yo por supuesto le apoyé! ¿Cómo no iba a hacerlo si él es la cosa más maravillosa de mi vida?

Asentí como una idiota, aún sin saber qué decir. Recordaba a Marga con una entrega y una ilusión tremenda por su pareja, pero sus comentarios me parecían salidos de madre. Algo había cambiado en ella, quizá algo más aparte de que su sonrisa se había vuelto más boba, sus movimientos menos controlados, y que su piel parecía palidecer conforme hablaba de su novio. Un escalofrío me recorrió la espalda al percibir aquellos cambios, y parpadeé rápidamente, tratando de comprobar si eran ilusiones por la luz cambiante de la sala.

—La verdad es que mi relación con Rodrigo se ha fortalecido muchísimo desde el instituto —siguió Marga, como si no se hubiera fijado en absoluto en mi expresión—. Antes dedicaba muchísimo tiempo a sus amigos, a sus aficiones con ellos, ya sabes: ver el futbol, salir de bares... todo eso. Pero ahora que muchos de sus amigos trabajan y están ocupados, Rodrigo me dedica mucha atención. Pasamos casi todo el fin de semana juntos, viajamos juntos y es raro que pase más de un día sin que nos veamos.

Marga se balanceó satisfecha sobre sus plataformas, como solo un animal enérgico y con poca coordinación podría hacer, y al mirarme me pareció que sus ojos castaños eran más lánguidos y más planos que nunca.

—Y claro, también me he preocupado por limar asperezas, esos conflictos que surgen con la convivencia, ¡pero ha ido genial! —continuó Marga y lanzó otra vez una risita vibrante y hueca—. A su madre le caigo genial, y eso es muy importante para que una relación salga bien. Y en cuanto al trabajo, que es uno de los motivos por los que se rompen muchas parejas, he pensado que seguro que puedo encontrar algo de dependienta o algo así, sin necesidad de salir de nuestro barrio. Y así los dos trabajaríamos cerca el uno del otro. ¿No es genial?

Sabía que Marga me estaba hablando, pero apenas era capaz de prestarle atención y mucho menos de contestarle. Solo podía ver como su piel iba palideciendo y palideciendo. Incluso su pelo parecía estar aclarándose en cuestión de segundos, y el castaño avellana empezaba a asemejarse cada

vez más al color crema de su vestido.

Marga pareció darse cuenta de que yo no iba a intervenir en su perorata, y de pronto me dedicó una sonrisa compasiva.

—Bueno, es una pena que tu no tengas una relación así —comentó con languidez.

La luz de la sala cambió a blanca, y el pelo de Marga se volvió completamente blanco, y empezó a formar una maraña de rizos cada vez más y más cerrados, creando una masa esponjosa.

—No te preocupes, seguro que dentro de nada te encuentras con un chico del que enamorarte y puedes ser feliz —me consoló Marga, mirándome con su expresión inocente y boba.

La luz cambió a tonos anaranjados, pero el pelo de Marga no volvió a la normalidad. Se había convertido en lana, en la lana de un corderito, mientras la chica seguía pateando el suelo con una energía infantil que no era capaz de controlar, sobre aquellas plataformas como pezuñitas blancas. Y su mirada también era la de un cordero, inocente y dulce, pero torpe, frágil, propia de quien es incapaz de seguir un camino propio. La mirada de un ser fácil de alienar, de conducir y de manejar.

El corazón me latía a mil por hora, tenía la boca seca y las manos húmedas de sudor. Estaba tan conmocionada que no era capaz de hablar. Ni siquiera cuando Marga me tendió las manos en un gesto cariñoso, y me dijo:

—Bueno, Teresa, tengo que irme a buscar a Rodrigo. Hace rato que se ha ido por ahí. Ven a saludarnos luego. ¡Y seguro que el año que viene nos puedes presentar a un novio!

Traté de murmurar una despedida, pero tenía la garganta tan agarrotada que no fui capaz. Marga agitó la mano y soltó una risita que sonó como un balido hueco, antes de darse media vuelta para marcharse. Fue entonces cuando me sentí despertar de aquel shock extraño. De pronto sentí una ansiedad terrible que se había agarrado a mi pecho, la idea de encontrarme con Elisa desapareció y en su lugar surgió una urgencia punzante por salir de aquel lugar cuanto antes. No entendía nada de lo que estaba pasando, solo sabía que había visto a Marga convertirse en un cordero delante de mis ojos, y aquello no tenía el más mínimo sentido.

Me llevé las manos a la garganta, como si con aquel gesto pudiera disipar aquella opresión terrible que no me dejaba respirar. Aquello tenía que ser una pesadilla, un sueño horrible y angustioso del que tenía que despertarme. Sin embargo, todo parecía tan real... los sonidos eran de verdad, sentía las notas bajas de la música vibrando en mi pecho, las risas de la gente a mi alrededor parecían tener su propio aliento, e incluso bajo la luz de colores de la sala podía percibir una atmósfera real, muy diferente a la granulada, difusa y cambiante de los sueños. Alguien pasó por detrás de mí, moviéndome hacia delante, pero yo estaba petrificada en el sitio, y al no ser capaz de moverme, acabé sintiendo un fuerte empujón en la espalda, demasiado intenso para ser ficticio. Tal vez estaba en medio de una alucinación, de un cuadro extraño, tal vez la realidad se acababa de romper en mi cabeza... y de pronto noté otro fuerte empujón en mi espalda que me hizo caer de bruces. De repente me encontraba en el suelo, con las manos sobre las frías baldosas, rodeada de un mar de piernas, de zapatos de caballero y de elegantes tacones altos. Sacudí la cabeza tratando de espabilarme, y antes de ser capaz de ponerme en pie, una mano se cerró sobre mi brazo, tirando de mí hacia arriba. Alguien me ayudó a levantarme, pero mis rodillas eran incapaces de sostenerme, y al final acabaron sujetándome por las axilas para obligarme a incorporarme.

—Eh, ¿te encuentras bien? —preguntó una voz masculina a mi espalda—. Parecía que te ibas a desmayar o algo así.

Alcé la cabeza y traté de girarme ansiosa, buscando la cara del dueño de la voz. El tipo que me sujetaba por los brazos tenía el pelo negro, de un tono casi eléctrico, la piel paliducha y unos ojos oscuros, cercados por profundas ojeras. Su cara era bastante alargada y me pareció que sus rasgos no eran demasiado bonitos, especialmente su nariz, larga y con la punta hacia abajo, como un hocico... me estremecí al encontrarme pensando en aquello.

El tipo tenía una mirada dura, no parecía ser demasiado simpático a pesar de haber ayudado a levantarme, y no me sentí nada cómoda de tenerlo encima.

—¿Estás mareada? —preguntó, en tono brusco—. Si ni te tienes en pie.

Traté de balbucear algo, pero no fui capaz, y cuando quise darme cuenta el tío me había puesto de pie de un tirón, me había pasado un brazo por encima de sus hombros y trataba de hacerme caminar.

—Anda, ven a sentarte un poco hasta que se te pase —dijo, y se volvió un segundo a decirle a un grupo de personas con el que debía estar pasando

el rato, que volvía enseguida.

Mientras el tipo me acercaba hacia una de las mesitas bajas con bancos que había distribuidas por la sala, yo trataba por todos los medios de ubicar a aquel chico paliducho y extraño. Su cara me resultaba algo familiar, y estaba casi segura de que debía ser uno de los antiguos alumnos de la otra clase de la promoción, aunque no sabía quién.

—¿Qué pasa? Te has pasado bebiendo, ¿a que sí? —exclamó el tipo sin mucho cariño, mientras me obligaba a sentarme en uno de los bancos—. O has discutido con algunas de tus amiguitas del "insti" y te ha dado un soponcio.

Me volví sorprendida ante el tono hostil del tipo que se estaba sentando a mi lado. No acababa de comprender a qué venía esa actitud.

—No... estoy bien, solo me han empujado —traté de explicarme, pero el tipo no pareció escucharme.

Echó una mirada hastiada a nuestro alrededor, a toda la gente que charlaba y bebía con sus trajes y sus vestidos de gala.

- —¡Bah! No soporto esta clase de fiestas. No sé para qué he venido —dijo sin mirarme.
- —Bien, ya somos dos... —murmuré, aunque tampoco esa vez pareció prestarme atención.
- —No aguanto este ambiente... toda esta gente tan pija, tan preocupada por el dinero y por las apariencias —comentó el tipo, y al fin se volvió hacia mí, con un brillo de desprecio en su mirada ojerosa—. Me dan lástima.

Me sentía tan sorprendida y tan intimidada por aquellos ojillos de fiera, que no supe bien que contestar.

- —¿Lástima? —pregunté.
- —Sí, lástima —repitió el tipo, hablándome como si yo fuera idiota—. Solo viven para tener y para competir entre ellos por ver quién es el mejor. Se creen libres, ¡pero son esclavos de esta mierda de sociedad!

Decidí que había algo en aquel tipo que me ponía los pelos de punta. Era demasiado paliducho, demasiado enjuto, y a pesar de que me había ayudado al verme en el suelo, su voz y su expresión tenían una agresividad tremenda.

—Yo solo vengo aquí porque mis antiguos colegas de clase me lo piden... y no quiero hacerles un feo. Pero estas fiestas son un coñazo y una

gilipollez —siguió el tipo, más para sí mismo que para mí—. Aunque bueno, por lo menos me entretengo viendo lo imbécil que sigue siendo la gente año tras año. En el fondo me divierten.

Al decir esto, el tipo se volvió de nuevo hacia mí, con una sonrisa maliciosa llena de dientes. Y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo al ver lo agudos y afilados que parecían ser.

—¡Bah, no sé por qué me molesto en contarte todo esto! —replicó, de pronto—. Seguro que tú eres igual que todos ellos.

Aquella afirmación me dejó perpleja y fuera de combate durante unos segundos.

- —¿Yo? —inquirí con voz chillona.
- —Sí, tú. Estoy seguro de que solo te importa parecer la más ideal, la más mona, la más lista, la que tiene más pretendientes y un mejor trabajo —me espetó el tipo con acritud—. Y seguro que te vuelves loca por los tipos estúpidos, que solo viven para trabajar, ganar dinero y para ligarse a zorras superficiales enseñando la nómina.

Tragué saliva, atemorizada, sabiendo que debía defenderme de las acusaciones de aquel tipejo grosero y agresivo, pero sintiéndome paralizada bajo aquellos ojillos aviesos, circundados de negro. Es más, comprobé con horror como las marcas negras que había tomado por ojeras, parecían hacerse cada vez más oscuras y más amplias, y como se iban extendiendo cada vez más hacia abajo, siguiendo la dirección de su nariz.

—Estoy seguro de que te crees un alma libre, pero no lo eres, ninguno de vosotros sabéis lo que es ser un alma libre —siguió diciéndome el tipejo, hablando con desprecio—. Pero yo sí sé lo que es ser un alma libre: yo no estoy obsesionado con el dinero, yo sé que el trabajo no es más que un invento cruel que esclaviza a los hombres. Yo sé que la felicidad está en ver mundo, en rodearse de personas de verdad, en estar libre de necesidades estúpidas.

Me sentía como si me hubieran metido la cabeza en un cubo de agua helada: estaba demasiado atontada como para pensar o responder. Solo podía sentir una insoportable presión en las sienes. Frente a mí el tipo volvía a mirar al frente, ofreciéndome su perfil, y al ver como su nariz se alargaba, asemejándose cada vez más a un hocico, supe que se estaba convirtiendo en algo que no iba a gustarme nada. Al final conseguí hacer un esfuerzo suficiente como para poder responderle:

—Así que tú sí que eres un alma libre, ¿no? —pregunté.

El tipo se volvió hacia mí, con expresión recelosa, como si hubiese captado la incredulidad y la ironía detrás de mis palabras. Las dos marcas negras de sus ojos se habían estirado tanto que casi le llegaban a la punta de la nariz, y su pelo negro parecía haberse vuelto más frondoso, más hirsuto.

—Sí, claro que lo soy —terció desafiante—. Yo lucho por cambiar esta sociedad, voy a todas las manifestaciones y apoyo todos los movimientos que proponen cambiar este asqueroso sistema injusto y clasista. No soporto a la gente superficial, que solo se preocupa por el trabajo y por el glamour, y mis amigos son personas legales, que piensan igual que yo.

El tipo sonrió satisfecho, y al hacerlo se pasó la lengua por uno de los colmillos, sorprendentemente largo y afilado. Mis manos temblaban de forma incontrolable, y las entrelacé, tratando como pude de detenerlas.

—Y sé que algún día todo el mundo a mi alrededor se dará cuenta de que soy mucho más sensible y más inteligente que ellos —siguió el tipo, con un tono de voz ronco, tan ronco como un gruñido—. Y hasta mis padres, que siempre han pasado de mí, hablarán orgullosos de su hijo Ernesto, y lo pondrán de ejemplo a todo el mundo.

Al oír aquel nombre de pronto se me iluminó la mente. Ya recordaba quién era aquel tipo, a pesar de que su transformación apenas lo hacía ya reconocible.

—¡Ya sé quién eres! —exclamé incapaz de contenerme—. Ernesto, el hijo del cirujano plástico. Todo el mundo hablaba siempre de ti.

El tipo se volvió hacia mí, con una mirada de advertencia en sus ojos de alimaña que habría helado la sangre de cualquiera.

—¿Todo el mundo hablaba de mí? —preguntó, arrugando aquella nariz más similar ya a un hocico blanco y negro que a una nariz—. ¿Y qué decían de mí?

Momentos antes me hubiera encogido de miedo, pero de pronto, al saber quién era aquel tipo, toda su perorata acerca de las injusticias del sistema, del materialismo y la superficialidad de la gente, me parecía ridícula y me daba ganas de desternillarme de risa.

—Decían que tenías todo lo que se te antojaba, cosas que muchos no habrían podido conseguir o permitirse a aquella edad —respondí—. Fuiste el primero de todo el instituto en tener un iPhone, y presumiste durante semanas de él. Y también el primero en tener una moto, una tarjeta de

crédito... Eras el que más tenía de todos, y el que más se jactaba de ello.

La cara de Ernesto se encogió en una mueca de ira, y al fin fui consciente de que se había transformado en un tejón; una alimaña furiosa y agresiva tras su apariencia de pacífico animal campestre. El miedo volvió de golpe, paralizándome como a un conejillo acorralado por un depredador hambriento.

—¿Qué has dicho? —casi rugió el tipo, indignado y lleno de ira, mostrándome sus afilados dientes—. ¿¿Qué cojones estás insinuando??

Supe que iba a lanzarse sobre mí si le contestaba, y me arrepentí de haber hablado.

—¡Contesta! —ordenó el tejón furioso, y al fin reaccioné.

Me levanté de un salto del banco, olvidando la debilidad de mis piernas, y casi eché a correr entre la gente, apartándolos a codazos, buscando alejarme de aquella fiera cuanto antes. El corazón me martilleaba frenético, y el pecho me dolía tanto que pensé que iba a darme un infarto. La gente protestaba cuando la empujaba para pasar por su lado, y algunos me propinaron insultos, pero me importaba un bledo. Necesitaba encontrar una salida, un refugio, una cara amiga, o alguien que pudiera explicarme de una vez qué estaba pasando allí.

Me abrí camino a la desesperada hasta uno de los extremos de la sala, donde descubrí, cerca del escenario, una barra para cócteles rodeada de personas que daban la espalda al resto de la sala. Y justo cuando iba a dejarla atrás, una de aquellas personas me llamó la atención.

—¡Elisa! —grité, sintiendo un alivio increíble.

Allí estaba ella, en la barra, de espaldas a mí. Y aunque no le veía la cara estaba segura de que era ella; habría reconocido aquella melena de tirabuzones negros en cualquier parte. Por algo había sido mi mejor amiga durante años. Al verla me sentí muchísimo más tranquila y segura. Recordé de un plumazo que si estaba en aquella fiesta había sido porque quería verla, y al momento me estaba dirigiendo a toda prisa hacia ella.

Elisa estaba sentada junto a un grupo de gente, y parecía charlar animadamente con ellos, mientras, cada poco tiempo, cogía su copa de la barra para dar un trago. Me acerqué a empujones, casi con desesperación, y la llamé antes de haber llegado hasta ella.

#### —¡Elisa!

Ella me oyó, y se dio media vuelta lentamente hacia mí. Lo que vi

entonces, me dejó petrificada a un paso de mi amiga, y me arrancó un estridente alarido de terror. De la cara de Elisa nacía un enorme pico negro de cuervo, justo en el lugar donde debería haber tenido la nariz, un pico gigantesco que escondía sus facciones y las dominaba a todas excepto a sus ojos, unos ojos oscuros, penetrantes, enmarcados en kohl negro y engalanados con pestañas postizas. Era ella, estaba segura de que era ella, y me llevé las manos a la boca tratando de sofocar un nuevo grito de horror.

Elisa me miró sin parecer inmutarse demasiado, ladeó la cabeza, y soltó algo parecido a un resoplido de resignación.

—Vaya, eres tú —comentó sin alegría, y su voz sonó cavernosa y extraña desde el interior de aquel pico—. Este año tenía la esperanza de que no vinieras.

Estaba tan aterrorizada que no podía ni contestar. Solo podía observar con espanto a mi amiga, que se convertía en un cuervo enorme, y tratar de digerir sus palabras. ¿Ella esperaba que yo no acudiera a la fiesta?

- —En fin, ¿qué se le va a hacer? —terció Elisa, mirándome con desaprobación—. Todos los años tienes que venir a molestarme y a entretenerme... Incluso este, y eso que llevo meses sin querer saber nada de ti. Pensé que eso te daría alguna pista.
- —¡Elisa! —grité al fin, cuando conseguí soltar mi garganta—. ¡Dios! ¿Qué te ha pasado?
- —¿A mí? —preguntó Elisa sorprendida, como si no se hubiera dado cuenta de que se estaba transformando en un ser mitad cuervo—. No soy yo la que año tras año sigue siendo igual de aburrida, igual de fracasada, igual de poco interesante. Eso es lo que te pasa a ti. Si yo fuera tú, no asomaría la cabeza por esta fiesta.

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta, y que todo mi cuerpo temblaba de miedo. Elisa se había transformado no solo en su aspecto; al igual que todos los demás, sonaba increíblemente sincera, como si las convenciones sociales y la educación no existiesen ya para ella. No podía creer que aquello fuera lo que realmente pensara de mí.

—Pero... pero, ¿qué estás diciendo? —pregunté mientras empezaba a sollozar, en una mezcla de miedo e incredulidad.

Elisa se carcajeó, y su risa sonó realmente espeluznante desde el interior de aquel pico, igual al graznido seco y amenazante de un cuervo.

-Estoy diciendo que me aburro de ti. Lo siento tía, es lo que hay

—respondió, sin inmutarse ni un pelo—. Últimamente he conocido a gente mejor que tú. Gente más interesante, gente con ganas de divertirse, con ganas de comerse el mundo. Con dinero, con ambiciones, cosas que tú no conoces. Y estar contigo ya no me aporta nada.

No podía creer lo que oía. Del mismo modo que no había podido creer en lo que veía desde que había entrado por la puerta de la sala. Habría querido agarrar a Elisa de los hombros y zarandearla hasta que me explicara que estaba pasando, por qué se estaba transformando en un cuervo sin sentimientos, por qué pensaba aquellas cosas de mí. Pero no era capaz de hacer nada de aquello. Estaba bloqueada. Solo podía llorar y tratar de hilar una pregunta en mi cabeza.

—Pero tú y yo... tú y yo hemos estado juntas durante años. Tú eras mi mejor amiga... —musité.

De nuevo Elisa se echó a reír, mientras un sinfín de pequeñas plumitas negras, a juego con su melena y sus ojos, comenzaban a brotar de su piel en torno al pico.

—¡No me puedo creer que seas tan idiota! —exclamó divertida—. ¿Tu mejor amiga? Yo solo he estado contigo porque me apetecía. En el instituto me venía bien estar contigo. Nunca te arreglabas ni intentabas destacar entre las demás, por eso sabía que no podías hacerme sombra, y que cualquiera me elegiría a mí antes que a ti. Por eso yo siempre me quedaba con todos los ligues, y la gente quería tenerme cerca. Al lado de una mosca muerta como tú, yo parecía mucho mejor.

Me quedé helada, bajo aquella mirada furibunda y aquella expresión de triunfo.

—Pero ahora ya no me interesas. Ya no necesito eso de ti —continuó Elisa, con aire de satisfacción—. Desde que salí del instituto he conocido nueva gente, y al final he acabado rodeándome de más chicas como tú, y de más gente que está dispuesta a hacer todo lo que digo. Y es gente alegre, sin preocupaciones, a la que solo le interesa pasárselo bien y divertirse, y que nunca aburre con dilemas morales ni con lo injusto que es el mundo, como haces tú constantemente. Tú eres un coñazo, alguien débil que no destaca en nada. Y por eso ya no tengo interés en seguir viéndote, ni en saber nada de ti.

Hasta aquel momento solo había podido sentirme perpleja y tremendamente dolida, pero de pronto empecé a sentir como crecía la

indignación en mí. De la misma forma en la que había surgido cuando Cristina se reía de mí, solo que en aquel momento era mucho más fuerte, ya que Cristina me importaba un bledo, pero yo siempre había creído que Elisa me apreciaba.

—¿Así es como me has visto siempre? ¿Como alguien de segunda? ¿Alguien de quien aprovecharte para hacerte valer? —pregunté, con la voz teñida de indignación y de rabia—. ¿Y quién coño eres tú? Tú que te dedicas a rodearte de gente sumisa, para asegurarte de que bailen al son que les toques.

La expresión de desprecio y diversión de Elisa empezó a cambiar en cuestión de segundos. De pronto me observaba con un brillo de irritación en los ojos, ladeando la cabeza extrañada, como si no pudiera creerse lo que oía.

—¡Tú no sabes lo que es tener un amigo!¡No sabes lo que es que te importe nadie! Porque tú usas a la gente, y ni te he importado yo ni te importan tus nuevos amigos —exclamé, dando rienda suelta a toda mi ira y decepción—. Tú no eres capaz de tener una relación sana con la gente. Y eso sí que da lástima.

De pronto el rostro de Elisa se transformó: su piel blanca se cubrió de más y más plumitas erizadas, sus ojos se estrecharon y se oscurecieron hasta convertirse en dos pequeñas rendijas negras, y su cuerpo se tensó como el de un ave a punto de lanzarse sobre un ratoncillo. La sangre se me congeló en las venas de pavor.

—¡Zorra estúpida! —graznó Elisa, con una voz inhumana, una voz de bestia, dispuesta a abalanzarse sobre mí—. ¿Quién te crees que eres para hablarme así?

No pude soportarlo más; di un alarido de terror y me aparté de un salto antes de que Elisa se lanzara a destrozarme con su afilado pico. Eché a correr entre la gente lo más rápido que pude, chillando en un ataque de pánico, llevándome las manos a la cabeza para protegerme de una amenaza que podía provenir de cualquier dirección. Y de pronto choqué contra un hombre, un hombre que se volvió hacia mi furioso... mientras mostraba amenazante dos retorcidos colmillos de jabalí. Grité horrorizada frente a sus ojillos aviesos y agresivos, y traté de escapar en otra dirección. La luz en un tono de oscuro azul, que momentos antes mantenía la sala en penumbra, cambió a un brillante tono dorado, y de pronto me di cuenta de que estaba

justo en medio de una terrible manada de animales salvajes. Sentadas en un banco, dos chicas de pelaje pardo reían a carcajadas de hiena un sabroso cotilleo. A unos pasos de mí, un aterrador rottweiler se relamía ante una copa del champan más caro y de la exuberante camarera con aspecto de cervatillo que se la servía. Sobre el escenario del fondo, el chico que había subido al piano a improvisar una pieza por debajo de la estridente música, bostezaba como un león aburrido y sus colmillos brillaban en la oscuridad.

Mis piernas temblaban incapaces de sostenerme, me llevé las manos a la cabeza y grité aterrorizada, al borde de un colapso cardiaco. Iba a echar a correr de nuevo, tratando de escapar, cuando de pronto percibí algo entre aquella jungla temible: una puerta acristalada que daba al exterior. Me precipité como una loca hacia ella, apartando mis brazos como podía de las bestias a las que empujaba al pasar, y que rugían amenazadoras. Tenía que salir de allí, tenía que salir de allí como fuera.

Al fin alcancé la puerta, y vi que esta no llevaba a la calle, sino a un pequeño jardín interior, donde continuaba la fiesta en torno a unas mesas llenas de bebida y picoteo. Las bestias se apiñaban en torno a algunas, al fondo del jardín, tan amenazadoras como las del interior de la sala. La vista se me empezó a nublar, y ya creía que iba a desmayarme, cuando de pronto algo atrajo mi atención. Un chico que estaba de espaldas a mí, de pelo rubio, que se había apartado de un grupo de bestias para coger un canapé de una de las bandejas. Lo reconocí al instante por su pelo trigueño, espeso y lacio, y por la forma en que volcó el canapé de camino a su boca, con una torpeza que solo una persona podía tener: ¡Era Alberto! Mi antiguo compañero de pupitre, el único que me había tratado siempre como a una amiga.

—¡Alberto! —grité sin poder contenerme, antes de caer en la cuenta de que Alberto también debía haberse convertido en un animal salvaje y agresivo, dispuesto a atacar.

Alberto se giró en mi dirección, y a mí me saltó el corazón en el pecho. Estaba normal. Exactamente igual que siempre. No era un animal. No había nada raro en él. Nada. Sus facciones seguían siendo grandes y armoniosas, y sus ojos bondadosos y amables.

Alberto me observó perplejo y preocupado, como si se encontrase frente a una aparición.

—¿Teresa? —preguntó.

Ahogué una exclamación de alivio y eché a correr hacia él, desesperada, como si Alberto fuera capaz de salvarme de aquel infierno que se había desatado a mi alrededor. El chico me tendió los brazos y me sostuvo antes de que me cayera, mientras yo me aferraba a su americana con todas mis fuerzas.

—¡Teresa! ¿Pero qué te pasa? ¿Por qué estás llorando? —preguntó asustado, mirando a nuestro alrededor en busca de una explicación.

Enterré la cara en la tela de su chaqueta, como si con ese gesto fuera a borrar todo lo que había a mi alrededor.

- —¡Son ellos! —sollocé al final, demasiado atemorizada como para poder explicarme con claridad.
- —¿Quiénes? —inquirió Alberto, agarrándome los hombros y separándome lo suficiente de él como para poder verme la cara—. ¿A quién te refieres?
- —¡A la gente de la fiesta! —chillé, sin atreverme a girarme hacia la sala para señalárselos.

Alberto parecía totalmente asombrado. Miraba por encima de mi hombro, en dirección a la sala, y me pregunté si al ver la transformación de los que estaban allí dentro no soltaría un grito de terror.

—¡Míralos! No sé qué les pasa —exclamé—. ¡Se han convertido en unas fieras!

El chico seguía mirando hacia la puerta por la que yo había salido, pero no daba ninguna muestra de sorpresa. Volvió a mirarme, y su expresión parecía más tranquila, y también algo resignada.

—La verdad, Teresa... es que yo los veo como siempre.

Me quedé con la boca abierta, y durante varios segundos no pude reaccionar.

—¡No! ¡Han cambiado! —gemí—. ¡Son animales! ¡Bestias! Son más crueles que nunca, más despiadados, más agresivos... ¡No son ellos!

Alberto suspiró y esbozó una mueca.

—Pues por eso mismo, yo los veo más ellos que nunca.

De nuevo había vuelto a quedarme petrificada por la sorpresa, sin saber qué decir. Estaba tan confundida que era totalmente incapaz de expresar mis pensamientos. Alberto me observaba sin perder detalle, como si para él toda aquella situación no fuera un misterio incomprensible.

—Teresa, tú los conoces a todos ellos desde hace años igual que yo.

Pensé que habías tenido tiempo de conocerlos bien, de saber cómo son —dijo Alberto, con seriedad—. Siempre han sido crueles, y agresivos, y desagradables, y territoriales, ¿sabes por qué? Porque son personas que viven para las apariencias, personas que están obsesionadas con el éxito, el dinero, con conseguir más logros que nadie, ya sea una pareja perfecta o una experiencia increíble. Y con todo ello, además, pretenden que el resto de la gente los admire, los alabe o los envidie.

Traté como pude de asimilar las palabras de Alberto, y de pronto empecé a sentirme algo más tranquila. Tal vez aquello no fuera tan extraño después de todo. Sabía que lo que él estaba diciendo era cierto, y que yo también me había dado cuenta de ello desde hacía tiempo.

—Esa gente está obsesionada con la idea de ser únicos y especiales, tanto como para convertirse en un modelo a seguir —siguió Alberto, clavándome su mirada sincera y honesta—. Pero en el fondo saben que son iguales a los demás, que son productos de la misma sociedad, que hacen lo mismo que todo el mundo, y que no tienen nada de especial. Eso es algo que no pueden soportar.

Mi corazón había dejado de ir a mil por hora, y ya no estaba llorando. Solo podía reflexionar sobre las palabras de Alberto y sentir como estas me sacaban de mi estado de histeria anterior.

—Por eso tienen que competir entre ellos sin parar, ¿lo entiendes? Por eso se comportan como fieras y no pueden tolerar la presencia de ningún competidor —continuó el chico—. Y claro... cuando una persona se comporta de esa manera, es normal que tenga que esconder su verdadera forma de ser debajo de una máscara. Una que agrade a los demás y no los espante al primer encuentro.

Asentí, abotargada, como en el interior de un sueño. Una máscara... nunca había pensado que mis antiguos compañeros tuvieran terribles deseos que esconder a los demás debajo de máscaras. Pero ahora le veía sentido.

—No te sientas mal por tener miedo. Cuando una persona se quita de repente su máscara delante de ti, y se comporta como de verdad le apetece, es normal que te asustes —me tranquilizó Alberto—. Pero no debes sentirte intimidada por eso. Después de todo son ellos los que necesitan esconderse detrás de máscaras para vivir. Pero tú no lo necesitas. Te conozco desde hace años, y sé que tú nunca has sido como ellos y que nunca has necesitado disimular tu personalidad bajo una máscara.

Observé a Alberto extrañada. No acaba de entender a qué se refería con aquello de que yo no necesitaba una máscara.

—Piénsalo. Tú no estás obsesionada con el éxito, ni con que los demás te adoren, ni con que nadie te envidie —me explicó Alberto—. Tú no has elegido tu camino en la vida en función de lo que piensan los demás, de sus consejos o sus críticas. Y escoges estar con gente de verdad, sabes distinguir entre las personas sanas y aquellas que necesitan engañarse para sentirse únicos y especiales. Tú eres mucho más libre, mucho más peculiar y diferente que ellos.

Bajé la mirada a mis zapatos, tratando de digerir aquello. Nunca me había percibido a mí misma de la manera en la que lo estaba haciendo Alberto. Sabía que no era como aquellas personas, sabía que yo era rara, por expresarlo de alguna manera. Pero nunca me había parado a pensar en mi forma de ser como en una ventaja para vivir mi vida, una ventaja que no todo el mundo tenía.

—Es una estupidez que te sientas amenazada o inferior frente a una persona que necesita una máscara para vivir —concluyó Alberto, con calma y desenfado—. Tú eres libre y puedes ser tú misma. Y frente a una persona que no es capaz de serlo, solo puedes sentir lástima.

Durante unos segundos mantuve la vista fija en el suelo, pensando en la gran verdad que Alberto acababa de recordarme. Al fin, levanté la cabeza, y lentamente me volví en dirección a la sala, y a la puerta por la que había salido, donde a través de los cristales se veía a los invitados a la fiesta. Estaban normales. Todos eran personas otra vez, personas que reían, charlaban, bailaban, y que parecían totalmente inofensivas.

Me volví hacia Alberto, perpleja por todo lo que acababa de pasar, y el chico me sonrió.

- —Deberías descansar, anda —me dijo—. Has tenido una noche muy movida.
  - —Creo que sí... —respondí.
- —Te acompaño hasta tu coche, ¿vale? —propuso Alberto—. Hay una puerta trasera en este jardín, que da a la calle de atrás. Vamos por ahí.

Alberto echó a andar por el jardín y yo le seguí, con las piernas temblándome de la tensión anterior. A nuestro alrededor sonaban las voces de la gente que charlaba en el jardín, como si todo fuera normal otra vez, y siempre hubiera sido así. Antes de cruzar la puerta trasera a la que Alberto

me llevaba, me giré de nuevo hacia la pared acristalada que daba a la sala, donde los invitados seguían divirtiéndose con aspecto inocente. Y aunque todos habían vuelto a su estado normal, antes de salir por la puerta me pareció percibir el brillo ambarino de unos ojos de pupilas rasgadas, y algún que otro bostezo que dejaba ver unos colmillos afilados.

## Bajemos la luz

Toni hizo sonar las baquetas una contra la otra. Una, dos, tres veces. Y Marcel pulsó el primer acorde de la canción en las teclas de su sintetizador. Al instante la música volvió a inundar aquella pequeña sala, en el piso subterráneo de La gruta de Jimmy. Las luces de colores de los focos impedían a Marcel ver más allá del reducido escenario, de la espalda de Miguel, y de su propio teclado, pero sabía lo que había allí, y no era nada impresionante; tan solo un reducido grupo de personas apoyadas contra las paredes de la sala, unas tapándose la escasa vista a las otras, y todas sosteniendo una copa en la mano. Conforme se iban sucediendo los conciertos en los mismos pubs, el público iba disminuyendo cada vez más y más, hasta quedar reducido casi por entero a los amigos de toda la vida y a algún que otro familiar comprometido. Igual que un grupito de música de adolescentes principiantes.

Marcel recordaba con nostalgia aquellos días en los que no era más que un jovencito de veintipocos años, y soñaba con llegar a ser un músico famoso, con tocar en un escenario tan grande como una cancha de baloncesto, y tener por público a una masa humana que se perdiera hasta donde le alcanzara la vista. Pero ahora era un hombre de treinta y tantos, y todos aquellos sueños habían ido muriendo para dejar paso a una realidad mucho más amarga: la de músico de charanga, de fiestas, de bodas y de aburridos conciertos de año nuevo.

A tan solo unos pasos de él, Víctor comenzó a cantar con toda la fuerza de sus pulmones, en una proeza increíble para alguien que llevaba casi veinte años fumando como un carretero. Marcel no entendía de dónde podía sacar Víctor aquella energía a esas horas de la noche. Aquella era la última canción del concierto, y Marcel no se sentía emocionado ni nostálgico. De hecho, estaba cansado y lo único que le apetecía era acabar cuanto antes.

En realidad, debería sentirse afortunado por haber llegado a ganarse la vida como músico. Su padre nunca lo hubiera creído, y cada vez que un Marcel adolescente le decía que quería dedicarse a la música, su padre le espetaba con desprecio que cuando fuera adulto necesitaría comer tres veces al día y pagar las facturas cada mes. Marcel se había sentido

orgulloso el día que había conseguido independizarse de casa de sus padres con la profesión de músico. Pero años después, al recordar aquellas discusiones con su padre, le daban ganas de estrangular al viejo, y lo peor de todo, el motivo era que sabía que su padre tenía razón.

Durante los últimos años todo en su trabajo había ido de mal en peor. Nadie tenía dinero para nada, y cuando uno no tiene dinero, comprende que se puede vivir sin fiestas y sin conciertos. Y por eso Marcel y su grupo habían empezado a recibir cada vez menos ofertas para dar bolos. Los conciertos se cancelaban a última hora por falta de público, cada vez menos gente los requería para bodas, y los jefes de las salas de fiestas se retrasaban en los pagos durante meses y meses.

Habían llegado al puente de la canción, y Marcel comenzó a tocar una sencilla melodía repetida mil veces en su viejo teclado, mientras Miguel rasgueaba la guitara frente a él, acaparando toda la atención del público. Años atrás, se hubiera sentido celoso por no ser el centro de atención, pero aquella noche casi lo agradecía. No se sentía con ánimo de que nadie le viera.

Con tantos problemas en su trabajo, Marcel había creído que el único momento del que llegaría a disfrutar, serían los pequeños conciertos en pubs conocidos, con el viejo grupo de música que había montado años atrás con sus amigos. Conciertos de canciones propias, con precios de entrada simbólicos, tocando entre sus colegas, casi más por amor al arte que con ánimo de lucro. Conciertos como el de aquella noche. Y, sin embargo, Marcel sentía tan latente su fracaso que ya no disfrutaba ni de conciertos como aquellos. De hecho, nunca había tenido tan poco entusiasmo por dar un concierto como aquella noche. Aunque quizá no se debiera al concierto en sí, sino a lo que le esperaba cuando este hubiese terminado.

La canción llego a su fin, y Víctor se despidió a gritos de la sala, que respondió con un aplauso exánime y algún que otro silbido. Marcel esperó paciente, con una sonrisa no demasiado amplia, a que los aplausos se debilitaran hasta desaparecer y a que el técnico apagara aquellos irritantes focos de colores enchufados directamente a su cara. Entonces llegó el momento de empezar a recoger.

Las cosas ya habrían sido bastante difíciles para Marcel en una situación normal. Pero había un motivo por el que el músico había ido sintiéndose cada vez más y más angustiado, y ese motivo era su hijo Damián. Bueno, en realidad Damián había sido la principal motivación de Marcel para hacer prácticamente de todo desde el día de su nacimiento, pero la situación se había complicado desde que Clara, la madre de Damián, le pidiera el divorcio dos años atrás. Y todo se había complicado porque, como la mayoría de los hombres en su situación, a Marcel le había tocado pasarle una pensión a su hijo Damián, una pensión que apenas lograba reunir con su raquítico sueldo de músico venido a menos. Marcel necesitaba pagar el alquiler de su diminuto y destartalado nuevo apartamento, el mantenimiento de su teclado, y la gasolina para viajar de una sala de conciertos a otra. Y la pensión alimentaria de Damián era una obligación cada vez más y más penosa.

Marcel empezó a desmontar y plegar su teclado mientras un grupo de mujeres cercanas a los cuarenta, vestidas y arregladas para matar, se encaramaban al escenario para felicitar a Víctor. Sin duda debían ser viejas amigas del cantante, de esas que no tenían nada mejor que hacer que acosar a un músico de poca monta año tras año. Marcel levantó la vista del penoso espectáculo y a unos cuantos metros le pareció distinguir a Ángela entre el público; una chica de veintipocos años, altísima y con un pelo kilométrico, que siempre observaba los conciertos desde la barra con un doble de cerveza en la mano. Era una amiga de Miguel, y Marcel la había conocido hacía meses en una reunión de amigos. La chica había estado charlando con él durante más de una hora, algo que a Marcel no solía pasarle a menudo. Era agradable, era vital, y le encantaba la música, por lo que era un gustazo hablar con ella. De vez en cuando solía aparecer en los conciertos, y siempre les felicitaba con una enorme sonrisa a la salida del local.

Marcel sintió que una sonrisa un tanto fuera de lugar se le dibujaba en la cara al verla, y se alegró de que ella no estuviera mirándole. No podía comprender como aquel capullo de Miguel podía conocer a una chica tan fantástica como Ángela y no tratar de convertirla en su novia. Marcel no hubiera dejado escapar la oportunidad. Por desgracia, era consciente de que él, a diferencia de Miguel, no tenía ninguna posibilidad con ella.

El teclista sacudió la cabeza, molesto consigo mismo, y siguió recogiendo su instrumento. No estaba en situación de preocuparse por aquellas cosas, porque tenía problemas encima mucho más acuciantes; el mes anterior no había sido capaz de pagar la pensión de Damián, y por supuesto su ex mujer se había puesto hecha un basilisco. Le había insultado,

le había llamado inútil y holgazán, no había atendido a razones cuando él había intentado explicarle que tenía varios conciertos pendientes por cobrar desde hacía meses, y había proclamado a los cuatro vientos su arrepentimiento por haberse casado con un mequetrefe como él. A Marcel no le importaba que su ex mujer le insultase. La conocía de sobra, y sabía que cuando se enfurecía de aquella manera, era imposible defenderse de sus ataques sin ponerse a su mismo nivel. Lo que en realidad le preocupaba era la amenaza que Clara le había lanzado como una bomba. Si no le pasaba la pensión al mes siguiente, le denunciaría y no pararía hasta quitarle cualquier posibilidad de ver a Damián.

- —¡Marcel! ¡Cuidado con el cable! —gritó Miguel cuando el teclista estuvo a punto de arrancarle la guitarra de las manos al tropezar con el cable de su equipo.
- —Lo siento, tío —murmuró Marcel, y se agachó para desenchufar el cable de su amigo—. Esta noche estoy hecho polvo.
- —¿Te encuentras bien, tío? —preguntó Miguel, observándole de hito en hito—. No tienes buena cara. Necesitas tomarte una cerveza ya mismo y desconectar.

Marcel le tendió el cable mientras sacudía la cabeza, desganado.

- —No puedo, Miguel.
- —¡Venga, tío! Solo una —replicó el guitarrista, con ímpetu—. Te vendrá bien.
- —No, en serio, no puedo —insistió Marcel, sombrío—. Tengo que hacer algo después del concierto. Y además mañana quiero madrugar.

Miguel acabó por darse la vuelta mientras se encogía de hombros. Conocía a Marcel como para saber cuando no había forma de convencerle.

—Está bien, como tú quieras... —masculló antes de irse a saludar a uno de sus amigos.

Marcel cargó su instrumento y su amplificador, y se dirigió a la salida trasera del pub. Aquel mes lo tenía tan jodido como el anterior para pasarle la pensión a Damián y sabía que la situación no iba a mejorar en los meses siguientes. Estaba muerto de miedo. Sabía que Clara hablaba en serio cuando le decía que iba a apartarle de su hijo, y también sabía que era capaz de hacerlo. La idea de separarse de Damián le resultaba inimaginable. Ver a su hijo unas cuantas tardes por semana era lo único que conseguía animarle y hacerle olvidar el trabajo durante unas horas. Aquel niño frágil,

delgaducho y con gafas tenía mucho de él, y Marcel sentía el impulso irrefrenable de acompañarle en cada paso que daba. Si su ex mujer decidía apartarle de él, toda su vida se vendría abajo. Si ya había sido bastante duro irse a vivir separado de su hijo, dejar de verle sería horrible. Incluso aunque solo fuese durante un tiempo, hasta que Marcel volviese a tener dinero suficiente para pasarle la pensión, la relación entre ambos iba a resentirse muchísimo; Damián solo tenía ocho años, su personalidad estaba aún formándose, y si Marcel no estaba a su lado ahora, el niño acabaría perdiendo sus lazos con él. Si se acostumbraba a no tener a su padre a su lado, ya nada volvería a ser igual entre ellos. Y lo último que Marcel quería era perder lo mejor que le había pasado en la vida.

En la puerta trasera del pub se encontraba aparcada la furgoneta roja y renqueante de Miguel, en la que todos los músicos del grupo solían cargar su equipo de sonido. Miguel se ocupaba siempre no solo de transportar el equipo, sino de guardarlo en un viejo garaje de sus padres, que el grupo usaba como almacén. Así se ahorraban la pasta de tener que alquilar un local, una pasta que ninguno de ellos tenía. En la furgoneta ya se encontraba Cristian, el batería del grupo, cargando las piezas de su batería eléctrica en el furgón trasero, mientras que Víctor le ayudaba con una mano y fumaba un cigarrillo con la otra.

- —¿Aún queda sitio para mí? —preguntó Marcel, tratando de sonar lo más animado posible.
- —No sé yo, Cristian lo acapara todo con su batería —comentó Víctor tras soltar una larga bocanada de humo—. Tendrás que atar tu "ampli" a la baca de la furgoneta.
- —No le hagas caso a este capullo, Marcel —replicó Cristian, sacando al fin la cabeza del furgón trasero—. Tienes sitio de sobra, sírvete.

Marcel se esforzó por esbozar una breve sonrisa, y cargó su amplificador hasta la furgoneta. A su lado Víctor y Cristian seguían charlando despreocupados, ajenos al estado de ánimo de su colega.

- —¿Dónde está Miguel? —preguntó Cristian, mientras hacía una pausa para fumarse también un cigarro.
- —Estará dentro con Rober, hinchándose a ligar, como siempre —contestó Víctor con una sonrisa ácida.
- —Cómo se lo montan los cabrones —exclamó Cristian, y sacudió la cabeza con incredulidad—. Eso de ligar, en la música es cosa de guitarras y

bajos.

—Víctor también tiene su público —intervino Marcel, sin mucho ánimo, tras encajar su amplificador entre los bultos del maletero.

Víctor hizo una mueca divertida, y guiñó un ojo en actitud chulesca.

- —Pues claro, tío. ¡Los cantantes somos los putos amos del Rock and Roll! —replicó riendo—. Las mujeres se mueren por nosotros.
- —Y mientras los baterías y los teclistas estamos muertos de risa al fondo del escenario —se quejó Cristian y dirigió a Marcel un mohín tan lastimero que casi consiguió arrancarle una sonrisa—. A mí ni siquiera se me ve detrás de tanto plato.

Víctor y Cristian continuaron la charla, riendo a carcajadas, pero Marcel ya había dejado de seguirles. Suspiró, agotado, se quitó las gafas y se las limpió como pudo en el borde del suéter.

- —Bueno, chicos, yo me marcho ya —comentó poco después, y al instante sus dos amigos interrumpieron la charla.
- —¿Te vas tan pronto? —preguntó Víctor, sorprendido—. ¿No te quedas a tomar una copa?

Marcel negó con la cabeza.

—No, tío, mañana tengo que madrugar. He quedado para hacer unos recados... tengo mucho lío.

El teclista no estaba seguro de sonar muy convincente, pero por suerte ni Víctor ni Cristian insistieron demasiado. Estaban acostumbrados a que Marcel tuviera etapas en las que se encerraba en sí mismo, y no quería saber nada de nadie.

- —Como veas, tío —contestó Cristian—. Nos vemos en el próximo bolo.
- Claro. Voy dentro a despedirme de Miguel y Rober y me piro
   contestó Marcel, mientras daba media vuelta y se despedía con un gesto de la mano.

Víctor y Cristian se despidieron también antes de seguir charlando animadamente, y Marcel se encaminó de nuevo a la puerta trasera del pub, con el teclado colgado a la espalda. Tan pronto como se apartó de sus colegas, la ansiedad volvió a asaltarle.

Desde que su ex mujer le amenazara con quitarle la custodia de Damián, Marcel se había devanado los sesos en busca de formas rápidas con las que obtener dinero para poder pagar la pensión de su hijo. Había tratado de explotar todas las opciones que le diera su profesión: se había ofrecido para dar clases particulares de música, había llamado a todas las orquestas y bandas que conocía, pero sin demasiado éxito. También se planteó vender algunas de sus cosas, entre ellas el viejo piano de pared que aún conservaba en su raquítico apartamento. Pero el pobre instrumento estaba tan viejo y tan estropeado que no consiguió ninguna oferta decente, y Marcel se resistía a deshacerse de su querido piano por cuatro miserables perras que no le sacaban del aprieto.

Había pensado también en buscar cualquier trabajillo de lo que fuera, pero le resultaba imposible compaginar un horario laboral normal con los horarios locos, imprevisibles y siempre cambiantes de su profesión de músico, y al final había tenido que dejarlo por imposible. Por último, había pensado incluso en pedir dinero prestado a sus padres o a algún amigo de confianza, pero sabía que eso no sería más que otro problema para el futuro, cuando llegara el día en que tuviera que preocuparse de devolverlo y aún siguiese necesitando más para la pensión de Damián. Al final se había quedado sin ideas, se había desesperado, y se había sumido en un estado de apatía que nunca antes había conocido. Fue en aquellos días cuando habló con Luis, su viejo amigo de la infancia. Y fue entonces cuando vislumbró una nueva posibilidad.

De vuelta en el pub, Marcel paseó una rápida mirada por la sala buscando a Rober y a Miguel, y consultó su viejo reloj de pulsera: las doce y media de la noche. Aún tenía algo de tiempo, y quería al menos despedirse de sus colegas antes de marcharse. Lo contrario sería demasiado sospechoso. Se abrió paso entre la gente que remoloneaba alrededor del escenario, y encontró a Robert sentado en un taburete de la barra, charlando junto a una tía que reía sin parar. Marcel estaba seguro de que Rober no estaba siendo tan gracioso como parecía; a su bajista se le daba mejor hacerse el chulo que ser simpático. Marcel se acercó unos pasos y cuando Rober hubo reparado en él, le hizo un gesto de despedida con la mano. Rober se contentó con dirigirle un simple movimiento de cabeza y siguió escuchando el parloteo de la tía que tenía delante. Marcel decidió que aquello tendría que valerle como despedida, viniendo de Rober, y dio media vuelta en busca de Miguel. Empezaba a sentirse tremendamente incómodo en aquella sala, y lo único que quería era marcharse de una vez. Aunque al pensar en lo que le esperaba después se le erizaba la piel de todo el cuerpo.

El día que Marcel había hablado con su viejo amigo Luis, estaba

desesperado. Luis lo había intuido, y quizá por eso le invitó a tomar una copa. Aquel tipo tenía esa capacidad de discernir lo que pasaba por la cabeza de Marcel, antes incluso de que este mismo lo supiera. Aquella tarde los dos se subieron al coche, condujeron hasta un garito apartado en medio de una estación de servicio, un lugar que solían visitar años atrás, cuando sus vidas aún no estaban cargadas de preocupaciones. Se sentaron a una mesa, y Marcel se pidió un whisky solo, algo que no solía hacer a no ser que estuviera celebrando algo o que se encontrara muy deprimido. Después de dar un par de tragos al vaso, comenzó a hablar sin parar. Escupió todo lo que le angustiaba delante de su amigo, le habló de la pensión de Damián, de las amenazas de su ex mujer, de cómo había fracasado en todos sus intentos de conseguir dinero para su hijo, y de cómo se encontraba en un callejón sin salida.

- —Nunca pensé que me sentiría tan atrapado, entre la espada y la pared, sin ninguna maldita posibilidad de hacer nada —había exclamado frustrado, mientras se pasaba una mano por su pelo castaño, lacio y sin gracia—. Te juro que no puedo más. Ahora entiendo a esas mujeres que se quedan sin nada, sin un duro para alimentar a sus hijos, y están tan desesperadas que se tiran a la calle, a buscar una esquina en la que follarse a hombres por dinero. Nunca lo hubiera entendido, pero ahora casi las envidio. Al menos ellas saben qué hacer.
- —¿No crees que lo que estás diciendo es una burrada, Marcel? —le espetó Luis, que había desviado la mirada, incómodo, a su propio vaso—. No creo que esa situación sea como para envidiarla, ¿sabes? Debe ser muy jodido.
- —No me entiendas mal —protestó Marcel, alicaído—. Solo digo que las comprendo. Creo que estoy igual de desesperado que una mujer que se tira a la calle. Creo que si yo fuera una mujer, sería capaz de hacerlo con tal de que no me quitaran a Damián.

El músico resopló agotado, y dio otro sorbo a su whisky, mientras Luis, sentado frente a él, no le quitaba el ojo de encima. El tipo pareció meditar durante unos instantes, con la mirada perdida en la superficie de la mesa y finalmente arrugó las cejas, pensativo y dudoso.

—Marcel, si tan desesperado estás... creo que hay maneras de que consigas dinero rápido —comentó, sin levantar la mirada de la mesa, evitando la de su amigo.

Marcel alzó la vista de su vaso como un resorte, y observó a Luis preso de la ansiedad.

—¿En serio? ¿De qué forma podría hacerlo? —exclamó, inclinándose sobre la mesa con atención.

Luis levantó la mirada con cautela para observar a su amigo.

—Pero, Marcel... no sé si esa forma de conseguir dinero te va a convencer.

Una voz surgida tras su espalda sacó al músico de sus recuerdos en un instante.

—¡Eh, Marcel! ¿Qué tal estás?

Tardó solo un segundo en reconocer la voz viva y cantarina de Ángela. Marcel se volvió al instante y se encontró con la chica a un palmo de distancia, sonriéndole, y esgrimiendo en la mano su doble de cerveza de costumbre. Le pareció que aquella noche estaba especialmente preciosa. Llevaba todo el pelo revuelto tras el concierto, y se había puesto un vestido rojo con un estampado de cuadros, que le daba un aire de estudiante de instituto realmente sexy. Al instante Marcel empezó a sentirse tan abrumado y nervioso como cada vez que se encontraba frente a ella.

- —Hola, Ángela, me alegro de verte —consiguió decir, y esbozó una sonrisa tan amplia que casi tuvo la certeza de parecer idiota—. ¿Qué tal?
- —¡Genial! Habéis dado un concierto espectacular, enhorabuena —exclamó Ángela con aquella encantadora sonrisa suya.

Marcel bajó la mirada, casi sonrojado, a pesar de que Ángela solía decirle lo mismo un concierto tras otro.

- —Bueno... hoy no ha sido mi mejor día —replicó el músico—. Creo que no estaba muy concentrado.
- —¡Qué tontería! Yo no he notado nada —exclamó Ángela con desenfado—. Ha sonado genial.

Marcel se echó a reír, y antes de darse cuenta se estaba pasando una mano por el pelo, en un gesto inconsciente que siempre tenía cuando estaba nervioso.

—Ángela, me parece que no eres imparcial con nosotros... —comentó, cortado.

La chica se echó a reír, con unas carcajadas tan alegres que Marcel casi olvidó su estado de ánimo, sus preocupaciones y todo lo que le esperaba aquella noche.

—Vale, puede que tengas razón —rio Ángela—. Es difícil ser imparcial con los amigos... Bueno, ¿te tomas una cerveza para celebrar que habéis dado otro conciertazo?

La alegría de Marcel se esfumó al instante. Casi se odió a sí mismo por tener que decirle que no a Ángela.

- —Lo siento, pero esta noche no puedo —contestó, evitando la mirada de la chica—. Tengo que irme. En realidad estaba despidiéndome de la gente.
- —Vaya... ¿tan pronto? —preguntó ella, alicaída—. ¿No puedes quedarte ni un ratito? No es ni la una.

Marcel negó con la cabeza, y trató de sonar convencido.

—No, de verdad que no puedo. Tengo... un compromiso dentro de un rato —dijo al fin, y tan pronto como oyó sus propias palabras, un escalofrío le recorrió la espalda.

Deseó no haber dicho eso, deseó haber abandonado su maldito plan y haberse quedado tomando una cerveza y charlando con Ángela. Llevaba muchísimo tiempo queriendo pasar un rato así con ella, y odiaba tener que renunciar a él, no importaba el motivo.

Ángela apartó la mirada y se encogió de hombros, tratando de quitarle importancia al asunto.

- —Bueno, pues si hoy estás ocupado, otra noche será —terció, conciliadora—. Para el próximo concierto.
- —Claro, para el próximo concierto, prometido —exclamó Marcel—. Siempre que vuelvas a vernos, claro. Tienes que estar ya aburrida de nosotros.

Ángela volvió a reír, haciendo temblar la cerveza de su vaso, y apartando todos los fantasmas de Marcel durante unos segundos.

—Claro que volveré, no me canso de vosotros, tonto —contestó, risueña—. Para un buen grupo que tenemos por aquí y en el que además conozco a los músicos...

Marcel se volvió a sorprender a sí mismo sonriendo como un tonto, y aún no había decidido que contestar cuando Ángela sacudió la cabeza y exclamó:

- —Bueno, ya no te entretengo más. Si tienes que irte, no llegues tarde por mí. Ya hablamos en el próximo concierto.
  - —Eh, sí, claro —contestó Marcel, pillado por sorpresa.

Lo único que le apetecía en aquellos momentos era mandarlo todo al

carajo y quedarse allí. Pero sabía que no podía hacerlo. No podía rendirse.

- —Bueno... pasa una buena noche y diviértete —dijo al fin, tratando de sonar alegre.
- —Y tú, dónde quiera que vayas —contestó Ángela con una cálida sonrisa—. Nos vemos, Marcel.

—Adiós, cuídate.

Ángela dio media vuelta y volvió junto a su grupo de amigos, y Marcel al fin reaccionó, y dio media vuelta hacia la salida del pub. Se sentía fatal, estaba furioso consigo mismo, y de un mal humor terrible. No podía creer que su vida se le hubiera ido de las manos de aquella manera. Ya no le importaba despedirse o no de Miguel o de ningún otro colega, lo único que quería era alejarse de aquel pub cuanto antes. Se dirigió a la puerta principal para no volver a cruzarse con sus colegas, que metían el equipo en la furgoneta en la salida trasera. Se puso el abrigo de mala manera y se colgó el teclado al hombro de un tirón.

Una vez fuera, el aire gélido de finales de otoño le golpeó la cara, rociándole la piel con una capa de humedad pegajosa. Marcel se detuvo unos instantes frente a la puerta del pub, tratando de reunir ánimo suficiente como para hacer lo que debía hacer. Era una noche muy poco agradable, sin luna en el cielo, iluminada tan solo por la luz amarillenta de las farolas, y del cielo caía una fina llovizna, una de esas que apenas se perciben al principio pero que acaban calando hasta los huesos. Marcel se arrebujó dentro del abrigo y comenzó a alejarse del pub, dejando atrás aquella zona de bullicio, llena de bares con grupitos de amigos fumando en las puertas, mientras se iba sintiendo cada vez más desgraciado y miserable.

Aquella tarde en la estación de servicio, Luis le había hablado acerca de una plataforma de internet, una plataforma de citas, en la que una persona podía dejar una fotografía y una descripción de sí misma y los demás usuarios podían concertar una cita si estaban interesados en ella. Lo curioso de aquella plataforma, según le dijo Luis, era que las personas que buscaban una cita ofrecían dinero a cambio de ellas, por lo que la persona que se había anunciado en la página, solía ofrecer sexo a su acompañante. Marcel se había puesto pálido al escuchar aquello.

- —Pero, ¿qué dices, tío? Eso tiene que ser ilegal de narices —había exclamado indignado—. Si la policía lo descubre...
  - —La policía no lo va a descubrir —terció Luis, tajante—. Esa

plataforma está protegida de los medios que tiene la policía para rastrear internet. La gente que la ha creado y que la utiliza sabe bien como guardarse las espaldas, puedes estar seguro.

- —Da igual —replicó Marcel, negando con la cabeza—. Sigue siendo arriesgado.
- —Puede ser... —concedió Luis, mientras jugaba con el borde de su vaso. Hablaba con cautela, sin mirar a Marcel—. Pero esas personas ofrecen una buena cantidad por echar un polvo. Todos lo ofrecen, hombres y mujeres de todas las edades. Y tú dices que estás dispuesto a todo con tal de que no te quiten a tu hijo. Quizá deberías planteártelo.

Marcel se había quedado sin habla. Aquella idea era vomitiva, estaba tan indignado con su amigo por sugerirlo, que no era capaz ni de encontrar las palabras adecuadas para quejarse. Pero una vez fue capaz de hablar, y de soltarle una sarta de improperios a Luis, se dio cuenta de que en realidad aquello no tenía ningún sentido; el mismo se había planteado la idea. Por muy horrible que le pareciera, lo cierto era que estaba desesperado. Y si aquella era la forma de conseguir mantener a Damián a su lado, estaba dispuesto a intentarlo.

El músico se dirigió a grandes zancadas hasta una calle no muy alejada del pub, donde había dejado su coche en un parking público abierto las veinticuatro horas. En aquellos momentos la zona estaba bastante desierta, y Marcel se deslizó como una sombra al interior del parking. Su viejo coche estaba aparcado casi al fondo del estacionamiento, y le esperaba como una figura destartalada y herrumbrosa, como prácticamente todo lo que había en su vida. Mientras caminaba hacia él, y escuchaba el sonido de sus pasos resonando contra las paredes de hormigón, Marcel se sintió débil y enclenque como nunca antes se había sentido en la vida. Tenía que sacar fuerzas, no importaba de donde fuera, pero tenía que sacarlas, porque por muy débil que fuera, no podía rendirse. No mientras estuviera en su mano la posibilidad de mantener a Damián cerca de él. El músico se metió dentro del coche, acomodó el teclado en el asiento del copiloto y abandonó el parking de forma tan furtiva como había entrado.

Luis le había ayudado a hacerse un perfil en aquella plataforma de prostitución clandestina. Por suerte Marcel estaba totalmente seguro de la discreción y la lealtad de su amigo, o nunca se hubiera atrevido a hacerlo. Durante los primeros días esperó las ofertas con el corazón hecho un nudo.

Casi no podía pensar en otra cosa, y revisaba compulsivamente la plataforma cada dos por tres, en busca de la ansiada pero temida respuesta. Había momentos en los que se sentía tan asqueado por lo que iba a hacer y tan asustado, que tenía que controlarse para no entrar en la plataforma y borrar su perfil al instante. Pero otras veces se sentía tan agobiado por la falta de dinero, las amenazas de su ex mujer, y el miedo a perder a Damián, que se sorprendía a sí mismo cruzando los dedos porque alguien le contestara.

La fina llovizna pareció aumentar de intensidad mientras Marcel conducía, pero él no se molestó en conectar el limpiaparabrisas. Se limitó a observar como las finas gotitas se estrellaban en la luna de su coche, entorpeciendo ligeramente su visión e iluminándose cada vez que pasaban por debajo de una farola. Había aprovechado un semáforo en rojo para introducir en el GPS de su móvil la localización a la que se dirigía, y en aquellos momentos estaba más preocupado por seguir la flecha azul del mapa que por otra cosa.

Marcel condujo hasta un cruce en una avenida amplia, donde pensaba tomar dirección hacia las afueras. Para ello tuvo que pasar por debajo de un enorme puente que conducía el tráfico por encima de su cabeza. Una vez llegó bajo el puente, la luz de las farolas desapareció por unos instantes, y Marcel se sintió como si el cemento y el hormigón de la carretera se lo hubieran tragado. Siempre tenía esa sensación cuando conducía de noche por lugares como aquellos, no sabía exactamente el porqué.

A pesar de su tremenda ansiedad tras publicar su perfil en la plataforma de citas, los días fueron pasando y las ofertas de las interesadas no llegaban. Aquello empezó a ponerle algo nervioso, y poco después acabó por desesperarle. Estaba tan preocupado que incluso llegó a contárselo a Luis, al que se había propuesto dejar al margen de todo aquel asunto una vez este terminó de ayudarle con el acceso a la plataforma. Luis le había tranquilizado, le había dicho que tenía que tener paciencia, que aquellas cosas podían tardar, le recordó que había muchísimos más hombres en busca de citas que mujeres en aquella plataforma, y que era cuestión de tiempo que apareciera alguna interesada. Sin embargo, Marcel no podía tranquilizarse ni ser paciente, porque se le estaba acabando el tiempo. La fecha de ingresar la pensión del siguiente mes a Damián se acercaba, su trabajo parecía volverse cada vez más y más inestable, tenía facturas sin

pagar y se preguntaba en qué momento su ex mujer perdería la paciencia y le azuzaría a su abogado como a un perro de presa.

Y, además, sabía que, en realidad, el principal problema para encontrar interesadas en aquella plataforma, era él mismo. No era un tipo demasiado atractivo, y no le había quedado más remedio que subir unas cuantas fotos suyas a su perfil. También había echado un vistazo a las fotografías de otros hombres que se ofrecían en el blog, y lo cierto era que la mayoría eran bastante más atractivos que él. Su cuerpo no resultaba atrayente, tan leptosómico, demasiado larguirucho y desgarbado, de brazos y piernas flacos y sin el más mínimo tono muscular. Tampoco su rostro era de una gran belleza, y a Marcel siempre le había parecido demasiado alargado, demasiado enjuto, con una nariz larga y labios casi inexistentes. Y tampoco ayudaba su pelo de color marrón rata, lacio y sin vida, ni sus gafas de cristales redondeados y delgada montura metálica. Sabía que no iba a ser la primera opción de ninguna de aquellas mujeres que buscaban una cita, y el paso de los días sin ninguna novedad, le fue dando la razón.

Un par de semanas tras haber publicado su perfil, Marcel se llevó una sorpresa cuando descubrió que tenía una oferta en la plataforma. Sin embargo, su alegría primera se convirtió en decepción cuando vio que la persona que estaba interesada en él era un hombre. Por alguna razón aquel tipo le había encontrado atractivo entre la multitud de chicos jóvenes y atléticos que se anunciaban en la plataforma, y le había escrito un mensaje para preguntarle si, a pesar de haberse declarado heterosexual en su perfil, estaba dispuesto a hacer una excepción con él.

A Marcel no le atraían los hombres, nunca le habían atraído y no sentía ningún interés por probar. Así que respondió educadamente a aquel tipo diciéndole que lo sentía, pero que su oferta se limitaba a las mujeres, a pesar de la molesta vocecita en su cabeza que le recriminaba por la gran cantidad de dinero que estaba rechazando y que tanto necesitaba.

Marcel tomó una larga avenida, siguiendo las indicaciones del GPS, y se dejó adormecer por el tembloroso resplandor de las farolas. El halo de luz metálica de los focos irrumpía en el coche de golpe, iluminándolo todo durante apenas un segundo: las manos grandes de dedos largos de Marcel agarradas al volante, después su rostro sombrío, enjuto y concentrado, y luego desaparecía tras su cabeza antes de que todo el coche quedara sumido en la penumbra. La lluvia había amainado hasta convertirse de nuevo en

una fina llovizna, pero el suelo de la calzada estaba húmedo y Marcel lo sentía al manejar el coche. Conducía con pericia y con atención, tratando de seguir las indicaciones del GPS para no perderse. Se sentía como si su mente tratara de escapar de su cuerpo, como si quisiera perderse en la noche húmeda y oscura y olvidarse de todo aquello que le estaba esperando, de lo que tenía que hacer.

Tras rechazar a aquel hombre parecía que el plan de la plataforma de citas había sido un completo fiasco, y que Marcel tendría que rendirse ante sus problemas. Pero de repente sucedió lo inesperado. Otro hombre le escribió un mensaje interesándose por él, pero esta vez su oferta era distinta. Aquel hombre le pedía un simple encuentro, una cena juntos y una charla, sin sexo a cambio, sin pedir nada más que su compañía. Marcel había leído y releído el mensaje de aquel hombre infinidad de veces, sin acabar de dar crédito a lo que veía:

"Hola Marcel: Te escribo porque me has parecido un hombre agradable y quisiera invitarte a cenar conmigo. Sé que lo que en realidad se busca en estas citas es tener sexo, pero en mi caso no es eso lo que me interesa. Estoy pasando un mal momento, tengo una situación personal que me está superando, y nadie a mi alrededor puede ayudarme. Necesito escapar de esto, necesito desahogarme, encontrar a una persona que esté libre de ideas preconcebidas sobre mí, de prejuicios por los que cree conocerme, y que pueda escucharme sin ser arbitrario. Dicen que hablar de cosas serias con un desconocido siempre resulta más sencillo. No sé si eso será cierto, pero estoy dispuesto a intentarlo. Por eso quería pedirte tu compañía, tu oído y tu atención por una noche. No conozco nada de ti a excepción de tu fotografía y esa breve descripción de tu perfil, pero tengo la sensación de que eres un buen hombre, alguien amable y comprensivo, y eso es lo que más necesito ahora. Tal vez todo esto te resulte un poco extraño, y sientas desconfianza hacia mí y hacia mi oferta. Pero no veo por qué, en este mundo en el que podemos pedir sexo a cambio de dinero sin ningún problema, simplemente para satisfacer una necesidad, no podríamos o no deberíamos pedir apoyo, y compañía si es eso lo que necesitamos. Por supuesto, si accedes a mi invitación, te pagaré cada hora que pasemos juntos según la tarifa habitual, no importa el tiempo que podamos entretenernos. Y claro está, me ocuparé de todo lo que a la cena se refiere. Un cordial saludo. T."

Marcel había dudado mucho acerca de aquella oferta. Casi al instante de

leerla se sintió tentado a responder al momento para decir que sí. Al fin y al cabo, le estaban ofreciendo ganar tanto dinero o más que en una cita habitual y no le estaban pidiendo sexo a cambio. Quisiera lo que quisiera aquel hombre, seguramente sería más sencillo de conceder y menos denigrante que un rato de sexo por dinero. Sin embargo, las dudas y los temores pronto habían comenzado a asaltarle. No acababa de convencerle que aquel hombre estuviera dispuesto a pagar por su tiempo por algo tan abstracto como la compañía o el consuelo. La sociedad en la que vivían no ponía un precio muy alto para esos favores, pero sí se lo ponía al sexo. ¿Para qué querría alguien pagar a un hombre el precio por el que ofrecía su cuerpo, simplemente para tener su compañía, su apoyo, su atención, y todas esas cosas que tantas personas ofrecen a cambio de mucho menos? Aquella pregunta no dejaba de acosar a Marcel, y este trataba una y otra vez de darle una respuesta. ¿Y si aquel hombre quería contarle algo demasiado terrible, algo que no podía contar ni siquiera a un psicólogo o a un confesor? ¿Y si al escucharle iba a convertirse en cómplice de algo que no quería conocer? La posibilidad de que aquella oferta le ocasionara algún problema parecía bastante real con tan pocos datos acerca del hombre que le citaba. En verdad no podía descartar ninguna trampa, ningún engaño, ninguna consecuencia grave para él.

Ni siquiera sabía qué era lo que había motivado a aquel hombre que firmaba como "T", a elegirle a él entre todos los hombres registrados en la plataforma. Después de todo lo único que había podido ver de Marcel era su fotografía y una mísera descripción de sí mismo, exactamente igual a las que escribían todos en la plataforma:

"Marcel, varón blanco, de 34 años de edad, 1,82 metros de altura, 75 kilogramos de peso. Sin enfermedades conocidas. Disponible para mujeres de todas las edades."

Sin embargo, aquel hombre le ofrecía mucho dinero, y no le pedía sexo. Rechazar otra oferta, y más una oferta como esa, simplemente porque le parecía demasiado rara, era una completa estupidez. Necesitaba el dinero, lo necesitaba con urgencia, y si rechazaba aquello, tarde o temprano tendría que acabar acostándose por dinero con una mujer, o incluso con un hombre. Y aquello se le hizo tan evidente, que Marcel acabó por responder al mensaje de aquel desconocido diciéndole que aceptaba su oferta.

El GPS había guiado el coche hacia un gran cruce de direcciones de

nuevo, aunque esta vez en medio de una pequeña rotonda adornada con esculturas que representaban instrumentos musicales. Marcel tomó la salida que le indicaba el GPS, y dejó atrás aquella confluencia de calles desiertas bajo la llovizna. La ausencia de personas a aquellas horas de la noche, le daba a la ciudad la apariencia de estar dormida. Y era una apariencia que encantaba a Marcel; una ciudad dormida resultaba atrayente, imponente, pero sabía que, tras aquel aspecto de falso peligro, un sinfín de personas permanecía a un paso de él, y descubrirlas era una hazaña que merecía la pena. La noche en la ciudad abría tantas posibilidades que resultaba difícil de imaginar, rompía muchas de las barreras que aprisionaban a las personas durante el día. Las aventuras y las desventuras estaban servidas, y todo eso en unas calles aparentemente desiertas, con las luces de las farolas como únicos testigos silenciosos. Tal vez por eso Marcel seguía sintiendo una especie de emoción contenida cada vez que se aventuraba en la ciudad de noche.

A las pocas horas de haber respondido a T para decirle que aceptaba su oferta, Marcel recibió un nuevo mensaje del tipo:

"Marcel: Me alegra mucho que hayas aceptado mi propuesta. Tal y como te dije en mi mensaje anterior, me gustaría invitarte a cenar como muestra de cortesía, y a la vez, poder ponerme cómodo e ir conociéndonos un poco antes de hablar de verdad contigo. Para poder charlar con tranquilidad y una mayor sensación de seguridad, creo que lo mejor será que vengas a mi casa. No creo que en un restaurante sea capaz de relajarme lo suficiente como para poder expresarme como necesito hacerlo. De todas formas, si vienes a mi casa, me ocuparé de preparar personalmente la cena. Soy muy aficionado a la cocina, así que dime si hay algún plato en concreto que te apetezca tomar. T."

La idea de tener que ir a casa de aquel tipo había puesto muy nervioso a Marcel. Aunque aquella era su primera cita con alguien de la plataforma y no tenía ni idea de cómo se organizaban los encuentros, le hubiera parecido mucho más lógico y tranquilizador que se hubieran visto en un restaurante o local apartado, o incluso en algún hotel. Pensó en intentar decírselo al tal T de la manera más educada posible, pero al final acabó por darse de cuenta de que con la cantidad de dinero que iba a cobrar por cada hora que pasara con él, tampoco podía ponerse demasiado exquisito con las condiciones. Al fin y al cabo, el tipo tenía motivos para querer quedar en su casa si iba a

desahogarse, y ya se lo había explicado en el mensaje. Además, si empezaba a poner pegas, corría el riesgo de que T no estuviera de acuerdo y prefiriera buscarse a otro. En la página había docenas de tipos que aceptarían aquella oferta sin ninguna duda, y Marcel necesitaba el dinero, y lo necesitaba ya. Así que finalmente decidió que tendría que apartar sus desconfianzas y arriesgarse a hacer las cosas a la manera de T.

El mensaje del tipo acerca de sus preferencias culinarias lo había dejado bastante sorprendido, así que escribió a T un corto mensaje, donde contestó con timidez que comía prácticamente de todo, y que no tenía preferencia por ningún plato en concreto, por lo que dejaba el menú a su elección. T le respondió poco después:

"De acuerdo Marcel. Estoy pensando en hacer un guiso de perdices. La verdad es que se me da bien y creo que te gustará. Así que a no ser que me digas lo contrario, prepararé ese plato. T"

Marcel se internó con el coche en un largo túnel, y poco después había salido a un barrio de periferia en el que no había estado nunca antes. A diferencia de la mayor parte del extrarradio de la ciudad, que solía componerse de antiguos barrios obreros, aquella zona no tenía nada de humilde. Marcel pronto se encontró circulando por una serie de callecitas entre parques muy cuidados y urbanizaciones acomodadas para clase alta. Lo cierto era que había esperado algo más modesto, más escondido, más clandestino, y al ver aquellas barriadas de lujo se sintió estúpido; un hombre que podía permitirse contratar a alguien como él, solo para tener algo de compañía que lo escuchase, no debía ser ni mucho menos una persona con un nivel de vida humilde. Mientras iba dejando atrás jardines, piscinas y coches de lujo, un sudor frío empezó a empaparle; no quería imaginarse lo que podría hacer él si tuviera el dinero de aquellas personas. Ni siquiera todo ese dinero, una cuarta parte del dinero que debían tener sería suficiente. Lo primero sería no tener que volver a preocuparse nunca más por la manutención de su hijo, tener la tranquilidad de poder seguir a su lado siempre, de darle todo lo que necesitara y asegurar su futuro. Lo segundo sería no tener que volver a sufrir por aquellos malditos conciertos, por los contratistas que tardaban meses en pagar, por los dueños de garitos que cancelaban actuaciones a última hora. Marcel suspiró y se pasó una mano por la frente pegajosa, apartándose varios mechones de pelo hirsuto adheridos a la piel. ¿Sería consciente el hombre que lo había llamado aquella noche de lo desesperado que se sentía? ¿De lo mucho que necesitaba el dinero? Y si lo fuese, ¿le importaría algo su situación? ¿O quizá fuese uno de esos ricos mimados que no son capaces de imaginarse la vida sin coche, sin calefacción, y sin comida de primeras marcas?

Después de su breve conversación acerca de lo que cenarían aquella noche, T no había hablado mucho más con Marcel, ni le había dado más datos acerca de lo que harían. Tan solo unas cuantas preguntas breves, acerca de si le gustaba el vino, si un postre de manzana le apetecería tras la cena, o si encontraría agradable algo de música jazz de fondo. Marcel había respondido con una mezcla de incredulidad y timidez, mostrándose de acuerdo con todo lo que el tipo le ofrecía, y esperando con una mezcla de miedo y ansiedad hasta el día en que T por fin le indicó la dirección a la que debía dirigirse, y la hora de la cena. A Marcel le había sorprendido al principio lo tarde que iban a cenar; la una de la madrugada era una hora más adecuada para tomar unas copas que para degustar un guiso de aves. De todas formas, no se había quejado al respecto, porque aquella noche tenía un concierto tres horas antes, y en su situación no podía permitirse faltar.

Al fin, cuando aquel barrio residencial parecía a punto de acabarse, la flecha del GPS señaló el destino. Marcel se detuvo frente a un imponente edificio aislado del resto de urbanizaciones. Una elegante escalerita conducía al portal, y un cuidado jardincillo de arbolitos bien podados y parterres de flores decoraban el frontal de la fachada. Marcel dirigió su coche hasta una plaza de aparcamiento en un lateral. Una vez allí detuvo el motor, se puso el abrigo y salió al exterior. Fuera, la noche seguía siendo tan húmeda y poco agradable como cuando había subido al coche, por lo que su pelo pronto estuvo aún más pegajoso, y sus gafas se empañaron al momento. Cerró el coche y comenzó a andar pesadamente hacia el edificio. Al detenerse frente a la escalera de entrada, se dio cuenta de que tenía el corazón a mil por hora, y de que su estómago se había encogido y protestaba bajo sus nervios. El músico suspiró de nuevo, sintiéndose más frágil, más perdido, y más asustado que nunca. De repente una oleada de temor le invadió y sintió unas ganas devastadoras de volver corriendo junto al coche, arrancarlo y no parar hasta estar de nuevo en su mísero apartamento. Pero sabía que no podía volverse atrás. Estaba desesperado, y había llegado el momento de asumirlo y actuar en consecuencia. No podía saber lo que le esperaba, ni allí ni en sus futuras citas concertadas en aquella

plataforma de internet. Y lo peor era que no importaba si aquellas personas querían invitarle a cenar, sodomizarlo, o hacerle bailar con un tutú de ballet por el pasillo de sus casas. Él se había puesto un precio, y una vez hecho esto, ya no podía negarse a nada; sus actos dependían del dinero, y mientras hubiera dinero de por medio, no le quedaría más remedio que moverse al son que le dictasen aquellos puteros. Así funcionaba aquello. Y él lo había aceptado.

Marcel se tomó unos segundos para tranquilizarse un poco antes de retomar su camino hacia la escalera de entrada. Una vez hubo cruzado la puerta del edificio se encontró en un lujoso recibidor de mármol, con cortinas de recargados diseños cubriendo las ventanas. En un lateral encontró una garita para un vigilante, que a esas horas estaba vacía. Marcel se dirigió a un luminoso ascensor, y subió hasta el piso donde vivía T. Una vez allí se encontró en un largo pasillo con suelos también de mármol, donde reinaba un silencio sepulcral. Al echar a andar el músico se sintió espantado del ruido de sus propios pasos, al caminar con sus botas gastadas por aquel suelo de mármol, y estuvo seguro de que cualquier alma que hubiera en aquel piso de viviendas debía saber ya que se encontraba allí.

Al fin llegó frente a la puerta de T, la más alejada del pasillo. Marcel alzó una mano que temblaba de forma incontrolada y golpeo la puerta con los nudillos, con suavidad. Todo iría bien. Solo era una cena. En realidad debía sentirse afortunado. Cenaría algo sabroso, escucharía las penas de un rico consentido, cobraría un montón de pasta y se iría a casa a descansar.

Poco después percibió un leve ruido de pasos al otro lado de la puerta, y al instante esta se abrió en silencio. Al otro lado apareció un hombre tan alto como Marcel, aunque bastante más fornido que él, con hombros anchos y un pecho fuerte. Debía de tener unos cuarenta y muchos años, quizá llegase ya a los cincuenta, como parecía indicar su pelo corto de un color gris plateado, o las numerosas arrugas de su rostro alargado, de ojos expresivos y una media sonrisa educada pero comedida.

—Buenas noches. Tú debes de ser Marcel, si no me equivoco, ¿verdad? —dijo el hombre, y su voz era grave y arrulladora, sorprendentemente agradable.

Marcel estaba tan impresionado por la aparición, que tardó unos segundos en ser capaz de contestar, y antes de hacerlo boqueó un par de veces, sintiéndose idiota.

—Sí, soy yo.

Frente a él, el hombre ensanchó algo más aquella comedida sonrisa, y le tendió la mano con una elegancia exquisita.

—Encantado, yo soy T. Bienvenido. Pasa por favor —contestó, e hizo una leve invitación con el brazo, apartándose de la puerta, para que Marcel pasara.

El músico murmuró un "gracias" como pudo, y se apresuró a entrar en la casa. Al lado de T, de sus modales caballerosos y su elegancia natural, se sentía más torpe, desaliñado y poco agraciado que nunca.

Una vez dentro Marcel se encontró en el recibidor de un cálido apartamento, de muebles caros y sobrios, aunque cuidadosamente elegidos y colocados, pintado y decorado en colores crema, y con un suave aroma a jazmín. Solo por la visión del aquel amplio recibidor, el músico imaginó que aquel debía de ser un apartamento enorme, y aquello le hizo sentirse empequeñecido.

T cerró la puerta con suavidad y se situó junto a un tembloroso Marcel, al tiempo que, con una leve sonrisa que no separaba los labios, le tendía las manos para recoger su abrigo.

- —Espero que no te haya resultado difícil encontrar este apartamento —comentó con amabilidad—. El camino está bien señalizado, aunque quizá te haya resultado demasiado apartado...
- —Oh, no se preocupe, no he tenido problemas —contestó Marcel nervioso, tratando de sonar lo más cortés posible.

T parecía esperar a que Marcel le dejara su chaqueta, pero al ver que este no se movía, terminó por agarrarla por los hombros y quitársela con suavidad. Marcel estaba tan impresionado que no consiguió moverse, tan solo sentir como aquel hombretón le quitaba la chaqueta y la colocaba sobre un enorme perchero junto a la puerta. La visión de su abrigo de piel falsa, viejo y raído en aquel elegante perchero de madera pulida le hizo sentir mal. Casi tan mal como comparar el pantalón de vestir de T, su camisa bien planchada y su americana, con sus botas viejas, sus pantalones vaqueros gastados y su suéter anodino. Sin embargo, T no parecía reparar en nada de aquello, y si lo hacía no le daba importancia.

—Has llegado puntual —comentó, de buen humor—. Me alegro porque así la cena estará justo en su punto perfecto para poder degustarla. Diez minutos más tarde y no habría sido lo mismo.

Marcel asintió y se esforzó hasta el extremo por conseguir esbozar una pequeña sonrisa. Sin embargo, estaba seguro de que el resultado se había parecido más a una mueca grotesca que a otra cosa.

—Acompáñame, por favor —pidió T, mientras hacía un gesto hacia el interior del apartamento—. He preparado la cena en el salón.

Marcel volvió a asentir, sintiéndose como un idiota, y acompañó a T a través de un largo pasillo de paredes color crema y olor a jazmín.

- —He preparado un guiso de aves y me he tomado la libertad de elegir el vino —decía T mientras caminaba pasillo adelante—. Puesto que parecías conforme con ello cuando te lo comenté, he decidido no cambiar el menú.
  - —Claro... muchas gracias —contestó Marcel a su espalda.

A lo largo del pasillo el músico contó numerosas habitaciones, todas ellas con la puerta cerrada. No se había equivocado al suponer que el apartamento era enorme. T se detuvo frente a la puerta acristalada del salón. La abrió y de nuevo realizó un elegante gesto hacia Marcel, invitándole a entrar.

—Adelante —musitó, con una sonrisa encantadora.

Las arrugas de las comisuras de sus ojos se hacían más profundas con aquella sonrisa, enmarcando dos ojos de un agradable tono azul oscuro. Marcel se sorprendió pensando que aquel gesto le daba una expresión casi bondadosa; no había imaginado a su anfitrión precisamente así.

El músico entró en el salón, y el espectáculo que encontró dentro le hizo palidecer. Frente a él se extendía una gran mesa de comedor, cubierta con un mantel blanco inmaculado, con vajilla de porcelana decorada, una inmensa sopera cubierta en el centro y una cubitera escarchada. En un lateral del salón se encontraba un magnífico piano, negro, lacado, reluciente; una verdadera obra de arte. Marcel casi suspiró al verlo. Siempre había soñado con tener un piano como aquel. El resto de la sala estaba decorada con un gusto exquisito, en tonos suaves y cálidos, ni un adorno demasiado grande, ni un mueble que no estuviera en consonancia con los demás. El único detalle que quizá destacaba del salón, eran los numerosos aspecto victoriano que lo decoraban, candelabros de auténticas antigüedades, todos ellos con las velas encendidas. Todas las lámparas del salón estaban también iluminadas, aunque de un modo muy tenue, por lo que el conjunto con las velas proporcionaba una luz indirecta, discreta y agradable.

- —Espero que todo esté a tu gusto —comentó T, visiblemente satisfecho, e indicó a Marcel una silla libre en la mesa principal—. Por favor siéntate. Si el guiso se enfría perderá mucho sabor.
- —Claro, gracias —contestó quedamente Marcel, y se apresuró a sentarse en la silla libre.

T tomó un mando a distancia de una pequeña mesita auxiliar, encendió una minicadena de la que empezó a sonar música jazz a un volumen discreto, y rodeó la mesa para situarse frente a Marcel. Se le veía alegre, de buen humor y muy a gusto con la situación.

—Ah, esto me encanta —exclamó T, haciendo más amplia su comedida sonrisa—. No hay nada como una buena cena con luz de velas, buena música, y una compañía agradable con la que compartirla.

T levantó la tapa de la sopera con delicadeza, mientras Marcel se preguntaba cómo era posible que aquel hombre de aspecto distinguido, considerara una buena compañía a alguien como él.

—Sin duda son las cosas como estas la que hacen que al final, un día merezca la pena —declaró T, mientras cogía un cacito y lo sumergía en la sopera—. Buena comida, buen vino, y buena compañía.

Marcel reparó de pronto en el aroma delicioso que salía de la sopera, y al instante tuvo frente a él un apetitoso muslito de perdiz, cubierto de una salsa espesa, humeante y salpicada de pequeñas frutas silvestres. De repente su estómago le recordó que su última comida había sido un sándwich frío muchas horas atrás, y que estaba más que dispuesto a volver a cenar a la una de la madrugada. El músico estaba tan impresionado por la aparición de aquel plato, que tardó en darse cuenta de que su anfitrión devolvía el cazo a la sopera, sin servir nada en su propio plato.

- —Usted... ¿no va a comer nada? —preguntó, sintiéndose cohibido.
- —Tutéame, por favor —pidió T con dulzura, mientras volvía a tapar la sopera—. Lo siento de verdad, pero me temo que no tengo mucho apetito. Mis horarios de comida son muy caóticos, y hay días en los que apenas tomo nada. Pero no te preocupes, si insistes picotearé algo del guiso para acompañarte mientras tú comes. Lo importante de una cena no es la cena en sí, sino la compañía y la charla.

A Marcel aquello le parecía algo extraño e incómodo, pero T se había explicado con tanta naturalidad, y de una forma tan amable, que no pudo rebatirle nada. Además ¿qué podía decirle? De todas formas, Marcel dejó

aquella preocupación a un lado en cuanto volvió a encontrarse cara a cara con su guiso de perdices. T, que se estaba sirviendo unas migajas de carne, junto con algo de salsa, le observaba satisfecho.

—Deja que te sirva algo de vino —dijo T mientras sacaba una botella de tinto de la cubitera y se disponía a descorcharla—. Como te decía Marcel, esto es vida. Esto es la vida. Al menos para mí. Para mí la compañía lo es todo, en cambio la soledad es el peor de los infiernos.

El hombre descorchó la botella con una habilidad admirable y se dispuso a servir vino en la copa de Marcel.

—Todos tenemos un talón de Aquiles, algo que nos hace sufrir —continuó—. Para algunos es el fracaso, para otros la pobreza, para otros la marginación. Para mí es la soledad, sin duda alguna. ¡Mmmm...! Creo que yo también me serviré una copa de vino, para acompañarte mientras comes.

Marcel observaba inmóvil y sin decir una palabra como T servía con pericia las copas de vino. Le daba la impresión de que, con aquellas últimas afirmaciones, parte del desenfado y la vitalidad de T se habían debilitado.

—Cuando estoy en soledad, no puedo ser yo mismo. El ser humano es un animal social, imagino que habrás escuchado esto muchas veces. Pues, sabiéndolo, ¿cómo vamos a ser nosotros mismos, como vamos a ser lo que somos, lo que debemos ser, estando solos? Es imposible. Por eso valoro tantísimo las ocasiones como esta.

Marcel asintió, sin saber bien que contestar, y T suspiró, como si tratara de resignarse a la situación que acababa de describir.

—En fin, cuando uno es un hombre ocupado, en ocasiones no puede rodearse de personas agradables tanto como debería —comentó, y dedicó a su invitado una sonrisa realmente encantadora—. Y por eso estoy tan agradecido de que hayas venido esta noche, Marcel.

El músico tragó saliva, sintiéndose repentinamente incómodo, como siempre que alguien decía algo bueno de él.

- —No... no ha sido nada. Gracias a ti —contestó, y la sonrisa de T se hizo más amplia.
- —Por favor, comienza a cenar, imagino que el guiso estará a la temperatura adecuada para tomarlo ya —dijo el anfitrión.
- —Ah, claro... —musitó Marcel y acto seguido tomó los cubiertos con cierta torpeza, cortó un pedazo de carne y se lo llevó a la boca.

El sabor era delicioso, dulce y salado en su justa media, la salsa era sabrosa y la textura de la carne perfecta. Marcel paladeó el bocado con fruición, y se preguntó cuánto tiempo haría que no probaba un plato como aquel. Frente a él, T le observaba con atención, como si no quisiera perderse un solo detalle de su expresión, como si él también estuviera saboreando la carne de perdiz.

- —¿Qué te parece? —preguntó, con su voz arrulladora como el ronroneo de un gato—. ¿Te gusta?
- —Está buenísimo —contestó Marcel sin poder esconder su entusiasmo—. Me encanta.

T bajó al fin la mirada y sonrió satisfecho.

—Me alegro; una buena compañía merece algo especial. Y por favor, prueba el vino. Creo que combinará bien con la carne.

Marcel todavía se sentía un poco cohibido por la extraña situación, pero la amabilidad de T y lo delicioso de aquel plato habían empezado a menguar sus reservas. Obediente, cogió la copa de vino que T le había servido y la probó. No entendía gran cosa de vino, pero aquel le supo exquisito, con buen cuerpo y un sabor fuerte, ligeramente afrutado. Frente a él, T sonría satisfecho.

—¿Sabes por qué te he elegido a ti, Marcel? —preguntó de sopetón el anfitrión—. ¿Sabes por qué te invité a ti esta noche y a ningún otro?

Marcel se volvió sorprendido hacia su interlocutor, que le observaba atentamente, con una mezcla de curiosidad y emoción contenida.

- —¿Por qué?
- —Porque tú eres un buen hombre Marcel. Un buen tipo que no hace daño a nadie, que no es envidioso, ni avaricioso, que no tiene malos deseos por nadie —contestó T con calma, mientras se sentaba a la mesa justo delante de su invitado, sin apartar la mirada de él en todo momento—. A mí me gustan las personas buenas. Ya estoy cansado de cruzarme con hijos de perra, con hombres que venderían a su madre con tal de conseguir lo que quieren. Por eso quería compartir esta noche con un hombre inocente, bondadoso. Y solo con ver tu foto en la plataforma, supe que tú eras así.

Marcel se había quedado completamente mudo, encogido en su silla por la sorpresa. No se esperaba en absoluto aquel discurso, y no acababa de comprender qué era lo que T consideraba un hombre bueno, ni qué había visto en él que le llamara tanto la atención. Su anfitrión sonrió comprensivo al ver su azoramiento, y tomó un largo trago de vino antes de continuar:

—Y bien, Marcel, dime, ¿a qué te dedicas?

El músico tardó aún unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo, agradeció enormemente el cambio de tema.

- —Oh, pues, yo soy músico —contestó.
- —¿Músico? —exclamó T, visiblemente interesado—. Eso es genial, ser músico debe ser apasionante, ¿no es cierto?
- —Bueno, sí... es una profesión... muy bonita —contestó Marcel, algo cortado.

T cogió su tenedor y comió un pedacito de perdiz y de pronto Marcel reparó en que aún tenía los cubiertos en sus manos, y que se había olvidado de ellos ante las palabras de su anfitrión. Rápidamente cortó otro trozo de carne y se lo comió, tratando de parecer relajado, como en una cena normal y corriente.

- —¿Y cómo es tu trabajo? —volvió a preguntar T—. ¿Compones música? ¿Das conciertos?
- —Bueno, casi todo lo que hago es dar conciertos con música que compusieron otras personas —respondió Marcel, sin mucho orgullo—. Pero sí que intento componer mi propia música, y me gusta hacerlo.

T asintió, sonriendo.

- —¿Y eres bueno? ¿Te va bien en la profesión?
- —No demasiado. Si no, no estaría aquí esta noche —respondió Marcel, en un arranque de sinceridad.

El semblante de T pareció ensombrecerse por segundos, y de repente el músico se arrepintió de lo que acababa de decir. Seguramente aquello no había sido muy apropiado. Sin embargo, su anfitrión pareció recuperarse en seguida del comentario, y sonrió a Marcel como si le comprendiera, como si fuera consciente de que su vida no era precisamente fácil.

- —¿Qué instrumentos tocas? —preguntó con su aterciopelado tono de voz.
- —El piano, los teclados... y un poco la guitarra, prácticamente nada —contestó Marcel con la boca seca de los nervios, y dio un largo trago de vino.
- —¿El piano? ¡Eso es estupendo! A mí me encanta el piano. ¿Has visto el que tengo ahí detrás? —exclamó T exultante, y se giró para señalar el enorme piano de cola de su salón.

- —Sí, es un piano increíble... —replicó Marcel, siendo totalmente honesto.
- —Yo no soy más que un simple aficionado con el piano —comentó T, sonriendo con tristeza—. Ojalá pudiera considerarme un músico de verdad y fuera capaz de sacarle a ese piano su mejor sonido...

Marcel sonrió educadamente, sin saber que contestar, y pensó que aquel era el típico momento en el que el anfitrión le pide al invitado que toque una pieza de piano para él. Sin embargo, T no lo hizo. Casi sin ser consciente de lo que hacía, alargó la mano hacia la copa de vino y dio otro sorbo, solo para tener la boca ocupada y no tener que seguir dando conversación. El vino estaba delicioso, y Marcel reparó en que empezaba a sentir un ligero hormigueo en las manos, esa sensación de encontrarse un poco más liviano que de costumbre que le producía el alcohol. ¿Cómo era posible? Ni siquiera había bebido una copa entera todavía.

—Eres un hombre sorprendente, Marcel —dijo de pronto T, poniendo fin a sus pensamientos—. Un hombre sensible y artístico, pero nada arrogante. ¿No es así?

Marcel se sintió completamente incapaz de responder a una afirmación como esa. Siempre había sido un negado escuchando cumplidos, quizá por eso se le daba tan mal ligar. Pero si escucharlos de una mujer ya le ponía nervioso, de un hombre desconocido, que había contactado con él mediante una plataforma de internet y que le había citado en su casa a solas, era más de lo que podía soportar. Cuando quiso darse cuenta se había sonrojado y había bajado la mirada.

Frente a él, T se echó a reír con desenfado.

- —No te gusta demasiado que te digan cosas agradables de ti mismo, ¿verdad? —comentó divertido—. Se me olvida que pareces ser un tipo bastante tímido.
- —Bueno, imagino que lo soy... —contestó Marcel, tratando de superar su nerviosismo.

Aquella sensación de hormigueo y ligereza, fruto del vino, parecía estar creciendo aún más. ¿Era eso posible?

—Y dime, ¿tienes familia? —inquirió T, inclinándose sobre la mesa, repentinamente interesado.

Marcel se removió en su asiento. Se había propuesto dar la menor información posible de sí mismo a la gente de la plataforma de internet, y

estaba dispuesto a evitar cualquier tipo de interés que pudiera surgir por su vida personal. Después de todo no sabía con quién se estaba relacionando allí. Por eso se sorprendió enormemente al escucharse a sí mismo responder unos segundos después:

—Tengo un hijo.

T arqueó las cejas visiblemente sorprendido, y Marcel sintió un escalofrío. ¿Por qué había dicho eso? ¿Cómo podía estar seguro de que aquello no representaba un peligro para Damián? Sólo llevaba unos minutos sentado a la mesa de T y ya sentía que sus defensas empezaban a desmoronarse. ¿Por qué?

- —¿Un hijo? ¡Vaya! Por la manera de referirte a él en solitario, imagino que no estás casado... —comentó T, esbozando una sonrisa sin demasiada alegría.
- —No, lo cierto es que no... —contestó Marcel—. Me divorcié hace tiempo.

Se sentía furioso consigo mismo, pero hizo un esfuerzo por tranquilizarse. Quizá no fuera tan grave después de todo. Le había dicho a T que tenía un hijo, pero esa información no era suficiente como para que nadie pudiera llegar hasta él. T no sabía mucho de Marcel, ni dónde vivía ni en qué lugares trabajaba, y Damián no vivía con él, ni solían verse en los lugares que frecuentaba Marcel. ¿Qué peligro había? T lo hubiera tenido muy complicado para llegar hasta su hijo con aquella información, en caso de que se lo hubiera propuesto.

—¡Vaya! —comentó T, y enseguida volvió a la carga, con un interés muy evidente—. ¿Y qué tal fue tu divorcio? ¿Te llevas bien con tu ex mujer?

Marcel no pudo contener un resoplido de hastío.

- —No, para nada... no me llevo nada bien con mi ex mujer... —comentó mientras observaba al trasluz el poco vino que quedaba en su copa. Se sentía sorprendentemente relajado, como si su cuerpo se estuviese volviendo tan blando como la mantequilla caliente—. Me daría igual llevarme mal con ella, absolutamente igual. Pero con un hijo de por medio...
- —Comprendo —contestó rápidamente T—. Ella tiene la custodia de tu hijo, y por eso te tiene en el bolsillo. Lo utiliza contra ti para tenerte donde quiere, ¿verdad?

Marcel asintió, de forma cansina. Sentía que aquel sopor propio del alcohol comenzaba a crecer y a crecer en él por momentos. Por un instante pensó que T era muy comprensivo y que se había hecho rápidamente una idea muy próxima de su relación con Clara. Cuando alzó la mirada de sus cubiertos para decírselo a T, se encontró con que su anfitrión había clavado una mirada muy intensa en él, una mirada que iba más allá de la curiosidad, del interés. Una mirada que solo podía definirse como ansiosa, como golosa.

—Pobre Marcel... sin duda eres un hombre muy bueno, con una vida muy dura... —comentó T con voz aterciopelada, casi arrullándole—. Tu familia no comprende lo noble que eres en realidad... no valora lo que vales.

De pronto Marcel sintió una leve sensación de peligro, muy amortiguada por su repentino estado de sopor. Había comenzado a entrever un interés diferente en T, algo que no había sentido hasta ese momento, desde que se habían conocido uno a cada lado de la puerta. Y, sin embargo, no sabía aún definirlo. Su maldita cabeza estaba tan pesada...

—Entiendo que todo esto debe ser muy duro para ti —continuó T, inclinándose sobre la mesa para acercarse más a Marcel—. Pero tienes que asumir que tu familia no te merece. Cuando antes lo asumas, antes podrás sentirte libre.

El anfitrión se pasó la lengua por el labio superior, un gesto muy leve y rápido, pero no lo bastante como para Marcel no lo percibiera. De pronto una idea se encendió en su cabeza, como un relámpago que ilumina una habitación oscura. T tenía interés sexual en él. Aunque le hubiera dicho lo contrario, aunque le hubiera invitado a cenar solo para hablar... en realidad el que más había hablado de sí mismo allí era Marcel. El músico comenzó a sentirse como un idiota. Y es que solo un idiota podría no haberlo sospechado. T había intentado disfrazar sus intenciones de otra cosa para invitarlo a su casa, pero en el fondo, quería de él lo mismo que todos los demás miembros de la plataforma. Y sería cuestión de segundos que se lo hiciera saber.

Frente a él, T parecía completamente relajado y seguro de sí mismo. Se apartó un poco de su invitado para coger la botella de vino y servirse un poco.

<sup>—¿</sup>Más vino? —preguntó, con una sonrisa sibilina.

Marcel sacudió la cabeza, tratando de espabilarse como podía. La idea de tener que acostarse con T le daba escalofríos. No estaba hecho a la idea, aquello le había pillado por sorpresa, y no sabía cómo iba a reaccionar cuando llegase el momento. Lo mejor sería decírselo, decírselo cuanto antes. Si era capaz de explicar lo que sentía, tal vez T fuera comprensivo.

—Oye, yo... yo no sé si voy a poder... si podré hacer lo que tú quieres —comentó, con la voz pastosa como un auténtico borracho, y unas dificultades enormes para expresarse. T le observó con una ligera expresión de extrañeza y Marcel hizo un esfuerzo por explicarse—. Mira yo nunca me he acostado con un tío. Nunca, ¿entiendes?

La extrañeza de T desapareció, pero el tipo no pareció reaccionar a aquello. Seguía observando a Marcel completamente tranquilo, como si su invitado no acabara de decirle algo extraño.

—¿Sabes? Creo que la luz de las velas no se aprecia todo lo bien que podría, con las lámparas encendidas de fondo —comentó, amable y cordial, como si nada—. ¿Qué te parece si bajamos la luz y nos quedamos solo con las velas?

Marcel estaba convencido de que no se estaba explicando bien. ¿Qué demonios le pasaba? Tenía que dejar claro lo que pensaba antes de inducir a error a T.

—Escucha... a mí nunca me han gustado los hombres, nunca —trató de explicarse—. Yo... yo esperaba que contigo no tendría que hacer nada... pero me he arriesgado... he venido por mi hijo. Porque mi hijo necesita dinero, y yo...

T esbozó una sonrisa, una sonrisa en apariencia bondadosa, pero Marcel, incluso en su estado de embriaguez, pronto se dio cuenta de que no tenía nada de bondadosa. Al contrario, era tan profunda e insondable como una sima en mitad de un océano.

—Crees que quiero acostarme contigo, ¿no es eso? —dijo con calma, mientras se levantaba pausadamente de la mesa—. Crees que te he citado aquí para meterte en mi habitación y follar contigo ¿no?

Marcel estaba tan abrumado, tan somnoliento, tan confundido que apenas pudo asentir como mera respuesta. T, inmóvil frente a la mesa, esbozó una sonrisa divertida.

—Pobre Marcel... no importa lo especial que seas, en el fondo piensas lo mismo que todos los demás. ¿Te crees que el sexo es lo único que me

interesa? ¿Lo único que un cuerpo humano puede proporcionarme?

El músico bajó la mirada, incapaz de soportar la de T, y sus ojos se toparon con el muslito de perdiz al que le faltaban dos bocados, y con la copa de vino casi vacía. Y de pronto fue plenamente consciente de que le habían drogado, de que la carne, el vino, o quizá los dos, eran los culpables de que se sintiese así. Pero aquello no tenía sentido... T también había bebido vino, y aunque no parecía dispuesto a cenar, había acabado probando la carne. ¿Cómo era posible que a él no le hubiese afectado? No parecía normal, pero Marcel estaba seguro: la cena estaba envenenada. Y aunque lo sabía, ya no era capaz de replicar, su boca no conseguía articular palabras, y aunque lo hubiera conseguido, su mente no hubiera sido capaz de dictarlas.

Alzó la mirada de nuevo y frente a él T seguía sonriendo, con un cierto aire de condescendencia.

—No entiendes nada. Hay muchísimo más que un cuerpo humano puede ofrecer. El sexo no es lo que me interesa de ti.

El anfitrión se alejó lentamente de la mesa hacia un interruptor en la pared. Allí se detuvo y se volvió hacia el músico con una sonrisa amable y cordial.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Bajamos la luz?

## **Nuevas Amistades**

Cuando Adriana abrió los ojos, solo tardó uno segundos en darse cuenta de que se encontraba en un hospital. No necesitó mirar a su alrededor para darse cuenta, de hecho, sus ojos tardaron bastante en enfocar la mirada. Sin embargo, el fuerte olor a desinfectante, el tacto áspero de la ropa de cama, y el molesto pitido que sonaba a su izquierda, fueron suficientes para darle una pista de su paradero. Y cuando al fin consiguió despertar sus ojos, y echar un vistazo a su alrededor, lo que vio no fue mucho más alentador. En efecto, se encontraba en una estéril habitación de hospital, bajo un techo lleno de tubos fluorescentes, pero no una de esas habitaciones normales, con ventanas, una butaca raída y una de esas televisiones que funcionan con monedas. Se trataba de una habitación estrecha y pequeña, donde solo cabía su cama y un considerable aparataje junto a la cabecera, y las paredes no eran simples tabiques, sino que contaban con unas inmensas ventanas, cubiertas por mamparas, y medio tapadas por sendas cortinas. No parecía haber ninguna otra persona allí aparte de ella, y tampoco el espacio resultaba muy acogedor.

Se encontraba fatal. Tenía la boca increíblemente seca, más seca de lo que la había tenido en toda su vida y, además, notaba un fuerte sabor metálico, un sabor desagradable que nunca antes había conocido. Y poco después fue consciente también de que le dolía todo el cuerpo, como si le hubieran dado una tremenda paliza. Más aún, como si una cabalgata de elefantes le hubiera pasado por encima. Poco a poco la chica fue localizando algunos puntos de dolor en su cuerpo que parecían especialmente fuertes. Uno de ellos era la clavícula derecha, y el otro su sien derecha. No necesitó mucho tiempo para comprender que aquel molesto pitido era en realidad el latido de su corazón, monitorizado en una pantalla, a su lado, ni para reparar en la inmensa vía que tenía clavada en un brazo, en las ventosas adheridas a su pecho, ni para sentir las gafas nasales que le suministraban oxígeno.

Pero lo peor de todo no era nada de aquello. Lo peor era que no recordaba cómo había llegado allí. Adriana trató de hacer un esfuerzo,

intentó hacer memoria, pero fue incapaz de acordarse de nada. Un sudor frío empezó a recorrer su cuerpo en cuestión de segundos. No sufría amnesia, de eso estaba casi segura. Recordaba su nombre, sabía que tenía veinte años. Se acordaba de su casa, de su familia, y al tratar de exprimir su memoria, acudieron obedientes a su cabeza un sinfín de escenas de infancia y adolescencia. Pero cuando intentaba recordar qué demonios hacía en aquella cama de hospital, lo único que encontraba era un inmenso borrón.

El corazón de Adriana empezó a latir más y más fuerte, y el pitido a su izquierda se aceleró. Trató de revolverse, inquieta, a pesar de todo el dolor de su cuerpo, y miró a su alrededor en busca de uno de esos timbres que se suelen utilizar en los hospitales para avisar al médico. No encontró ninguno, pero tan solo unos segundos más tarde un hombre irrumpió en la habitación a través de una puerta acristalada. Era alto, moreno, de unos treinta y muchos años, de rostro afable a pesar de su expresión seria, e iba vestido con una bata blanca. Adriana rezó porque aquel hombre fuera capaz de explicarle todo lo que necesitaba saber y no recordaba.

- —Vaya, veo que ya has despertado —comentó el hombre, sin esconder su alivio—. ¿Cómo te encuentras?
- —¿Qué ha pasado? —preguntó Adriana con la boca pastosa, y una voz tan ronca que casi no sonaba a su voz.

El médico no respondió nada y se limitó a sacar una pequeña linterna de su bolsillo y a acercarse a la cama de Adriana.

—Te hemos hecho unas pruebas antes de que despertaras y parece que tu cabeza está bien. De todas formas, imagino que aún te dolerá. ¿Tienes ganas de vomitar? —preguntó mientras acercaba la linterna a los ojos de Adriana, y trataba de abrir sus párpados con los dedos.

Adriana apenas tuvo fuerzas para quejarse cuando el médico le enfocó la linterna en uno de sus ojos, y trató como pudo de apartarse.

—No, no tengo ganas de vomitar —replicó—. ¿Qué me ha pasado? ¿Qué hago aquí?

El médico estaba paseando la luz frente a los ojos de Adriana, de un lado a otro, pero al oír sus preguntas, bajó la linterna y observó a la chica con aire preocupado.

- —¿No te acuerdas de lo que ha pasado? —preguntó.
- —¡No, de nada! —exclamó Adriana.

El médico se apartó ligeramente de la cama, mirando a la chica de hito

en hito.

- —¿Te acuerdas de tu nombre? —preguntó al fin.
- —Sí.
- —¿Sabes cómo se llaman tus padres? —volvió a preguntar.

Adriana no necesitó ni un segundo para pensarlo.

—Sí —y por si no fuera bastante, añadió—. Se llaman Leopoldo y Marisol.

El médico pareció pensar unos segundos, con expresión grave, antes de continuar.

- —¿Recuerdas en qué colegio estudiaste la primaria?
- —Sí... —contestó Adriana, tras recapacitar unos instantes—. Era el colegio de monjas, "La Trinidad". El único colegio religioso del pueblo.
- —¿Y cuál era el nombre de tu primera profesora? ¿La que conociste tu primer día de colegio?

La chica recapacitó durante unos instantes

—Margarita. Se llamaba Margarita —respondió al fin.

Solo entonces el médico se permitió relajarse un poco, y hasta esbozó una ligera sonrisa.

- —No te preocupes, lo que te pasa es, hasta cierto punto, algo común
  —contestó—. Tienes amnesia postraumática.
  - —¿Qué es eso? —preguntó Adriana, angustiada.
- —Es una perdida leve de memoria, que se produce por un accidente, o un trauma —explicó el médico, con calma—. A veces el paciente es incapaz de recordar dicho accidente o trauma, incluso los acontecimientos inmediatamente anteriores. Sin embargo, el resto de su memoria no se ve afectada.

Adriana trató como pudo de ordenar sus pensamientos. Aquello parecía tener sentido; no tenía ningún problema para recordar toda su vida y, sin embargo, no tenía ni idea de qué demonios le había pasado para llegar allí. Ni siquiera algo que pudiera darle una pista.

—No te preocupes —insistió el médico—. No es algo grave, y la mayoría de las veces, la gente acaba recordando todo lo olvidado, incluso el momento del accidente.

La chica asintió con calma, tratando de hacerse a la idea. Aquello no sonaba tan mal.

-Te has dado un fuerte golpe en la cabeza, por eso es normal que

durante unas horas tengas lagunas en la memoria más inmediata —siguió él—. Pero no creo que sea nada grave. Te tendremos en observación un tiempo, y seguramente tu memoria vaya volviendo antes de lo que esperas.

El médico terminó su coloquio con una sonrisa amable, y ya parecía dispuesto a dar por terminada la conversación, cuando Adriana se tensó sobre la cama.

—¡Espere, doctor! ¡Dígame que es lo que ha pasado! —pidió—. ¿Ha ocurrido algo grave? ¿Mi familia está bien?

El semblante del médico pareció ensombrecerse, y su sonrisa desapareció.

- —Tu familia está bien, no te preocupes —contestó, de forma seca.
- —Entonces, ¿qué es lo que me ha pasado? —insistió Adriana.

No saber qué le había ocurrido para despertarse en una cama de hospital la estaba volviendo loca, y no estaba dispuesta a quedarse esperando a que su memoria volviera. Él médico pareció vacilar unos instantes más antes de decidirse a hablar, pero finalmente pareció relajar el semblante y empezó:

—Tuviste un accidente de coche. Ibas sentada en el asiento del copiloto, y te acompañaban tres chicas más. Parece ser que un coche que conducía en dirección contraria, invadió vuestro carril y chocó de frente contra vosotras.

La piel de Adriana se erizó. Por más que intentaba visualizar en su mente una escena como aquella era incapaz de recordarla. Ni siquiera de imaginársela. ¿Realmente le había ocurrido eso a ella?

—¿Alguien... alguien ha muerto? —preguntó, temiendo que de un momento a otro el médico le soltase la lapidaria noticia.

Él negó con la cabeza.

- —No. Solo estáis heridos, pero nadie implicado en el accidente ha muerto.
- —Y... ¿quiénes eran las chicas con las que iba en el coche? —preguntó angustiada. De pronto había empezado a repasar toda la lista de sus amigas y conocidas, preguntándose quiénes de ellas la habrían acompañado en el accidente—. ¿Eran algunas de mis amigas?

Por segunda vez aquella noche, la expresión del médico se ensombreció.

—Es curioso —comentó—. Tu madre ha estado aquí, cuando aún estabais en urgencias, y después de verte, ha pedido ver a las otras chicas. Ha dicho que no conocía a ninguna de ellas, y parecía sorprendida. Estaba segura de que no eran nadie de tu círculo habitual.

La chica frunció el ceño, intrigada. Su madre conocía a todas sus amigas, después de todo, su amistad se remontaba al colegio de primaria, y en muchos casos también conocía a los padres de las chicas. Y además Adriana siempre hablaba a su madre sobre las personas con las que mejor se llevaba. Por eso aquello era muy extraño. ¿Quiénes serían las otras tres chicas del coche? ¿Las habría conocido aquella misma noche?

—¿Cómo se encuentran? —preguntó con un hilo de voz.

El médico bajó la mirada, incómodo. Era evidente que no le gustaba dar noticias como aquellas.

—No muy bien —contestó, con voz fría—. La chica que iba al volante tiene las dos muñecas rotas y un esguince cervical. Las que viajaban en el asiento trasero tienen varios huesos rotos, y una de ellas presenta una conmoción cerebral importante. El hombre que chocó con vosotras está en coma.

Durante unos segundos se hizo el silencio en la habitación. Adriana se sentía helada, demasiado atontada como para poder pensar.

—Tú has sido la que mejor parada ha salido —dijo el médico—. No sé exactamente qué estarías haciendo, pero al chocar te rompiste la clavícula, y tu cabeza chocó con el reposacabezas y el cristal de la ventanilla a la vez.

La chica asintió, con gravedad. Si aquello era todo lo que le había pasado, podía considerarse afortunada.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, el médico suavizó el tono:

—Esta noche has vuelto a nacer. Si yo fuera tú, lo celebraría como si fuera mi cumpleaños.

Adriana alzó la vista hacia el médico, y trató de sentirse alegre y agradecida, pero no acabó de conseguirlo.

- —¿Mi madre sigue aquí? —preguntó con voz temblorosa.
- —Sí, está en la sala de espera —contestó él, pillado por sorpresa.
- —¿Le dirá que venga a verme?
- —Claro, se lo diré en cuanto pueda. Pero mientras tanto descansa. Estás en observación, y cuanto más tranquila estés, mejor será para ti.

Y diciendo esto el hombre esbozó una leve sonrisa y salió de la habitación. Adriana sentía que la cabeza le daba vueltas. ¿Cómo era posible que le hubiera sucedido algo así y que ni siquiera pudiera recordar un ápice de todo aquello? ¿Qué diablos había sucedido esa noche? Poco después comprobó que darle vueltas a aquello solo conseguiría darle un mayor dolor

de cabeza, así que trató de relajarse lo máximo posible, mientras esperaba la visita de su madre. Tal vez hablando con ella pudiera esclarecer algo sobre todo lo ocurrido. O al menos descubrir quiénes eran las chicas que viajaban en el coche con ella. Antes de lo que hubiera esperado, la invadió un intenso sopor.

Adriana apartó una de las banquetas de la barra del bar, se sentó sobre ella, y apoyó los codos sobre la madera desgastada, pulida y brillante. Era sábado por la tarde, más bien noche a aquellas horas, y se encontraba en su garito preferido, El mariachi enamorado. Aquel lugar le encantaba; tapas mejicanas, buena comida, dos horas felices con todas las consumiciones a mitad de precio, grandes temas de la música del siglo pasado, un camarero simpático, y dianas para jugar a los dardos. Sin duda había pasado en él las tardes más divertidas de su vida. El único problema era que se encontraba a varios kilómetros del pueblo, al lado de la zona de camping. Un problema que se agravaba por el hecho de que Adriana no tuviera carné de conducir, ni tampoco coche. Por suerte la mayoría de sus amigos si los tenían y, por lo general, eso solucionaba bastante el problema.

La chica se atusó el espeso pelo rubio, que caía en bucles no demasiado largos sobre sus hombros, y después se alisó el vestido de punto fino, de color rojo. Aquella noche se sentía especialmente guapa, y tenía muchas ganas de pasar un rato divertido en El mariachi enamorado. Por desgracia Lola, su mejor amiga, aún no había aparecido por allí. Adriana suspiró, aburrida. Esperaba que no tardara demasiado.

—¿Quieres ir tomando algo mientras esperas, Adri? —preguntó Enrique, el simpatiquísimo dueño del bar.

Adriana sonrió al tipo. Se conocían desde hacía años y él siempre mimaba mucho a las jovencitas que solían pasarse los sábados por su bar. Era un tipo agradable, de unos treinta y muchos, que siempre vestía unas camisas horteras y horribles y que ya empezaba a lucir en su cabeza unas entradas considerables y tan relucientes como la barra de su bar.

—Sí, anda. Ponme un té helado.

Tanto Adriana como Lola eran dos amantes de los margaritas de Enrique, pero la chica no deseaba empezar a beber cócteles estando sola. Mientras el camarero le traía la bebida, Adriana paseó la mirada por el bar, aburrida: un par de los parroquianos habituales de Enrique daban cuenta de sendas botellas de cerveza en un rincón de la barra. Eran enormes y muy

buenos bebedores, y el camarero siempre bromeaba diciendo que su arcón frigorífico se echaba a temblar cada vez que entraban por la puerta. Por desgracia eran un poco temidos por su costumbre de coger el coche para volver al pueblo, con varios litros de cerveza en el cuerpo. No muy lejos, un par de adolescentes llenos de acné devoraban una bandeja de aros de cebolla en una mesa cercana a la puerta, sin duda contando los minutos que faltarían hasta que sus madres fueran a recogerlos. Y en el rincón, unos chavales algo mayores lanzaban dardos a la diana entre gruñidos y gritos de triunfo.

Adriana se preguntaba dónde demonios se habría metido Lola. Menos mal que aquella tarde no había dependido de ella para que la llevara en coche. Tenía previsto acercarse dando un paseo, después de todo ya era primavera y hacía muy buen tiempo. Pero por el camino se había encontrado con Alejandro, el hijo de sus vecinos, que iba de fiesta al pueblo de al lado, y se había empeñado en acercarla en coche. Eso sí, a la vuelta, esperaba que fuera Lola la que la llevara a casa.

Enrique dejó un té helado en un vaso alto frente a ella, y casi al instante, Adriana oyó como la puerta del bar se abría. Volvió la mirada, esperando ver a Lola, pero en su lugar descubrió a un pequeño grupo de chicas, arregladas a más no poder, que al instante empezaron a cacarear como gallinas, deseosas de llamar la atención. Adriana volvió la vista a su vaso, desencantada, y dio un trago a su té. Enseguida oyó el breve timbre que su móvil emitía siempre que recibía un mensaje. Sacó el teléfono del bolso y leyó el mensaje. Era de Lola:

Lo siento guapa, mi madre acaba de volver del trabajo, y creo que no se encuentra bien. Tengo que quedarme con ella. Otro día saldremos y te compensaré por lo de hoy. Un beso.

La chica frunció el ceño, y dejó caer el móvil dentro de su bolso, de mala gana. Sabía que la madre de Lola tenía problemas en el trabajo, y que su amiga se esforzaba mucho por ayudarla. Pero, aun así, se sentía estúpida. Ahora estaba en el culo del mundo, más cerca del bosque que del pueblo, totalmente sola, y sin nada que hacer.

Enrique debió de darse cuenta de su mala cara, porque rápidamente se acercó a ella.

—¿Qué te pasa, Adri? ¿Con quién has quedado hoy?

A su espalda, las chicas que habían entrado en el bar estallaban en

carcajadas. Adriana las envidió por estar divirtiéndose y no encontrarse en su situación.

- —Había quedado con Lola, pero acaba de decirme que no puede venir
  —dijo la chica, y resopló—. Así que ahora no sé qué hago aquí.
- —¡Vaya, qué putada! —contestó Enrique, comprensivo—. Bueno, tómate tu refresco y dame un poco de charla de vez en cuando, ¿vale? Quién sabe, quizá dentro de un rato entre alguien divertido en el bar y te alegre un poco la noche.

Adriana asintió, y trató de sonreír sin mucho ánimo. Por su parte Enrique le guiñó un ojo, antes de alejarse en dirección a sus dos parroquianos del extremo de la barra, que pedían a gritos otra cerveza. La chica suspiró, resignada, y dio otro trago largo a su té. Apenas lo había dejado de nuevo sobre la barra, cuando sintió una presencia a su lado, y casi al instante oyó una alegre voz femenina:

## —¡Hola!

Se volvió y descubrió a una chica a la que no había visto en su vida. Era morena, y muy guapa, con el pelo largo recogido en una espesa cola de caballo. Su ropa resultaba tremendamente llamativa, incluso en un pub tan estrafalario como El mariachi enamorado: medias de rejilla negra, botas hasta el muslo, y minifalda de cuero. Encima un jersey peludo de color rojo, con un escote gigante, y lo más llamativo de todo, una tachuela adornada que la chica se había pegado en la frente, a modo de tercer ojo místico. Adriana no pudo evitar pensar que aquella tachuela parecía recién salida de una película de Bollywood cuyo director fuera fan de Lady Gaga.

La forma en la que se apoyaba sobre la barra y sonreía con descaro pretendía ser sensual y atractiva, aunque su aspecto la situaba tan cerca de lo elegante como de lo chabacano. Adriana trató de devolverle la sonrisa como pudo.

—Hola... —contestó, completamente cortada.

Sin dejar de sonreír, la chica se inclinó sobre la barra y alzó un brazo en dirección a Enrique.

- —¡Cuando puedas! —le llamó, justo antes de volverse de nuevo hacia Adriana con una sonrisa—. Me llamo Vanessa.
  - —Yo soy Adriana... encantada.

La tal Vanessa esbozó una sonrisa de oreja a oreja, mostrando una hilera de dientes perfectos. Parecía realmente encantadora.

—Mis amigas y yo te hemos visto desde nuestra mesa, y nos ha parecido que estabas muy sola para ser una chica tan guapa.

Adriana de nuevo se sintió tan cortada que ni siquiera supo que decir. No estaba nada acostumbrada a conocer a chicas tan espontáneas y directas como Vanessa.

—¡Emmm...! Gracias... yo había quedado con una amiga...

En aquel momento Enrique apareció tras la barra, e interrumpió la frase de Adriana.

—¿Qué quieres tomar, guapa? —preguntó dirigiéndose a Vanessa.

La chica le dedicó la más amable de las sonrisas antes de decir:

- —Un margarita, por favor.
- —¡Marchando! —exclamó Enrique, antes de ir en busca de la bebida.

Vanessa se volvió de nuevo hacia Adriana.

- —¿Decías que has quedado con una amiga? —preguntó.
- —Sí, pero no podrá venir —contestó Adriana—. Le ha surgido algo. Me lo acaba de decir.
- —¡Vaya, qué lástima! —comentó Vanessa. Su mirada parecía recorrer a Adriana hasta el último detalle, y todo en ella transmitía cordialidad—. Bueno, este garito está tan lejos de todas partes que marcharte nada más llegar sería una putada... podrías tomarte una copa con mis amigas y conmigo si quieres. Pareces una tía maja y seguro que nos divertimos.

Adriana no pudo esconder su expresión de sorpresa. No se esperaba aquello, pero lo cierto era que charlar con una chica agradable y simpática y sus amigas, sonaba mejor que beber sola en la barra, o que tener que volver andando por la carretera durante una hora hasta el pueblo.

—Mis amigas y yo vamos a una fiesta más tarde —siguió Vanessa, sin esperar su respuesta—. Pero aún falta un buen rato para que nos vayamos. Será en la finca de un amigo, a unos tres kilómetros de la zona de camping. Y a esas fiestas no suele llegar nadie antes de las doce. Hemos decidido tomarnos unos margaritas aquí hasta entonces, para llegar entonadas —añadió mientras le guiñaba un ojo, con picardía.

Apenas había terminado Vanessa de hablar, un par de chicas se acercaron a ellas. Debían de ser las mismas que habían entrado en el pub hacía unos minutos. Las dos iban también arregladísimas, y de una forma muy peculiar, igual que Vanessa. Una de ellas era rubia, y llevaba el pelo perfectamente arreglado, con ondas bien definidas y un gracioso flequillo.

Era bastante guapa, aunque no tanto como Vanessa, y tenía los ojos muy grandes y maquillados hasta los topes con un fuerte tono azul brillante, a juego con su vestido de fiesta. Adornaba sus brazos con un sinfín de tatuajes falsos, en tonos dorados, de esos que de repente se habían convertido en la última moda; brazaletes hechos de hojas, cadenitas y flores de estética oriental.

La otra chica resultaba incluso más llamativa. Llevaba puesto un vestido bastante informal, con estampados que imitaban las páginas de una revista, pero lo combinaba de forma extraña con nada menos que un enorme abrigo de pelo, a franjas de color crema y coral, un abrigo que hubiera vuelto loca a una actriz de los setenta. Y para completar el modelito, unos de esos zapatos de tacón de diez centímetros, con sus correspondientes plataformas para aliviar un poco el tormento, así como unas medias transparentes, que habrían pasado bastante desapercibidas de no ser por la enorme línea plateada de la parte posterior. Por el contrario, el físico de la chica no llamaba tanto la atención como su ropa. Sin duda era la menos atractiva de las tres, aunque trataba de compensarlo con una melena castaña alisada a conciencia, y un esmerado maquillaje.

Adriana no pudo evitar pensar que si hubiera visto a aquellas chicas en la calle, o en el transporte público, se habría girado a mirarlas. E incluso si hubiera ido con Lola, era muy posible que las dos se hubieran echado a reír. Sin embargo, las dos chicas que se habían plantado junto a Vanessa, observándola, parecían tan cordiales y amables como su amiga, y pronto Adriana dejó de fijarse en su aspecto.

- —Veníamos a ver qué hacías, Vane —dijo la chica rubia, en tono desenfadado.
- -Eso, y a aprovechar para pedir una copa -comentó la del abrigo de pelo.
- —Chicas, esta es Adriana —dijo Vanesa, con su sonrisa perfecta—. Esta aquí sola porque su amiga no ha podido venir. Adriana, ellas son Miriam y Amanda.

Adriana sonrió a las chicas, tratando de parecer amable.

- —Encantada
- —Al verte no sabíamos si habrías venido sola —comentó la rubia, aquella que Vanessa había presentado como Miriam—. Nos parecía un poco raro, la verdad. Eso es muy de malvado de película.

Las tres chicas se echaron a reír de la broma de Miriam, e incluso a Adriana se le contagió la risa.

- —No es verdad, yo pensaba que quizá te habría dado plantón un chico —replicó Amanda, la del abrigo de pelo—. Los hombres son tan cabrones... no habría sido raro, ¿no?
- —Pues nada de eso, ¡malpensadas! —las regañó cariñosamente Vanessa—. ¿Verdad que no, Adriana?
- —No, la verdad —contestó la chica, que empezaba a sentirse algo menos cohibida entre las recién llegadas—. Ahora que lo pienso podría haberme inventado alguna historia interesante para contaros, en vez de decir que me han dado plantón.

De nuevo las tres chicas se echaron a reír.

- —¡Podrías habernos dicho que eras agente secreto! —exclamó Miriam—. Me encantan las historias de agentes secretos.
- —Sí, y solo te lo habrías creído tú... —replicó Vanessa—. Habría sido mejor una historia de mafiosos.

De pronto Adriana se dio cuenta de que estaba sonriendo de oreja a oreja. Aquellas chicas le caían bien. Eran muy agradables, y de repente ella ya no estaba sola, sino manteniendo una conversación divertida. Lo cierto era que tenía bastante suerte de haberlas conocido en aquellas circunstancias.

—Un margarita para ti, cielo —dijo de pronto Enrique, interrumpiendo sus pensamientos, y dejando una copa de cóctel frente a Vanessa.

Era un margarita perfecto, con el borde escarchado de sal y una decorativa rodajita de lima.

- —¿Nos pones un par de margaritas más a Miriam y a mí, por favor? —pidió Amanda.
  - —Por supuesto, chicas —contestó Enrique, exultante.
- —Espera, espera —le cortó Vanessa antes de que se fuera—. ¿Por qué no le pones otra copa a Adriana y que se venga con nosotras a la mesa? Ahora mismo se lo acababa de proponer, chicas.

Todas las miradas se volvieron hacia Adriana, con expectación. Una tímida sonrisa se dibujó en el rostro de la chica.

- —Claro, me encantaría.
- —¿Entonces qué te pongo, Adriana? —preguntó Enrique—. No querrás otro té helado, ¿verdad?

Adriana rio y negó con la cabeza.

—No, yo también quiero otro margarita.

El camarero hizo una graciosa reverencia antes de alejarse a preparar los cócteles, y Vanessa se volvió hacia Adriana, como movida por un resorte.

- —¿A ti también te gustan los margaritas de Enrique? —preguntó con interés.
  - —Claro, me encantan. Siempre que vengo aquí los pido.

Las chicas sonrieron, con expresión de aprobación.

—Pareces un buen fichaje, sí señor —dijo Miriam, alegre—. Lo raro es que no te hayamos conocido antes por este bar.

Enrique llegó poco después, con tres copas especiales para margaritas escarchadas de sal en una mano y la coctelera en la otra. Sirvió los tres cócteles, decoró los bordes con rodajas de lima, y las chicas los recogieron con amplias sonrisas, antes de dirigirse a una mesa.

Cuando Adriana abrió los ojos de nuevo, se sentía en estado de shock. Había empezado a recordar algo, tal y como le había dicho el médico, de eso no cabía duda. No era gran cosa, tan solo unas pocas pinceladas, unos cuantos minutos, y al tratar de evocar algo parecido a un accidente, descubrió que su mente seguía totalmente en blanco. Sin embargo, ahora sabía algo más, y al menos podía ponerles cara a las chicas que habían vivido el choque con ella. Así que las había conocido esa misma noche. Por eso su madre no las había identificado al verlas. Lo cierto era que no sabía prácticamente nada de ellas en aquellos momentos, pero recordar lo agradables que habían sido con ella, hacía que la idea de que estuvieran implicadas en el accidente se le hiciera aún más triste.

De pronto Adriana notó una presencia en la habitación. Una mujer vestida con un pijama de sanitario revisaba el monitor, junto a su cabecera.

—¡Vaya, has despertado! —dijo la mujer al encontrarse con la mirada sorprendida de Adriana—. La verdad es que estás bastante bien para el accidente que has tenido. Eres una chica con muchísima suerte.

La mujer tendría unos cuarenta y muchos años, pelo cubierto de mechas anaranjadas, y tenía aquella expresión entre cansada y malhumorada que tienen todas esas personas que llevan demasiado tiempo trabajando en un hospital.

—Si todo va bien podrás dejar esta planta en no demasiado tiempo —comentó la mujer, y esbozó algo parecido a una sonrisa, como intentando transmitirle ánimos—. No porque lo diga yo, que solo soy la enfermera, el doctor que te ha atendido lo ha comentado antes.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Adriana, que de pronto había recordado sus últimas frases intercambiadas con aquel médico—. El doctor dijo que vendría a verme.

La enfermera esbozó un mohín lastimero.

- —Lo siento, cariño, tu madre ya ha estado aquí hace un rato, mientras estabas durmiendo, y se ha marchado. Pero no te preocupes, volverá pronto.
- —¿No pueden pedirle que vuelva? —pidió Adriana, repentinamente ansiosa—. Me gustaría hablar con ella.
- —Lo siento, cielo, el horario de visitas de hoy ya ha terminado —contestó la mujer, ahora con mayor dureza—. Estás en cuidados intensivos, y aquí las visitas están muy restringidas, esto no es como el resto de plantas del hospital. Tu madre volverá mañana.

Adriana bajó la mirada, desilusionada. Necesitaba hablar con alguien de confianza, contarle todo por lo que estaba pasando. Y, además, sabía que, aunque su madre la hubiese visto durmiendo a través de la puerta acristalada, seguiría estando muy preocupada hasta que no pudiera hablar con ella, y comprobar que se encontraba bien.

La enfermera comprobó los goteros y unas cuantas máquinas de las que Adriana no tenía ni idea de para qué servían, mientras la chica volvía a sumirse en sus pensamientos y repasaba las escenas que acababa de recordar. Ahora que había conocido al fin las caras de aquellas personas con las que había ocurrido todo, no podía quedarse sin saber nada más. Sentía que necesitaba verlas.

—Disculpe —dijo a la enfermera cuando esta ya se disponía a marcharse—. ¿Dónde están las personas que llegaron al hospital conmigo? ¿Las chicas con las que tuve el accidente?

La enfermera se detuvo a unos pasos de la puerta, y se volvió hacia Adriana con expresión de resignación, esa resignación que tienen las personas que ven desgracias todos los días.

—¿Esas pobres niñas? Están aquí, en esta misma planta, en los boxes contiguos al tuyo —contestó, y su expresión se volvió más dura antes de añadir—. Ellas y el hombre con el que chocasteis. Él está en el box de tu izquierda.

Adriana se volvió hacia la mampara cubierta con la cortina, a solo unos

pasos de ella. Así que aquellas personas se encontraban tan cerca. Y ni siquiera podía acercarse a verlas.

—Aunque si por mí fuera —siguió la enfermera—, no habrían metido a ese desgraciado en uno de mis boxes.

La chica se volvió sorprendida hacia ella.

—¿A qué se refiere?

Como respuesta la enfermera puso los ojos en blanco y resopló en actitud de desprecio.

—Que quede entre tú y yo, pero ese cabrón no me da ninguna lástima —aseguró—. He oído a mis compañeros hablar del accidente que tuvisteis; el tipo invadió vuestro carril y fue por eso por lo que chocasteis. Y en los análisis que le hemos hecho, comprobamos que iba nadando en alcohol.

Adriana se había quedado sumida en un silencio sepulcral, tratando de asimilar aquello. Aún no se había detenido a pensar cuál podría haber sido la causa del accidente, qué habría pasado para que un coche que viajaba en dirección contraria a ellas, hubiera acabado metido en su carril.

—Si ese malnacido no hubiera cogido el coche estando borracho, no habríais tenido el accidente, y ahora yo no tendría a cuatro niñas en mi planta, ni a tres de ellas bastante peor de lo que lo estás tú —casi escupió la enfermera, con ira contenida—. Por eso te digo que, si hubiera dependido de mí, habría dejado a ese cabrón en la cuneta y solo os hubiera atendido a vosotras. Hay gente que no tiene decencia.

La chica asintió lentamente, incapaz de decir una palabra. Así que el hombre que descansaba a solo unos pasos de su cama, era el responsable de que tanto ella como las tres simpáticas chicas que había conocido la noche anterior, hubieran tenido que debatirse entre la vida y la muerte. Solo de pensarlo sentía que el rencor de aquella mujer se le contagiaba.

—Bueno, no debería estar molestándote con estas historias ahora —comentó la enfermera, que parecía haberse recuperado de su indignación—. Anda, procura descansar y no le des demasiadas vueltas a todo este asunto hasta que te recuperes, ¿vale?

La mujer se despidió de Adriana con una sonrisa, y salió de la habitación. La chica permaneció completamente inmóvil durante varios segundos, con la mirada perdida en las arrugas de su sábana. Su mente trataba de hacerse a la idea de aquel horrible accidente, de un hombre conduciendo borracho, saliéndose en las curvas, invadiendo constantemente

el carril de al lado, hasta toparse de frente con otro coche. Un coche donde cuatro chicas de apenas veinte años viajaban ajenas al peligro. Pero la escena no aparecía por ninguna parte. Adriana no podía saber qué hacía ella en aquel coche, ni que había pasado durante el resto de la noche hasta ese momento.

Siguió dándole vueltas a aquello, hasta que comenzó a agotarse. Se sentía fatal y necesitaba desahogarse con alguien. ¿Por qué habría tenido que quedarse dormida durante la visita de su madre? Ahora lo único que podía hacer era esperar, esperar a que su madre volviera, esperar a que el médico decidiera darle el alta y pudiera acercarse a los otros accidentados, verlos por sí misma. No sabía por qué, pero sentía que eso sería crucial para ella. Tal vez si pudiera hablar con alguna de las chicas consiguiese esclarecer algo sobre lo ocurrido... Pero por el momento solo podía esperar. Esperar y esperar. Odiaba esperar. No había nada en el mundo que le pareciese más aburrido.

—Dime Adri, ¿a qué te dedicas? —preguntó Vanessa antes de llevarse el cigarro a los labios.

Las cuatro chicas se arrellanaban en torno a una de las mesas de El Mariachi enamorado. Todas ellas sostenían copas de Margarita, y Vanessa con los pies apoyados sobre otra silla, fumaba un cigarrillo con parsimonia. No le había resultado demasiado difícil conseguir el permiso para hacerlo. Sólo había tenido que alzar la voz para preguntarle a Enrique si podía fumar en su bar, y el camarero le había contestado al instante que por supuesto y que, si algún policía entraba en el bar aquella noche, le diría que aquello era una fiesta privada.

- —Pues, a nada fascinante, la verdad —contestó Adriana—. Este verano conseguí un puesto en la radio local.
- —Eso suena genial —exclamó Vanessa, visiblemente interesada, mientras sacudía la ceniza de su cigarrillo en un cuenco de snacks vacío—. ¿Eres locutora?
- —No, para nada —aclaró Adriana. Aquella era su segunda copa de margarita y se sentía bastante menos cohibida que un rato antes—. Solo soy una becaria, así que hago el trabajo que nadie quiere. Llevo el café, hago recados... y soporto a los capullos de los locutores de la cadena. Nada increíble, os lo aseguro.

Miriam hizo un mohín de desagrado mientras cogía un snack salado de

uno de los cuencos de la mesa.

- —¿Y no te gustaría ser locutora algún día? —preguntó con la boca llena.
- —Sí, bueno, supongo que por eso cogí el trabajo —comentó Adriana, encogiéndose de hombros—. Pensé que al estar allí aprendería algo del oficio, que quizá alguna vez les echase una mano. Pero ya he comprobado que no. Por eso, si las cosas siguen así, me buscaré otro trabajo, y si encuentro algo mejor, donde de verdad pueda hacer algo útil, me largaré.
- —¡Vaya, qué mierda! —contestó Vanessa que, apoyando el codo sobre el respaldo de su silla, tenía la actitud chulesca de una adolescente de película americana—. Seguro que habrías tenido mucho talento como locutora.

Adriana volvió a encogerse de hombros. Preocuparse por aquello no era lo que más le apetecía hacer aquella noche. Sentía demasiada curiosidad por aquellas chicas a las que acababa de conocer.

—¿Y a qué os dedicáis vosotras? —preguntó.

Las chicas se miraron entre ellas, como si no se decidieran por cuál de las tres iba a contestar primero.

- —Yo ayudo a mi madre en su negocio —respondió Amanda. La chica se había sentado como un indio sobre la silla, con las piernas cruzadas, y parecía tener una habilidad innata para evitar que se le vieran las bragas en aquella postura—. Tenemos una tienda de ropa de fiesta para gente joven, se llama Lolitas.
- —Creo que me suena —dijo Adriana, y al instante pensó que, si el abrigo de pelo de Amanda había salido de la tienda de su madre, lo mejor sería no pasarse mucho por allí.
- —Amanda es la que más suerte tiene de todas nosotras —dijo Vanessa, mirando a su amiga con aire desafiante y divertido a la vez—. La muy zorra va a heredar el negocio de su madre que tiene buena clientela y no tendrá que preocuparse por el trabajo en su vida.

Amanda respondió a aquello lanzando una bola de queso a la cabeza de Vanessa, que la esquivó por los pelos.

- —Da igual que vaya a heredar la tienda, ¿te crees que voy a quedarme en ella toda mi vida? —replicó, indignada—. Tengo muchas cosas que vivir como para quedarme vendiendo vestidos de fiesta para siempre.
- —Yo estoy terminando de estudiar para ser maquilladora —dijo Miriam, que se había decidido a reclamar la atención—. Este verano ya podré

ejercer. Ya veréis, voy a hacerme tarjetas de visita, maquillaré a un montón de gente a domicilio, y cuando tenga dinero, abriré mi propio salón.

- —¡Vaya, eso suena genial! —comentó Adriana, y Miriam esbozó una sonrisa de satisfacción que le llegó de oreja a oreja.
- —Así que ya sabes, si necesitas que te maqueen para una fiesta, Miriam es tu chica —declaró Vanessa, y dio un largo trago a su margarita.
- —Bueno, en realidad te falta la más interesante de todas —dijo Miriam a Adriana, con cierto retintín—. Aquí la amiga Vanessa es nada más y nada menos que actriz.

Adriana se volvió sorprendida hacia Vanessa, y esta casi se atraganta con su margarita.

- —¿En serio?
- —¡Eh! Eso no es exactamente así —replicó Vanessa, molesta—. En realidad no he tomado clases de Arte Dramático, ni he actuado nunca en ninguna serie o película.
- —Bueno, pero has aparecido en bastantes anuncios, ¿no? —replicó Amanda—. Eso es ser actriz, o al menos empezar a serlo.
- —Bueno, eso sí —concedió Vanessa, y se volvió con una sonrisa hacia Adriana, que la miraba sin esconder su admiración.
- —¡Joder! Eso es estupendo, ¿no? —comentó la chica—. ¿Y planeas convertirte en actriz profesional algún día?
- —Sí, bueno, eso me gustaría —contestó Vanessa, hablando como si aquello en realidad no le importase demasiado—. Mi plan es presentarme a cástines hasta que consiga un papel en una serie o una peli, aunque sea una de esas de bajo presupuesto. Y entonces me largaré de este asqueroso pueblo, y jestaré lista para comerme el mundo!
- —¡Claro que sí, joder! —exclamó Miriam mientras levantaba la copa, proponiendo un brindis.

Todas las chicas levantaron las copas y las chocaron con mucho ruido.

—¡Salud! —exclamó Miriam.

Adriana bebió un trago largo de Margarita y sonrió satisfecha. Se encontraba muy a gusto en aquella mesa y se sentía bien. Quién se lo hubiera dicho un rato antes, cuando pensó que el plantón de Lola le había chafado la noche.

Tras dejar la copa sobre la mesa, paseó la mirada por la sala del bar, distraída, y de pronto reparó en que había un chico apoyado en la barra, que

las miraba fijamente. El tipo no retiró la mirada cuando Adriana lo descubrió. Era moreno, y muy alto, con la típica pinta de chico de pueblo, un poco bruto pero amable, y no demasiado feo. Cuando la chica se volvió para hacer un comentario sobre él a las demás, descubrió que Vanessa ya lo había descubierto, y que también le miraba, interesada, aunque fingiendo indiferencia.

—¿Habéis visto a ese? —preguntó al fin Adriana, y cuando volvió a mirarlo, acompañada esta vez por todas las chicas de la mesa, el tipo volvió de nuevo la mirada a la barra, visiblemente cortado.

Miriam y Amanda se echaron a reír, con picardía, pero Vanessa no pareció inmutarse. Cogió de nuevo su copa de margarita, y se volvió hacia Adriana.

—Este pueblo está lleno de patanes que se mueren por invitar a las chicas a todo lo que les pidan, para ver si se las consiguen follar —comentó, con sorna.

Adriana abrió unos ojos como platos, sorprendida, y no pudo evitar echarse a reír.

—No sé, no creo que ese tipo esté pensando en invitarnos a nada.

Vanessa arqueó una sola ceja, y esbozó una sonrisa traviesa. Adriana no pudo evitar pensar que era una chica tremendamente atractiva.

- —¿Qué no? ¿Qué te apuestas a que lo consigo? —preguntó desafiante.
- —Pues... no sé —replicó Adriana, cortada—. Si tú lo crees...

Vanessa se volvió hacia sus amigas.

—¿Qué decís, chicas? ¿Creéis que vendrá a ofrecernos una copa?

Miriam respondió con una risita descontrolada.

- —Seguro.
- —¡Hazte con él, nena! —exclamó Amanda.

Como respuesta, Vanessa se acomodó en su silla, y se volvió hacia el chico, esbozando una sonrisa radiante y sugerente a la vez. Adriana observó de nuevo al chaval. Debía de ser uno de los que estaban jugando a la diana cuando ella había entrado en el bar. El tipo aguantó la mirada de Vanessa, inseguro, hasta que no pudo más y tuvo que bajarla a sus zapatos, nervioso. Amanda y Miriam rompieron a reír, y Vanessa amplió aún más su sonrisa, sin esconder su satisfacción. Adriana por su parte observaba boquiabierta como el tipo volvía a alzar la mirada hacia Vanessa, totalmente hipnotizado, y como necesitó que Enrique le llamara por su nombre, para advertirle de la

cerveza que acababa de dejar frente a él. Vanessa pareció darse por satisfecha con aquello y volvió la atención hacia las chicas.

- —Bueno, con eso será suficiente —comentó, como si nada.
- —¿Has visto? —dijo Miriam a Adriana, entusiasmada—. ¡Vanessa es una experta!
- —Ya veo... —comentó la chica, impresionada, y se volvió hacia Vanessa—. Entonces, ¿te lo vas a ligar...?

Y casi no pudo acabar la frase, porque justo en ese momento el mismo chico del que estaba hablando apareció junto a su lado. Había ido directo hacia Vanessa, y aunque dirigió una mirada amable hacia las demás, enseguida volvió la vista hacia ella de nuevo.

—Hola, chicas —dijo, y ya no parecía tan tímido.

Vanessa le dirigió una mirada poco impresionada.

- —Hola —contestó.
- —Mis amigos y yo os hemos visto desde ahí —dijo el chico, e hizo un gesto hacia el grupo de chavales que se agrupaban alrededor de la diana, y que en aquel momento no apartaban la mirada de ellos—. Nos gustaría invitaros a una copa, si queréis venir un rato con nosotros.

Adriana de pronto se encogió sobre la mesa. La idea de tomar algo con un grupo de desconocidos, que tal vez se propusieran emborracharlas, no la entusiasmaba precisamente, y estaba segura de que Vanessa iba a aceptar la invitación. Pero para su sorpresa, la chica se echó hacia atrás en la silla, y observando al tipo con aire suficiente, contestó.

—Lo siento, chaval, pero mis amigas y yo estamos en una noche solo de chicas. Copas, baile, y una buena charla, pero nada de tíos hoy.

El tipo pareció tan sorprendido y tan cortado como la propia Adriana lo estaba en aquellos momentos. Apartó la mirada, y asintió sin mucho convencimiento.

—Está bien —musito—. Que os divirtáis.

Vanessa ni siquiera le contestó, solo le siguió con la mirada unos segundos, hasta que hubo vuelto junto a su grupo de amigos. Tan pronto como se encaró de nuevo a la mesa, sus amigas estallaron en risitas y exclamaciones de triunfo.

—¡Menuda cara se le ha quedado al pavo! —se burló Amanda.

Miriam aplaudía por lo bajo, como si hubiera asistido a la mejor actuación de su vida.

- —¡Así se hace, tía!
- —¿Por qué has hecho eso? —preguntó Adriana, sin poder contenerse—. Has sido tú la que le ha mirado, pensé que te interesaba.
- —¡Bah, qué va! ¿Ese palurdo de pueblo? —exclamó Vanessa con desdén—. Para nada, tía. Si tuviera ganas de emborracharme gratis esta noche le habría seguido el rollo, pero hoy ya tenemos plan.
- —Eso, Vanessa puede conseguir que los tíos babeen tras nosotras siempre que quiere —comentó Amanda, y sonrió descarada—. No tenemos por qué conformarnos con el primer capullo que encontremos.

Adriana intentó sonreír y asentir, como si aquello le pareciera normal, pero lo cierto era que ni ella ni Lola se hubieran atrevido nunca a hacer algo así. No le extrañaba que aquellas chicas pudieran conseguir aquello, las tres eran guapísimas, pero seguía pareciéndole algo excesivo. Después de todo, lo que hacían no era otra cosa que aprovecharse de tíos por los que no tenían interés para conseguir bebidas gratis.

- —Por cierto, y hablando de planes para esta noche —dijo Vanessa—. ¿No va siendo hora ya de irnos a la fiesta?
- —Pues sí, son las doce y veinte —exclamó Miriam, mirando su reloj—. La gente ya estará llegando.

Como respuesta, Vanessa dio un golpe con su copa de margarita sobre la mesa antes de terminarse la bebida de un trago.

- —¡Levantamos campamento, chicas! —casi ordenó, mientras se levantaba de la mesa.
- —¡Espera un momento! —protestó Amanda—. A mí aún me queda media copa, ¡y a Adriana también!

Vanessa resopló y puso los ojos en blanco.

—Está bien, por deferencia a Adriana en su primera noche con nosotras, tenéis un par de minutos para acabaros los margaritas.

Adriana sonrió en agradecimiento, y se apresuró a llevarse la copa a los labios. Aquella alegre noche estaba llegando a su fin, las chicas tenían que irse ya a su fiesta, y a ella no le quedaría más remedio que volver a casa. Se había divertido tanto aquel rato que la sola idea de que fuese a terminar la entristecía. ¿Quién sabía si volvería a salir con ellas alguna noche? Como si estuviera leyendo sus pensamientos, Miriam, que llevaba unos segundos observándola, exclamó de pronto:

—Chicas, ¿no os da pena que tengamos que despedirnos tan pronto de

## Adriana?

Vanessa se volvió hacia Miriam y luego hacia la aludida, y suspiró:

- —Sí, es una pena, la verdad —comentó, sin apartar la mirada de Adriana—. Lo hemos pasado genial contigo esta noche. Eres una tía genial.
- —Gracias, yo también me he divertido con vosotras —contestó ella, enternecida

De pronto Vanessa abrió unos ojos como platos, como si acabara de tener la idea de su vida, y palmeó la mesa con las manos.

—Oye, ¿por qué no te animas y te vienes a la fiesta con nosotras? —exclamó—. Esta noche está siendo demasiado cojonuda como para acabarla tan pronto. ¿Qué opinas?

Adriana se quedó muda de asombro. No se esperaba esa invitación y le hacía una ilusión enorme que Vanessa le hubiera ofrecido aquello, pero ella no era una de esas chicas que aparecen tranquilamente en una fiesta sin conocer a la gran mayoría de sus asistentes.

- —¡Eh, pues sí! Es una buena idea —contestó Miriam—. ¡Ven con nosotras a la fiesta, Adriana!
  - —Claro, anímate a venir, lo pasaremos bien —añadió Amanda.

De pronto todas las miradas en la mesa se habían vuelto expectantes hacia Adriana, y esta no sabía qué decir. No tenía ninguna duda de que con ellas se lo pasaría en grande en cualquier sitio, pero no saber nada del resto de invitados, ni de la casa a la que iban, seguían dándole cierta desconfianza.

- —Bueno, no sé... —respondió con la mirada fija en la mesa—. Allí no voy a conocer a nadie y...
- —¡Eso es mentira, nos conoces a nosotras! —le cortó Vanessa—. Y somos las tías más interesantes que habrá en la fiesta, eso te lo aseguro.

Miriam y Amanda rompieron a reír, y Adriana se les unió, aún con cierta timidez.

—Pero ni siquiera sé a dónde vamos, y seguro que esa finca está muy lejos del pueblo —replicó.

Vanessa palmeó la mesa de nuevo, impaciente.

- —No te preocupes por eso, nosotras te llevamos. Tengo el coche aparcado en la puerta.
- —Y en realidad la finca está bastante cerca —intervino Miriam—. Solo son tres o cuatro kilómetros, al lado de la zona de Camping. En coche se

llega en un momento.

Adriana volvió a apartar la mirada de las chicas, algo incómoda. Le caían de lujo, y se moría por seguir divirtiéndose con ellas, pero el plan de la fiesta no acababa de convencerla.

—¡Venga, tía, por favor...! —pidió Vanessa, suplicante—. Nosotras te cuidaremos, y en cuanto estés cansada me avisas, y te llevó hasta la misma puerta de tu casa.

Un par de segundos más tarde, Adriana puso los ojos en blanco y accedió:

- —¡Hecho! Me habéis convencido —respondió, mientras las chicas estallaban en risas y grititos de júbilo—. Voy con vosotras.
- —¡Genial, tía, no te arrepentirás! —exclamó Vanessa, levantándose de la silla—. Esta será la mejor noche de tu vida. ¡Vamos!

Las chicas se levantaron de la mesa, y Adriana se puso el abrigo intentando contener la risa, esa risa incontrolable que siempre le sobrevenía cuando se sentía tan nerviosa como emocionada.

- —Vas a flipar, las fiestas que da este pavo son geniales —decía Amanda mientras intentaba ponerse de nuevo en pie sobre sus tacones de diez centímetros.
- —¡Y siempre se trae a un huevo de amigos que están tremendos! —exclamó Miriam antes de estallar en carcajadas.

Mientras salían, Vanessa se despidió a gritos de Enrique, quien les deseó que se divirtieran. El tipo se había empeñado en invitarlas a la primera ronda de margaritas que habían pedido, y parecía sencillamente encantado con la visión de las cuatro chicas juntas. Sin embargo, a Adriana no se le pasó por alto la mirada de rencor que los tipos de la diana, incluido el chico que se había acercado a hablar con ellas, les echaron mientras salían de allí.

Fuera hacía una noche preciosa y agradable, cálida, con una brisa suave, y una luna gigante en el cielo. Frente a ellas solo se encontraba la explanada de tierra batida que conducía a El mariachi enamorado, con unos cuantos coches aparcados alrededor y, tras ellos, la silueta del bosque. Era una noche tan agradable que Adriana sintió ganas de extender los brazos al viento y levantar la cara hacia el cielo, pero Miriam se le adelantó, y saltó desde la entrada del bar extendiendo los brazos y gritando como una desaforada.

—¡Qué noche tan cojonuda!

- —Te vas a joder los tacones, Miriam —le regañó Amanda.
- —Eso, deja de hacer el capullo y tira para el coche —exclamó Vanessa, y volviéndose hacia Adriana señaló con el dedo entre los coches aparcados—. Mira, ese es el mío.

Vanessa acababa de señalar un imponente todoterreno rojo, grande como una carroza, y decorado con pegatinas de estilo pin —up. Adriana se quedó con la boca abierta. Aquel era un coche que no le hubiera importado en absoluto conducir algún día. Siguió a Vanessa y a las demás hacia el todoterreno, observándolo de arriba abajo.

- —Es una pasada —dijo al fin—. ¿Cómo lo conseguiste?
- —Me lo regaló mi padre por mi último cumpleaños —respondió Vanessa, tan orgullosa como una madre que presume de los sobresalientes de su hijo—. Nada de segunda mano ni esas mierdas, es nuevo y puede con todo lo que le eches.
- —Sí, este coche podría aguantar la explosión de un puto reactor —dijo Amanda, que había cogido a Miriam del brazo y tiraba de ella hacia el todoterreno.

Adriana se echó a reír, divertida con las exageraciones de las chicas.

- —¿En serio? —preguntó.
- —Ahora mismo lo comprobarás —contestó Vanessa con una sonrisa de autosuficiencia—. Ven, siéntate delante.

Adriana no necesitó que se lo pidieran dos veces. En cuanto Vanessa hubo abierto las puertas, entró en el coche de un salto y se encaramó al asiento. Dentro olía a una mezcla de tabaco y ambientador barato. Sentía un hormigueo en el estómago, ese hormigueo que la acompañaba siempre que iba a emprender una aventura nueva. La chica pensó que hacía muchísimo tiempo que no tenía aquella sensación, y que quizá aquello fuera una señal de que su vida no era todo lo emocionante que debiera.

Amanda y Miriam subieron a la parte de atrás, Amanda tras el asiento de Adriana y Miriam tras el del conductor. Las dos discutían entre ellas, reían y era evidente que estaban ya un poco borrachas. Mientras Vanessa se acomodó en el asiento del conductor, totalmente serena, como si no acabara de beberse dos copas de margarita.

- —¡Te va flipar como conduce Vanessa! —gritó Miriam a Adriana desde el asiento trasero—. ¡Le encanta pisar el acelerador!
  - —¡Eh! ¡Cállate o te bajas del coche! —protestó Vanessa, sin girarse a

mirarla, y encendió la radio.

Por todo el todoterreno empezó a sonar una música rock clásica, muy similar a la que podría escucharse una noche en El mariachi enamorado, y Vanessa se volvió hacia Adriana con emoción contenida.

—¿Preparada para correrte la juerga de tu vida? —preguntó.

De pronto Adriana volvió a sentirse cohibida, como una niña pequeña en su primer día de colegio, pero la emoción del momento podía con sus nervios, y sonrió:

## —Preparada.

Como si aquella hubiera sido la señal, Vanessa arrancó el motor, y metió la marcha atrás. Una vez fuera de su lugar de aparcamiento giró bruscamente el volante, hasta encarar el coche hacia la salida.

—¡Baja las ventanillas y sube la música! —pidió Miriam a gritos.

Vanessa hizo lo que le pedían, pisó el acelerador y después giró de golpe el volante para incorporarse a la carretera, haciendo derrapar el culo del coche. Segundos después pisaba el acelerador de nuevo deslizándose como una exhalación por la silenciosa y solitaria carretera. El aire se coló como una tromba por las ventanillas mientras en los asientos de atrás Amanda y Miriam chillaban de júbilo. Adriana sintió como la espalda se le pegaba al asiento, y como su pelo revoloteaba a su alrededor con el aire nocturno, y se dio cuenta de que se sentía mejor que nunca.

Adriana se había quedado petrificada sobre la cama, y se sentía tan mareada como si su habitación se encontrase en el ojo de un huracán. Lentamente trataba de recordar todos los detalles, de retenerlos en su mente hasta estar segura de que no la abandonarían nunca. Estaba cubierta de sudor, y tenía los ojos empañados. Ahora ya sabía cómo había llegado al coche, y no necesitaba recordar más a partir de ahí para imaginarse lo que había ocurrido. Después de eso se habían topado con el coche de un maldito borracho que conducía en dirección contraria, y este había chocado directamente contra el todoterreno rojo de Vanessa, enviándolas a la UCI. De pronto, toda la emoción que sabía haber sentido, la promesa de una noche especial, emocionante y divertida, parecía una broma macabra. Y lo peor de todo era que aquel hijo de puta estaba a tan solo unos pasos de ella, en el box de al lado, como si nada hubiera pasado. Como si ella y sus nuevas amigas no hubieran estado a punto de morir. Solo de pensarlo quería llorar de rabia.

Intentó respirar hondo durante unos instantes, calmarse de alguna manera, pero no lo consiguió. No dejaba de pensar que necesitaba ver a aquel cabrón que había estado tan cerca de matarlas. No sabía quién era, seguramente no lo habría visto en su vida, pero no podía seguir allí postrada, sabiendo que lo tenía a su lado. Necesitaba verle, lo necesitaba porque aquella era la única pieza que faltaba para terminar de completar aquella locura de puzle. Hasta que no viera que de verdad existía aquel tipo, hasta que no tuviera su cara frente a ella, le faltaría la prueba definitiva de lo que había pasado, la verdadera razón por la que había llegado allí. Y después de verle, necesitaría también ver a las chicas, comprobar con sus propios ojos que seguían vivas, y que se encontraban también a unos pocos pasos de su box.

Pero lo peor de todo era que no sabía cómo podría hacerlo. Estaba sola en la habitación, conectada mediante un montón de electrodos a aquellas malditas máquinas, y no parecía que en aquellas condiciones pudiera hacer ninguna visita, aunque fuera a los boxes de al lado. Y si pedía ayuda al personal de la planta, estaba segura de que tanto el médico que la había atendido al despertar como aquella enfermera tan borde, le dirían que no.

Adriana resopló, agotada, y se llevó una mano a la frente dolorida y plagada de electrodos. Aún tendría que esperar bastante a que le dieran el alta, para que pudiera levantarse de aquella cama e ir a visitar a quien quisiera, pero sentía que no podría aguantar tanto. Recordar solo a medias lo que había ocurrido y tener a aquel cabrón al lado la estaba matando de ansiedad. Tendría que levantarse antes y echar un vistazo a los boxes contiguos. Después de todo, aquellos habitáculos eran muy estrechos, tan solo unos cuantos pasos de pared a pared, y estaban comunicados por una ventana transparente. Sería tan sencillo como levantarse y echar un vistazo. Bueno, quizá no tan sencillo; estaba segura de que si algún médico o enfermera la descubrían levantándose de la cama le caería una buena bronca. Pero, ¿qué importaba? Prefería intentarlo y llevarse una reprimenda que seguir allí tumbada sin poder hacer nada. Y tal vez ni siquiera la pillaran. Hacía tiempo que no veía pasar a nadie por el pasillo. Seguramente debía ser de noche, y a aquellas horas la planta parecía de lo más tranquila. Quizá pudiera levantarse y volver a la cama sin que nadie se lo impidiera.

Ya estaba casi del todo decidida cuando reparó en otro problema: ¡los monitores! Con todos aquellos tubos y electrodos enganchados le sería

imposible levantarse de la cama. Tendría que quitárselos todos si quería irse y, aunque lo consiguiera, estaba segura de que su monitor alertaría del cambio. De hecho, lo más probable era que alguien tuviera controlados todos los monitores de la UCI desde algún puesto cercano, ¿cómo si no iban a enterarse los médicos de si algún enfermo entraba en coma, o se le paraba el corazón? Necesitarían un aviso de inmediato para poder actuar cuanto antes en casos de emergencia. Así que, si ella se quitaba los electrodos, al momento tendría a alguien muy asustado y preocupado en la puerta de su box. Adriana resopló de nuevo, frustrada.

La única manera de poder levantarse de la cama sería mantener todos los cables y electrodos en su lugar. La chica se asomó como pudo por el borde de la cama, y examinó toda la maquinaria a la que se hallaba conectada. Al hacerlo, soltó un suspiro de alivio. Su monitor se encontraba situado encima de un carrito, y su pie de gotero también contaba con pequeñas ruedecillas. Al verlo, Adriana estuvo a punto de echarse a reír. En realidad era lógico; resultaba mucho más cómodo y seguro que todo aquel aparataje fuera móvil, para poder trasladar a los enfermos con rapidez en caso de necesidad. Así que tal vez no fuera tan complicado levantarse de la cama y mover tan solo unos centímetros aquellos cacharros, justo lo suficiente para que pudiera asomarse a los boxes contiguos y luego volver a la cama, sin tener que tocar ni su vía ni sus electrodos.

Adriana no necesitó mucho tiempo para convencerse: creía que podría hacerlo, y merecía la pena intentarlo. Cierto que estaba hecha polvo, que aunque su dolor de cabeza había bajado y seguramente le habían suministrado calmantes en abundancia, sentía todo el cuerpo pesado y dolorido, por no olvidar que tenía una clavícula rota. Pero a pesar de todo, se sentía capaz de levantarse de la cama. Tal vez no de salir al vestíbulo y darse un paseo por el hospital, pero sí de ponerse en pie y dar un par de pasos hasta la ventana más cercana. Al fin y al cabo, sus lesiones no eran muy severas, y ya le habían dicho que podría salir pronto de cuidados intensivos.

Durante unos cuantos minutos se mantuvo en la cama, tratando de cerciorarse de que no había nadie cerca que pudiera descubrirla. Tras un rato sin oír sonidos de actividad cercana ni ver a nadie pasar frente a la puerta de su box, se decidió a intentarlo. Lo primero que hizo fue incorporarse muy lentamente sobre la cama, con mucho cuidado. Sentía los

brazos débiles, y tan temblorosos como la gelatina, y su clavícula protestó por el esfuerzo. Adriana apretó los dientes, y trató de mantenerse sentada sobre la cama. Aquello iba a ser más difícil de lo que había supuesto, pero al menos ya había pasado lo peor. Tras unos segundos de respiro, la chica giró lentamente, y sacó las piernas de la cama, hasta quedarse sentada en el borde, con los pies colgando. Después echó el peso hacia adelante, deslizándose sobre el colchón, hasta tener los pies apoyados sobre el frío suelo del box. Y ya solo tuvo que levantarse muy lentamente. Resolló del esfuerzo, y tuvo que apoyar una mano encima de su monitor. Apenas podía creerse que hubiera sido capaz de ponerse en pie, las piernas le pesaban como el hierro, la espalda le dolía como si acabaran de sacudírsela con una vara, y se sentía mareada y desubicada. Pero lo había conseguido, ya solo unos pasos la separaban de la ventana del box.

Antes de empezar a caminar, Adriana cogió con la mano izquierda el borde del carrito de su monitor, y aprovechando su brazo sano, tiró muy poco a poco, tratando de acercar el carrito unos centímetros hasta la pared. Las ruedas giraron muy lentamente, y necesitó un par de intentos, pero finalmente consiguió moverlo. Sobre el carrito, el monitor seguía pitando de forma acompasada, manifestando sus constantes vitales. Aquello sería suficiente para no tener que tirar de los cables de los electrodos al apartarse de la cama, algo que no le parecía muy buena idea. Tras mover el carrito, Adriana cogió el pie del gotero, y con mucha menos fuerza lo apartó unos centímetros de la cama. El esfuerzo hacía palpitar sus sienes, y sentía como el suelo amenazaba con empezar a moverse bajo sus pies. No podía caerse. Tenía que darse prisa.

Adriana empezó a arrastrar los pies hacia adelante, con torpeza, un pasito, otro más y al fin pudo apoyar las palmas de las manos sobre la mampara fría que comunicaba ambos boxes. Al otro lado, frente a ella, se encontraba una cama idéntica a la suya, con un hombre sobre ella. Adriana le observó con atención. El hombre rondaría los cincuenta años, tenía abundante pelo gris, y la piel cubierta de marcas de expresión y arrugas que comenzaban a hacerse profundas. Con los ojos cerrados y la cara medio oculta por la mascarilla de oxígeno, su expresión resultaba dura, severa, como si aquel tipo viviera siempre malhumorado. Una marca alargada cruzaba una de sus mejillas, parecía una herida recién suturada, y Adriana supuso que debía habérsela hecho en el accidente. La chica permaneció

varios segundos observándolo, sin mover ni un solo pelo. Quién sabía cuántas lesiones escondería aquel cuerpo trémulo e inmóvil. Lo cierto era que, vestido con aquella bata blanca, cubierto de electrodos y con la aguja del gotero atravesándole el brazo, aquel hombre tenía un aspecto bastante lamentable. Después de todo estaba en coma.

Sin embargo, a Adriana no le daba ninguna pena. Aquel cabrón tenía la culpa de todo. Sin duda habría salido de casa aquella noche dispuesto a correrse una buena juerga, se habría emborrachado en uno de sus garitos favoritos y tras decidir que ya había tenido suficiente, se había metido en su coche sin preocuparse una mierda por nadie. Sin importarle ir haciendo eses por la carretera, sin importarle que pudiera haber un coche lleno de jovencitas, conduciendo en dirección contraria a la suya. Seguramente ni siguiera había sido consciente de que se estaba interponiendo en el camino de otro coche hasta sentir el impacto. Y ahora ellas estaban allí, con huesos rotos, con traumatismos craneales, con problemas de memoria. Solo de pensar que aquel cabrón tenía la culpa de todo, sentía ganas de escupirle. Y en realidad lo habría hecho de no ser porque una ventana los separaba, porque ella no podía salir de su propio box, y porque si una enfermera la descubría no se lo hubiera tomado nada bien. Pero ella no iba a quedarse en aquel cuartucho para siempre, acabaría saliendo y se ocuparía de descargar todo su odio y su rencor sobre aquel hijo de puta. Si él no era capaz por sí mismo de lamentar lo que había hecho, ella se ocuparía de que lo hiciera. Eso podía jurárselo en aquel mismo momento, a través de la ventana.

Tras unos cuantos segundos, la chica se apartó lentamente de la mampara, y retrocedió un par de pasos hasta poder sentarse en el borde de su cama de nuevo. Se sentía agotada, mareada y, sin embargo, no estaba satisfecha de todo. Se giró hacia atrás y observó la ventana del lado contrario, la que daba al otro box. La enfermera le había dicho que las demás chicas se encontraban en los boxes contiguos, pero ella solo había prestado atención al hecho de que el tipo que causó el accidente se encontraba en el box de su izquierda. ¿Quién estaría en el de su derecha? Necesitaba saberlo.

Adriana alargó los brazos hasta coger el carrito con el monitor y el pie del gotero. Luego tiró con fuerza hasta hacerlos tocar la cama. Ahora necesitaba aquellos chismes lo más cerca posible de la pared de la derecha. La chica se dio la vuelta sobre la cama, con cuidado, hasta estar sentada en el lado contrario. Ahora la cama se interponía entre el monitor y el gotero y ella se preguntaba si los cables y tubos serían lo bastante largos como para poder acercarse a la ventana derecha sin tirar de ellos. Lentamente, cuidando de no marearse, Adriana se puso en pie, y arrastró sus pasos hasta la pared del box. Por suerte estaba lo bastante cerca y los cables fueron lo bastante largos como para que pudiera apoyarse contra la ventana y mirar al otro lado.

Sobre la cama de un box exactamente igual al suyo, descansaba una chica. Era morena, tanto de piel como de pelo, y su larga melena se desparramaba sobre la almohada. Adriana solo necesitó un segundo para reconocerla: era Vanessa. La chica se encontraba profundamente dormida, igual que lo había estado Adriana prácticamente todo el tiempo que llevaba en su box. Al igual que ella, estaba cubierta de electrodos, solo que también tenía las muñecas inmovilizadas y un collarín en el cuello. A Adriana se le encogió el corazón. Tal y como le había dicho el médico, sus amigas habían salido bastante peor paradas que ella. Durante unos segundos permaneció inmóvil, observando el rostro pálido de Vanessa. Sus párpados estaban amoratados y tenía los labios secos y agrietados. Daba verdadera lástima verla. Por alguna razón, Adriana comprendía ahora que había tomado un gran cariño a aquella chica. A pesar de que apenas la conocía... a pesar de que no sabía mucho de ella. Y de pronto aquella sensación se le hizo extraña. La cabeza empezaba a dolerle por el esfuerzo. Adriana apoyó la frente contra la mampara fría, y cerró los ojos.

El coche volaba carretera adelante, a gran velocidad, la música sonaba a todo volumen y el aire fresco de la noche se colaba por las ventanillas abiertas. En los asientos traseros Amanda y Miriam canturreaban y Vanessa conducía con la excitación escrita en la cara. Adriana se sentía increíblemente emocionada, y veía como la carretera, larga, aburrida y recta, desaparecía a toda prisa bajo el morro del coche, y como las siluetas de los árboles se deformaban por la velocidad hasta esfumarse tras ellas, y desaparecer en la oscuridad. No sabía cuánto faltaría para llegar a la finca, pero no tenía ninguna prisa por acabar aquella correría.

De pronto los faros del todoterreno iluminaron la parte trasera de un coche que circulaba frente a ellas, un modesto utilitario de color azul turquesa. Como movida por un resorte, Miriam se asomó por el hueco de los asientos delanteros y se agarró al reposacabezas de Vanessa como una

lapa.

—¡Mira! ¡Es el coche Alejandra! —exclamó.

Vanessa escrutó el coche a través de la luna delantera, y frunció el ceño.

- —¡Es verdad! Zorra asquerosa... —masculló entre dientes.
- —¡Adelántala, Vanessa! —gritó Amanda, tras la espalda de Adriana—.¡Déjala atrás!

Al instante Vanessa pisó el pedal, y el coche aceleró de golpe, cogiendo una velocidad vertiginosa. El estómago de Adriana se hizo un nudo. En el coche de cualquier otra persona con la que hubiera tenido un mínimo de confianza, habría gritado y pedido que bajara la velocidad. Pero por alguna razón, sentía que con Vanessa no había mucho que se pudiera hacer, aparte de dejarla comportarse como le diera la gana.

- —¿Quién es? —preguntó a gritos, por encima del ruido de la música y las revoluciones del motor.
- —Una antigua compañera de instituto —contestó Miriam con la mirada fija en el coche que tenía delante—. ¡Y es una zorra!

En otra situación, Adriana hubiera preguntado qué era lo que había hecho aquella chica para que le tuvieran tanto cariño, pero desde luego aquel no era el mejor momento.

Vanessa continuó acelerando hasta que estuvo a tan solo un par de metros del coche, y cuando Adriana ya estaba a punto de gritarle, giró con fuerza el volante y pasó al carril de la izquierda. Una vez allí siguió acelerando, haciendo que sus compañeras aplastasen la espalda contra sus asientos, y que Miriam y Amanda lanzaran gritos de emoción, y adelantó al coche turquesa a toda velocidad. Iban tan deprisa que Adriana no pudo echar un vistazo a la conductora para ver si la conocía. Una vez que la hubieron dejado atrás, Vanesa, Miriam y Amanda estallaron en chillidos de triunfo.

- —¡Qué te den, puta! —gritó Vanessa con todas sus fuerzas, como si la tal Alejandra pudiera escucharla, y añadió—: ¡En este pueblo hay demasiadas zorras!
  - —¡Sí, muchísimas! —chilló Miriam, y rompió a reír como una hiena.
- —¿Tú qué opinas Adriana? —preguntó Vanessa de sopetón, volviéndose hacia su copiloto.

Esta apenas supo que decir. Todo aquello le había pillado por sorpresa.

-Supongo que puede ser... -contestó, y las tres chicas se echaron a

reír, descontroladas.

—¡Ya te digo yo que las hay! —exclamó Amanda desde su asiento.

Vanessa sacudió la cabeza, y dio un golpecito al volante con la palma de la mano.

—¡Tenemos que hacer limpieza! ¡Limpieza de zorras! —proclamó, y de nuevo las tres estallaron en carcajadas.

De nuevo Adriana se había quedado cortada y sin saber qué decir. Aquello debía de ser una especie de broma entre ellas que se le escapaba. ¿Quién sabe lo que les habría hecho aquella tipeja en el instituto?

—Bueno, imagino que en la fiesta no habrá zorras que os fastidien la noche... —comentó, tratando de devolver a las chicas al estado de ánimo que tenían antes de su encuentro con el coche turquesa.

Las risas pararon de sopetón, y tuvo la sensación de que las tres se volvían expectantes hacia ella.

—Por supuesto que no, en las fiestas a las que vamos solo va gente de puta madre —contestó Vanessa, algo más seria, aunque aún divertida con el tema—. ¡Pero no te creas! De vez en cuando aparece una zorra.

El comentario despertó nuevas risas en Miriam y Amanda. Adriana empezaba a sentirse fuera de lugar.

—¿Cómo es eso de que aparece una zorra? ¿Es que alguien invita a alguna chica que no os cae bien? —preguntó.

Vanessa negó con la cabeza, tajante.

—¡Oh no! ¡La invitamos nosotras!

De nuevo las risas, y entonces Adriana sí que se sintió perdida. Observó con detenimiento a Vanessa, tratando de comprender a qué se refería, por dónde iba la broma, pero la chica miraba obstinadamente a la carretera, con una media sonrisa en los labios, y resultaba imposible adivinar qué era lo que quería decir.

—¿Vosotras invitáis a una... zorra, a vuestras fiestas? —preguntó Adriana, pensando que aquella pregunta sonaba totalmente ridícula.

Pero para su sorpresa, Vanessa no se burló de su comentario, sino que asintió, con una sonrisa lobuna y sus habituales aires de superioridad.

—Claro, no podemos ignorarlas. En este pueblo hay demasiadas zorras, ya te lo decía —contestó—. Por eso, de vez en cuando buscamos a una buena zorra, y la invitamos a una de nuestras fiestas.

Las anteriores carcajadas de Miriam y Amanda se habían convertido

ahora en risitas ahogadas, y empezaban a poner nerviosa a Adriana.

—¿Se trata de... una especia de buena obra? —preguntó, confundida.

Ese comentario sí que provocó un ataque de carcajadas dentro del coche y Vanessa negó con la cabeza, muerta de risa.

—¿Una buena obra? —sonó la voz chillona de Miriam desde la parte trasera del coche—. ¡Nada de eso!

Y otra vez las risas. Adriana se volvió hacia los asientos traseros y después de nuevo hacia Vanessa.

- —¿De qué va esto? —preguntó, molesta.
- —No se trata de hacer una buena obra —explicó Vanessa, que parecía haber recobrado un poco la seriedad, a pesar de la sonrisa contenida que todavía le cruzaba la cara—. Simplemente buscamos a una zorra y la invitamos a venir con nosotras a la fiesta.
- —Sí, por lo general no nos cuesta trabajo convencerlas —comentó Amanda desde la parte trasera del coche—. Las zorras suelen morirse por ser nuestras amigas y venir a nuestras fiestas.

Vanessa negó con la cabeza divertida, y se mordió los labios, como si tratara de apaciguar sus nervios. Adriana la observaba de hito en hito, sin comprender nada.

—¿Entonces por qué lo hacéis? —pregunto de nuevo, perdiendo la paciencia.

Vanessa se volvió un instante hacia ella y la observó con atención, entre curiosa y entretenida, con la diversión escrita en el rostro. La tachuela pegada a su frente relucía, y Adriana no pudo evitar pensar que tenía un aspecto esotérico y amenazante.

—En nuestras fiestas hay juegos, juegos para los que necesitamos mucha gente... y que no están completos sin una buena zorra.

Las risotadas de Miriam y Amanda a su espalda le erizaron la piel. Comenzaba a tener una sensación extraña, algo similar a un mal presentimiento. Vanessa había vuelto la mirada a la carretera y hablaba ahora con naturalidad, como si le estuviese explicando algo tan sencillo e inocente cómo que hay que comer verduras y visitar al médico con frecuencia si quieres gozar de buena salud.

—Verás, en este pueblo hay muchas putas, demasiadas. Y lo único que hacen es molestarnos, intentar levantarnos a los tíos que nos ligamos, difundir cotilleos crueles sobre nosotras, y amargarnos todos los planes. Por

eso te digo que hay que hacer limpieza. Esas putas necesitan una buena lección. Y una ocasión para dársela es en nuestras fiestas. Por cierto, ¿te gusta el paintball?

Vanessa hizo una pausa, acompañada por las nuevas carcajadas de Miriam y Amanda, pero Adriana no respondió. Estaba segura de que su respuesta no importaría lo más mínimo.

—Mira, a nuestro amigo, el dueño de la finca, le gusta mucho jugar al paintball, y a sus amigos también. A veces hacíamos torneos en sus fiestas, pero el paintball no es tan divertido si solo te limitas a esconderte en rincones y tratar de disparar a tus rivales. Lo más divertido es tener algo que perseguir, algo que alcanzar.

En el coche se hizo el silencio de nuevo entre las chicas, solo roto por la música de la radio. Adriana sabía lo que iba a oír a continuación, pero le parecía demasiado surrealista, demasiado irreal. No podía ser cierto. Y aquella sensación de irrealidad la había dejado petrificada en su asiento, tanto que ni siquiera podía tragar saliva para deshacerse del nudo de su garganta.

- —Y para alegrar un poco la fiesta, lo que hacemos es invitar a una zorra, y una vez estamos en la finca, en medio del campo y apartados de todo, le decimos que tiene cinco minutos para correr al bosque y esconderse. Cinco minutos antes de que todos los demás cojamos nuestras pistolas de paintball y salgamos a por ella.
- —Créeme, es el mejor juego del mundo —interrumpió Miriam, asomándose de nuevo por entre los asientos delanteros.

Sus ojos, enormes y cubiertos hasta los topes de brillante sombra azul, destilaban malicia.

—Lo normal sería que la zorra en cuestión aprovechase los cinco minutos para alejarse de la finca todo lo que pudiera —siguió Vanessa—. Pero las subnormales tienen tanto miedo de perderse en el bosque, que apenas se atreven a alejarse más allá de donde ya no puede verse la casa. Las muy gilipollas no comprenden que el mayor peligro en ese bosque somos nosotros.

Amanda y Miriam rieron la gracia, y Adriana se estremeció de los pies a la cabeza. Estaba segura de que si abría la boca para hablar, lo único que conseguiría sería boquear como un pez. Estaba aterrorizada. Vanessa se volvió un segundo hacia ella, y al comprobar el efecto que le habían

causado sus palabras, sonrió encantada.

—Lo normal es que esas putas idiotas se escondan en cualquier hoyo del suelo, o detrás de un tronco caído, pensando que no las encontraremos y podrán escapar —continuó—. Pero siempre damos con ellas, siempre. Y las acribillamos a pelotazos de pintura. En los mejores casos, al ver que las encontramos, echan a correr y podemos perseguirlas. Eso es lo más divertido de todo.

Adriana recordó haber visto en internet lesiones por pelotazos de paintball que habían sido disparados demasiado cerca, o sin la protección adecuada. Recordaba las fotografías de lesiones redondeadas y moradas, con la piel rota en el centro, marcas sanguinolentas y enormes. A pesar de todo, trató de recuperar la compostura, respiró hondo, y se esforzó por mantener la cabeza clara, a pesar de que no podía ni imaginar que aquellas chicas fueran tan crueles.

—Un día acabaréis en comisaría —dijo al fin, con voz sombría—. Una de esas chicas irá a la policía, enseñará las heridas que le habéis hecho, y estaréis bien jodidos.

Vanessa se echó a reír a carcajadas, con un inmenso desdén.

—¡Qué va, para nada! Esas putas acaban la noche demasiado aterrorizadas para decirle nada a nadie. Ya les advertimos de lo que les espera si lo hacen —exclamó, en un tono tan cantarín que a Adriana le resultó nauseabundo—. Te aseguro que después de una paliza como esa, nadie quiere arriesgarse a tener en contra para siempre a una banda de veinte personas, y más después de haber visto lo que somos capaces de hacer. Las zorras acaban apañándoselas para llegar a la carretera y volver a casa andando o haciendo autoestop, y allí se inventan una caída imposible o cualquier accidente que tenga que ver con el alcohol, algo que no sorprenda a nadie. Así, todo acaba a la perfección.

Adriana tragó saliva, asqueada y aterrorizada. Lo que más le apetecía era abofetear en la cara a aquellas cabronas insensibles, pero estaba encerrada en un coche con ellas, un coche que circulaba a toda velocidad por una carretera desierta en medio de la noche. Ni siquiera entendía como había llegado a una situación así. Pero a pesar de su miedo, de saber que estaba encerrada allí dentro con ellas, no pudo contenerse. Aquella historia le había repugnado demasiado.

-Sois unos monstruos -masculló con desprecio-. Unas brujas sin

corazón.

La expresión de Vanessa fue de verdadera sorpresa e interés. En la oscuridad del coche las tres miradas se habían vuelto hacia ella.

- —¡Eh, modera ese tono! —replicó Amanda a su espalda, con desenfado—. ¿Qué van a pensar nuestros amigos cuando te conozcan?
- —Eso, depende de nosotras que todo esta noche salga bien, y tenemos que responder por ti —protestó Vanessa, fingiendo enfado, y se volvió de nuevo hacia Adriana con expresión cruel—. ¿Qué van a pensar si descubren que la puta que les llevamos para el torneo de hoy nos ha salido rebelde?

La sangre se le congeló a Adriana en las venas. El terror que se reflejó en su cara arrancó una sonrisa a Vanessa, una sonrisa de verdadero deleite, de satisfacción, de placer. Y cuando se echó a reír, echando la cabeza hacia atrás, contra el respaldo del coche, algo dentro del pecho de Adriana se deshizo. La sensación de inmovilidad, de que no podía despegarse de su asiento desapareció, y lo único que invadió su mente en aquel momento fue la necesidad de escapar de allí, una necesidad desgarradora, salvaje, ineludible. Tenía que escapar, escapar de aquel futuro en el que la habían enredado, salir del coche como fuera.

Adriana se lanzó contra la puerta del todoterreno, buscando desesperada la maneta, sin importarle que la única solución fuera lanzarse a la cuneta desde un coche en marcha, pero Vanessa fue más rápida. Apretó a toda prisa el botón del seguro, y de nuevo estalló en carcajadas de triunfo, aún más fuertes. Adriana se volvió hacia ella furiosa, con los oídos atronados por la música y las risotadas de las tres, y antes de pensar en lo que hacía, saltó hacia delante como un resorte, y trató de agarrar el volante.

—¡Para el coche! —rugió.

Vanesa ahogó una exclamación de pavor, se apartó como pudo del empuje y se deshizo de un golpe la mano de Adriana.

—¡¿Estás loca?! —gritó, fuera de sí—. ¡Vas a hacer que nos matemos!

Pero a Adriana le daba igual, le importaba una mierda si se salían de la carretera y las cuatro se mataban, lo prefería antes que dejar que aquellas tres hijas de puta y sus amigos la torturaran toda la noche.

—¡Qué pares el puto coche! —vociferó, lanzándose de nuevo a por Vanessa, a por los mandos del todoterreno.

La chica intentó apartarse, y dio un peligroso volantazo que provocó que el coche girara bruscamente. Las ruedas chirriaron sobre el pavimento y el

vehículo se tambaleó antes de recuperar la dirección. Desde los asientos traseros llegaron gritos de horror. Vanessa golpeó con el codo, con todas sus fuerzas, tratando de alejar a Adriana, pero esta estaba fuera de sí, y se lanzó de nuevo a por los mandos sin apenas notar el golpe.

—¡Sujetadla! —bramó Vanessa, histérica—. ¡Cógela, Amanda! ¡Va a matarnos!

De repente los brazos de Amanda aparecieron por los laterales del asiento y agarraron a Adriana, aplastándola contra el respaldo.

—¡Puta asquerosa! —escupió Amanda, hundiéndole los dedos en los brazos.

Adriana se revolvió como una anguila, arañando, pataleando, gritando de furia. Vanessa trataba de recuperar el control del coche.

—¡Cuidado, Vanessa! —gimoteó Miriam.

El coche volvió a tambalearse, amenazando con volcar, pero la chica consiguió devolverlo a su carril.

—¡Te voy a matar, puta! —chilló, escupiendo de la ira.

Adriana se sacudió, clavando las uñas en los brazos de Amanda, furiosa, desesperada, y al fin consiguió soltarse. Se lanzó de nuevo a por Vanessa, con la mirada clavada en sus manos aferradas al volante, cuando de pronto una luz la deslumbró. Era una luz intensa, blanca, una luz que se interponía en su camino y que creció de forma imparable en cuestión de un segundo. Y de repente le sobrevino el impacto. Un impacto tremendo, seguido de un estruendo ensordecedor, que estuvo a punto de estrellarla contra los mandos del coche. Y al instante un tirón desde su espalda, el del cinturón de seguridad, que la devolvió contra el asiento, hacia atrás y hacia la derecha. Su cabeza se precipitó contra el cristal de la ventanilla, y todo desapareció.

Adriana apartó la frente de la mampara, con el corazón a mil por hora, y ahogó una exclamación. Una pátina de sudor frío le cubría la frente, y su monitor había comenzado a pitar a toda a prisa. Con los ojos como platos, volvió a observar a la chica que dormía en el box frente al suyo, y que de pronto veía como a una persona completamente diferente.

Apenas podía creerlo. Después de todo lo que había pasado en aquel coche, había sido otro conductor el que había provocado que tuvieran un accidente. Un borracho que se cruzó con ellas por casualidad y que no podría ni imaginarse lo que se había desatado en aquel todoterreno. Ni él ni nadie.

Sudando como si acabara de correr una maratón, Adriana apoyó las manos temblorosas sobre la mampara y se volvió hacia el box contrario. Hacía solo unos minutos había pensado que aquel tipo con el que chocaron de frente era un jodido hijo de puta, un cabrón, y lo había odiado por cruzarse en su camino. Pero ahora... ahora casi tenía que darle las gracias. No tenía ni idea de que hubiera podido pasar si no se hubieran topado con él. Solo de pensar en esa posibilidad, un escalofrío le recorría la espalda. Y al volver a mirar a Vanessa, con ese aspecto débil, desvalido y lamentable sobre aquella cama, su odio y su rencor cambiaban rápidamente de objetivo. Aunque ahora estaban salpicados de algo diferente. De una sensación que se parecía bastante al alivio.

—¡Maldita sea! ¿Qué haces fuera de la cama? —tronó una voz, y Adriana dio tal respingo que estuvo a punto de caer al suelo.

Se giró de sopetón y descubrió entrando en la habitación, al mismo médico que la había atendido al despertar, sofocado y furioso, como si no pudiera creerse lo que estaba viendo. Ella se había quedado tan sobrecogida que no pudo ni responder.

- —¿Adónde crees que vas? ¡No puedes levantarte de la cama! ¡Estás en cuidados intensivos! —gritó el médico entrando a zancadas en el box, pero antes de que pudiera obligarla a volver a la cama, la barbilla de Adriana comenzó a temblar descontrolada, y sus ojos se empañaron.
- —Ahora me acuerdo, doctor —musitó, con voz temblorosa—. Ya me acuerdo de todo.

El médico se detuvo a un par de pasos de ella, sorprendido y dubitativo. Frunció el ceño, y la observó con desconfianza.

—¿Has recordado el accidente? —preguntó, con cautela—. ¿Ya te acuerdas de lo que pasó antes de que llegaras aquí?

Adriana asintió, y tragó saliva. El médico pareció reflexionar un instante. Aún parecía bastante enfadado, pero acabó encogiéndose de hombros, como si quisiera restar peso a la situación.

—Bueno, eso es una buena noticia... —comentó, en tono conciliador.

Adriana había vuelto la cabeza hacia el box de Vanessa, y volvió a observarla durante unos instantes, mientras los ojos se le humedecían aún más.

—Y ahora... ahora no sé qué voy a hacer —dijo más para sí misma que para nadie más.

Y tras tragar saliva de nuevo y contener un sollozo, se volvió hacia el médico.

—¿Qué debo hacer ahora, doctor? —preguntó, desesperada.

El médico pareció dudar, observó el gesto compungido de Adriana, y después la ventana del box desde la que se podía ver a la otra chica, aún dormida. Después suspiró y negó con la cabeza, antes de dirigirse de nuevo a ella:

—Ayer por la noche volviste a nacer —declaró con gravedad—. Si yo fuera tú, lo celebraría como si fuera mi cumpleaños.

## Pólvora y basura

—¡Leah, espera! —gritaba Blanca mientras correteaba calle adelante—. ¡No corras tanto!

La perra había comenzado a alejarse, y a tirar de la correa, y mi hijita se apresuraba a alcanzarla, con ese trote torpe y descoordinado que tienen los niños a los seis años. Yo me mantenía detrás, sujetando la correa de la perra, y cuidando de que la pequeña no se alejase demasiado de mí.

—¡Blanca, ten cuidado! —la llamé—. No te vayas muy lejos.

La niña se giró hacia mí, haciendo volar en el aire sus suaves bucles castaños, y me observó con sus enormes y dulces ojos. Se debatía entre obedecer a su padre o seguir persiguiendo a la perra, pero finalmente optó por lo primero y redujo el paso para dejar que yo la alcanzara. Delante de nosotros la perra se detuvo también, como si notase que nos quedábamos atrás, y acompasó su paso al nuestro.

Aquel era mi momento favorito de la jornada. Todas las noches después de cenar, sacaba a Leah, la mascota de la familia, a dar el último paseo del día, y mi hija Blanca siempre me acompañaba. No importaba que fuera tarde, que tuviera sueño o que hiciera muchísimo frío, ella siempre insistía en acompañarnos antes de que la enviásemos a dormir. Le encantaba pasar tiempo conmigo, y no había nada en el mundo que me hiciera más feliz.

La calle por la que paseábamos estaba completamente desierta y silenciosa. Se trataba de un barrio viejo de la periferia, bastante hecho polvo, y nadie que se preciase seguía por la calle a esas horas, a no ser que quisiera verse metido en problemas o ser el protagonista de las habladurías de los vecinos. Pero yo no le tenía miedo; trabajaba en él, vivía en él y sabía que no había ningún peligro para nosotros. No mientras yo estuviera allí.

- —¿Sabes qué, papá? —me preguntó Blanca, mientras yo me situaba a su lado y la cogía de la mano—. Hoy hemos hecho una cosa muy chula en el cole.
  - —¿Ah sí? —pregunté, con todo mi interés—. ¿El qué, cielo?

El viento helado soplaba de cara a nosotros, cortándonos la respiración y haciéndonos lagrimear los ojos. Blanca caminaba completamente embutida

en su abrigo de paño y la bufanda le tapaba hasta nariz. Su madre, Gloria, se hubiera quedado mucho más tranquila si aquella noche tan cruda, la niña se hubiera quedado en casa leyendo un cuento antes de dormir. Pero por nada del mundo se habría perdido Blanca uno de nuestros paseos nocturnos. Y la verdad es que sin ella no habría sido lo mismo.

- —El profe nos ha hecho pintar encima de una hoja de papel, y luego doblarla por la mitad —se explicaba Blanca—. Después la hemos separado y ha quedado un dibujo que era exactamente igual en los dos lados, y muy bonito.
  - —¡Vaya! Sí que es chulo —le contesté.
- —Sí... al profe le ha quedado precioso. Parecía la cabeza de un bicho gigante, y ha dicho que era un grillo —siguió Blanca, con la voz entrecortada por el paso—. El mío no ha quedado tan bonito... ha dicho que parecía un plato de huevos revueltos con jamón.

Me eché a reír, con todas mis ganas. Mi hija nunca dejaba de sorprenderme ni de enternecerme. Siempre conseguía desterrar todos los problemas, todos los fantasmas.

Por delante de nosotros, Leah se había detenido junto a unos cubos de basura a reventar de bolsas, y olisqueaba algo entre sus ruedas, con mucho interés.

—¡Eh, no toques eso! —le regañé, tirándole de la correa.

Como movida por un resorte, Blanca echó a correr hacia ella, repitiendo lo mismo que yo le había dicho:

—¡Leah, no! ¡Papá no quiere que comas cosas de la basura! —exclamó, mientras le echaba los dos bracitos por encima del lomo, tratando de apartarla de los contenedores.

Blanca adoraba a aquella perra. Nos la habían traído hacía menos de un año, cuando solo era un cachorro. Un viejo amigo me la regaló cuando la suya tuvo una camada, y mientras mi mujer y yo aún nos preguntábamos qué hacer con ella, Blanca apareció y se enamoró perdidamente del animal. Ya no hubo nada que hacer, y a partir de entonces Leah pasó a formar parte de la familia. La verdad es que era una perra preciosa, mestiza, pero viva, cariñosa e inteligente. Una mezcla de pastor alemán y belga, me dijo mi amigo. Quizá con algo de perro de caza. A mí me daba igual, lo importante era que Blanca la quería muchísimo, y que a los niños les viene de maravilla crecer con perros.

Suspiré, mientras veía como mi hijita volvía a alejarse con el animal. Lo cierto era que agradecía muchísimo que me hubiese acompañado aquella noche en especial. No me sentía nada bien. Como si el peso de cientos de días de trabajo me aplastase la espalda. En el fondo era normal. Pocos trabajos te afectan tanto como el de policía, sobre todo si eres uno de esos tipos que se preocupa por todo, que se siente responsable de todo lo que ocurre a su alrededor. Y yo soy uno de ellos. Tan solo llevaba unos cuantos años trabajando como policía, y seguramente no lo habría llevado tan mal, de no ser por la mierda de barrio en el que me había tocado currar.

Todos los días me las tenía que ver con un atajo de miserables, de cabrones, de mala gente. Los habitantes de aquel barrio habían perdido la batalla de sus vidas; se habían resignado, tenían trabajos de mierda, habían abandonado sus aspiraciones, su ilusión y pagaban su frustración con todo lo que pillaban. Los hombres maltrataban a sus mujeres, lo hijos pasaban de sus madres, y los bares cerraban cada noche soltando en las calles un tropel de borrachos acabados. Y mientras tanto un sinfín de trapaceros, ladrones y camellos aprovechaban el caos general para convertirse en los verdaderos dueños del barrio. ¿Y a quién le tocaba comerse toda esa mierda? A la policía, por supuesto.

Blanca había echado a correr calle abajo, a pesar de mis advertencias, y Leah brincaba a su lado, como si se desafiasen a una carrera. Solté el seguro de la correa, y dejé que la cinta se estirara varios metros para dar al animal un poco de margen para jugar con Blanca. Continué caminando tras ellas, a unos cuantos metros de distancia, con la mirada sombría.

Cuando había comenzado a trabajar en aquella zona, estaba lleno de ilusión. Realmente creía que tenía madera para aquello, y que iba a conseguir algo grande. Mejoraría la vida de todos los que habitaban aquel barrio. Limpiaría las calles y las haría seguras. Seguras para mi hijita y para todos los niños que vivían allí. A fin y al cabo tenía mucha energía y buenos compañeros con los que ocuparme de todo. Las cosas iban a mejorar. Pero apenas unos cuantos meses más tarde había empezado a comprender que aquello no iba a ser así. Que en realidad no era más que un hombre, un pobre desgraciado rodeado de un montón de malnacidos.

Las peleas en plena calle, la violencia doméstica, las denuncias a acosadores y a tipejos que se metían de todo, estaban a la orden del día. Al principio las enfrentas con ánimo, con aplomo, crees que podrás con ellas.

Pero cuando se suceden día tras día, empiezas a sentirte impotente, a comprender que ni tu presencia en el barrio ni cualquier medida que puedas tomar, va a disuadir a la gente para dejar de delinquir, para mejorar sus vidas.

Tan solo unos días antes habíamos recibido la llamada de una vecina. Se oían gritos y golpes desde la casa contigua, y se temía lo peor. Fuimos allí y nos abrió la puerta una mujer de unos cuarenta años, encorvada, con los párpados caídos, y la mirada llena de resignación. Cuando nos preguntó qué hacíamos allí, estuve seguro de que ya se imaginaba el porqué. "Nos ha llamado un vecino, ha dicho que se oían gritos, ¿están todos bien?", contesté. Detrás de la mujer, su marido, un tipo de grande y de expresión torcida, se revolvía nervioso en el recibidor. "Solo ha sido una discusión. Una discusión nada más. Los vecinos de este edificio son todos unos cotillas". En seguida me di cuenta de que la mujer tenía una sombra a la altura de la barbilla, un hematoma que debía llevar días reabsorbiéndose, con pequeñas marcas de capilares rotos. No era de aquella noche. Y por más que la observé de arriba a abajo, no encontré nada más reciente. Nada que perteneciese a aquella misma noche. Después de un par de minutos oyendo decir al matrimonio que solo había sido una bronca normal y corriente, hice la pregunta: "¿Quiere usted poner una denuncia?" La mujer abrió los ojos como platos, y por primera vez vi un ápice de miedo en ella. Miedo a mí y a mi compañero. "¿Denunciar? Yo no tengo nada que denunciar. Esto no tiene ninguna importancia".

Solo podía recordar la inmensa decepción que sentí. Mi compañero había comenzado a excusarse ya, diciendo que la policía tenía la obligación de acudir si había un aviso de violencia doméstica, aunque en muchos casos los hechos no fueran todo lo graves que se podían temer. Detrás de nosotros el marido había cruzado los brazos sobre el pecho, y resollaba como un toro, furioso contra nosotros, pero luchando por mantener la calma. Tuvimos que irnos. Y hasta el momento de cerrarnos la puerta la mujer permaneció casi inexpresiva, completamente convencida de lo que quería hacer: absolutamente nada.

La vocecita de Blanca me sacó de mi ensoñación. Se había agarrado al arnés de Leah, y jugaba a dirigirla como si fuese un vaquero llevando a su caballo hacia una aventura. Y de pronto me encontré pensando en que aquella mujer que nos recibió esa noche con un moratón a medio curar en la

mandíbula, también fue una niña hacía tiempo, y que quizá habría sido tan alegre y habría tenido la misma vitalidad que mi hijita en aquellos momentos.

Lo peor era que lo de aquella noche no había sido un caso aislado. A la comisaría del barrio llegaban muchos más avisos de violencia doméstica, normalmente por la noche, en el momento en que los maridos volvían a casa del bar de turno, con un par de copas en el cuerpo. Muchos avisos, pero casi ninguna denuncia. No podía comprenderlo. Había hablado de aquello con mi compañero un par de veces, y él intentaba quitarle importancia. En una ocasión me dijo que muchas de aquellas mujeres evitaban los conflictos para no perjudicar a sus hijos. Y yo intentaba ponerme en su piel, pensar que quizá los hijos de aquellas mujeres fueran lo único que les diera fuerzas para seguir adelante. Seguramente ellas harían cualquier cosa con tal de protegerlos, igual que yo lo haría con mi pequeña Blanca. Pero aun así me costaba entenderlo.

—¡Vamos, Leah, arre! —gritaba Blanca en medio de su juego y su vocecita resonaba en la calle desierta—. ¡Volvamos con papá!

De todas formas, ni la violencia doméstica ni las familias desestructuradas eran el problema más presente ni más acuciante en aquel barrio. Lo eran las drogas. Era cierto que el consumo de drogas siempre es altísimo, en todas partes, incluso en las más insospechadas. Pero en aquel lugar parecía un problema endémico.

Al poco de empezar a trabajar en aquella comisaría me había llegado el rumor de que una de las chicas de la zona se prostituía a cambio de drogas. No se sabía exactamente cuales, pero sí que lo que le interesaba no era el dinero, sino recibir la dosis directamente en la mano. Por desgracia no había pruebas, solo rumores, aunque tantos y tan sonados, que hasta en la comisaría se hablaba de ellos. Yo conocía a la chica, me habían dicho quién era. Una jovencita muy guapa, que siempre sonreía cuando iba por la calle, aunque su sonrisa me parecía demasiado triste, demasiado ausente como para acabar de creérmela. Parecía bastante sana, como si la vida que llevaba todavía no hubiera empezado a hacerle mella. Siempre que me la cruzaba por la calle se me encogía el estómago.

Suspiré, sintiéndome muy abatido. Siempre que la veía intentaba estar pendiente de ella, daba igual que yo estuviera de servicio o en mi tiempo libre. Trataba de encontrar en ella cualquier señal, cualquier pista, algo que

me permitiera tomar cartas en el asunto. Pero no lo encontraba, y sin pruebas no había nada que pudiera hacer, igual que la noche que fui a casa de aquella mujer con un moratón de varios días, y no encontré pruebas suficientes para detener a su marido. Esa es la condena de un policía; no basta con estar convencido de algo, sin pruebas no puedes actuar.

Blanca había vuelto hasta mí, con Leah agarrada al arnés, y reía, sofocada por la carrera.

- —¡Papá! ¿Sabes qué molaría un montón? —me preguntó, emocionada.
- —Dime, peque.
- —Que la próxima vez que nieve hagamos un trineo para ir a deslizarnos con Leah. ¡Sería muy divertido!

Sonreí, y puse una mano en su hombro.

—Cielo, Leah no podría tirar de un trineo con nosotros encima —repliqué, con dulzura—. Para eso hacen falta más perros, perros especiales, a los que entrenan para poder tirar de trineos. Ella no es lo bastante fuerte.

Blanca bajó la mirada, decepcionada.

- —Jo... me habría gustado mucho ir en trineo con ella —protestó la niña.
- —Bueno, pero ir en trineo es algo que quizá podamos hacer más adelante —la consolé—. Cuando vayamos de vacaciones a la montaña, podemos buscar un sitio donde alquilen trineos con perros tiradores, para dar un paseo.
- —Bueno —concedió Blanca, arrugando la barbilla de una forma adorable—. Eso estaría bien.
- —Claro que sí —tercié—. Lo que tienes que hacer con Leah es mimarla mucho y jugar con ella. Que para eso es una perra doméstica. ¿Vale?
- —¡Vale! —exclamó Blanca recuperando el entusiasmo, y casi al instante empezó a brincar de nuevo, en torno a su mascota.

Mientras ellas retomaban sus juegos, yo paseé la mirada por la calle en la que nos encontrábamos. A nuestro alrededor solo se veían bloques de hormigón armado, todos muy parecidos entre ellos y poco elegantes. De repente me fijé en uno de ellos. Conocía a algunas personas que vivían en él, y al recordarlas se me hizo un nudo en el pecho.

Una de las mujeres que vivían allí había perdido a su hijo. Y yo sabía por qué. Nos llamaron una tarde, para ir a un viejo edificio a las afueras del barrio, uno medio derruido y deshabitado, exceptuando algún que otro

ocupa ocasional. Una anciana que pasaba por allí nos había llamado al oír los gritos de espanto de unos chavales, y al ver movimiento a través de las ventanas del edificio. Cuando llegamos allí, la ambulancia ya estaba aparcada en la puerta, y aquello nos hizo temer lo peor; dentro de una de las habitaciones, habían encontrado a un chico sin vida, sentado en el suelo con la espalda contra una pared, y con una jeringuilla clavada en el brazo. Sus colegas lo habían encontrado así, y al verlo les había dado un ataque de pánico.

Aquella imagen nunca se me borraría de la cabeza; el médico buscándole el pulso y examinando sus ojos vacíos con una linterna, sabiendo que ya era tarde, y otro chaval hecho un ovillo en una esquina, balbuceando y llorando, como si no pudiese convencerse de que aquello era real. Pero lo era. Un chaval de apenas veinte años muerto por una sobredosis de heroína.

Me pasé la mano por la cara, frotándome los ojos, como si con aquel gesto pudiera eliminar esa imagen de mis retinas. La policía es quien debe dar una noticia semejante a la familia en esos casos, pero por suerte no fui yo quien lo hice, sino otro compañero. Y era algo que agradecía con todo mi ser; no estaba seguro de haber sido capaz de soportarlo. Sin embargo, había visto a la familia del chaval, sabía quién era su madre, y había acabado enterándome de que vivían en aquel edificio, en un piso diminuto que ahora tendría una habitación vacía.

Las manos habían empezado a temblarme, de forma muy leve, y traté de mantenerlas firmes como pude. La muerte de aquel muchacho me había hecho llegar a plantearme el abandonar mi profesión. Pero hubo algo que me detuvo a hacerlo, y fue pensar en el camello que le habría vendido la heroína al chico. Aquel cabrón sin sentimientos seguía por ahí suelto jodiéndole la vida a la gente y amasando el dinero que conseguía por las calles. Pero nosotros lo detendríamos, lo pillaríamos con las manos en la masa y lo encerraríamos. Nos aseguraríamos de que dejara de hacer daño, lo sacaríamos de circulación de un plumazo. Era por cosas como aquellas por las que no podía rendirme, por las que nunca podría renunciar a mi trabajo.

—¡Vamos, Leah, esas ovejas perdidas no van a encontrarse solas! —exclamaba Blanca, con un tono dramático, que seguramente estaría imitando de alguna de sus películas infantiles favoritas—. ¡Arre, arre,

vamos a por ellas!

Me entretuve viendo como mi hija jugaba con Leah. Como sus piececitos se separaban del asfalto en saltos irregulares. Como se agarraba al arnés de la perra y tiraba de él, incitándola a echar a correr. Como sus buclecitos color chocolate se movían al viento y sus mejillas se ensanchaban, regordetas, con cada sonrisa.

Ver a Blanca tan feliz, tan llena de vida y tan dulce, era algo que siempre me henchía de orgullo, pero en ocasiones también me encogía el corazón. Cuando veía toda su inocencia, y sus buenos sentimientos, de pronto me encontraba pensado en mi trabajo: en los maltratadores, los camellos, en toda esa gente que estaría dispuesta a joder a quien fuera, con tal de hacerse la vida más fácil. Me aterraba la idea de que mi hijita tuviera que verse envuelta en un mundo como ese. Ahora no era más que una niña, y nos tenía a su madre y a mí para cuidarla y protegerla, pero ¿qué pasaría cuando creciera? Cuando llegara el día en que empezase a ver la mierda de mundo en la que estamos metidos. Incluso aunque consiguiera tener una vida feliz, acabaría topándose con toda la miseria que nos rodeaba. ¿Seguiría siendo así de inocente conforme pasasen los años? Yo estaba seguro de que no. ¿Sería capaz de salir de una mala situación si llegaba a caer en ella? ¿O acabaría resignándose, como las mujeres que yo veía en mi trabajo?

Eran pensamientos que me dejaban sin aire, que me hacían sentir como si de pronto todo mi universo se tambalease a mis pies. Por nada del mundo pensaba dejar que mi pequeña Blanca fuese infeliz. Yo la protegería de todo lo que hiciera falta, daría mi vida por ella. Pero me angustiaba saber que un día yo ya no estaría, y ella sería una adulta, enfrentada a aquel mundo cruel y miserable. Solo podía desear con todas mis fuerzas que resistiese, que supiese salir adelante, buscar su felicidad y alejarse de la mala gente. Ojalá pudiera asegurarme de que eso fuera siempre así.

De pronto, un estruendo lejano resonó en las calles silenciosas. Blanca se detuvo de golpe, sobresaltada, y Leah alzó las orejas, y emitió un gruñido bajo, como si buscase la fuente del ruido y se preparase para el peligro.

- —¿Qué ha sido eso, papá? —preguntó Blanca, volviéndose hacia mí.
- —Tranquila, cielo, creo que solo ha sido un petardo —contesté—. Hoy hay partido de fútbol, y por aquí cerca hay bares. Habrán metido un gol y un hincha ha tirado un petardo para celebrarlo.

Blanca pareció convencida con mi explicación, y acarició el lomo de la

perra.

- —Leah se ha asustado mucho... —comentó.
- —Claro, porque los perros tienen un oído mucho más fino que el de las personas, y los ruidos muy fuertes los asustan. Que tiren un petardo es para ella como si hubiera caído una bomba —contesté, y me agaché junto a la perra para palmearle el costado—. Venga Leah, tranquila. Solo es un petardo.

La perra pareció calmarse un poco y echó andar otra vez. Seguimos adelante y doblamos una esquina, entrando en una calle algo más amplia y un poco más activa. Casi todos los locales de las plantas bajas albergaban comercios modestos, todos ellos con las verjas echadas y las luces apagadas. Lo único que seguía abierto a aquellas horas era algún que otro bar y por la calle nos llegaba el murmullo de los televisores, con el partido de futbol a todo trapo.

- —A ti no te gusta el fútbol, ¿verdad, papá? —preguntó Blanca—. A los padres de mis compañeros del cole les gusta mucho, y quedan a ver los partidos.
- —Bueno, no es que no me guste, pero me da un poco igual —contesté, encogiéndome de hombros—. Cuando era más joven quedaba a ver algún partido con mis amigos… pero ahora ya no me apetece.

Nos estábamos acercando a uno de los bares, y de pronto distinguí la silueta de una mujer en la puerta. Estaba fumando un cigarrillo y pensé que podría ser la camarera en su rato de descanso, pero al acercarnos un poco más la reconocí. Se trataba de Claudia, la hija del dueño, una chica llamativa, aunque bastante corriente, con el pelo teñido de un color rojizo muy poco natural. La conocía de haber parado a tomar algún café en el bar, cuando iba con mis compañeros de trabajo. De vez en cuando echaba una mano como camarera, aunque por lo general no le hacía falta. Era fotógrafa, y su padre, que sacaba muchísima pasta con los bares que tenía por el barrio, le había abierto un estudio de fotografía para ella solita. Y la tía no paraba de presumir de eso. Hasta yo, que la había visto tan solo unas cuantas veces me había dado cuenta.

Claudia nos vio, y su sonrisa se ensanchó al instante. A mí no me caía demasiado bien. No ya porque me pareciese una niña mimada, que restregaba a los demás un triunfo que le había llegado totalmente regalado, sino porque era una coqueta y no respetaba nada ni a nadie. Sabía que yo

estaba casado, pero cada vez que entraba en el bar me dedicaba una sonrisa cándida y una caída de pestañas a lo estrella de cine. No paraba de intentar ligar conmigo, aunque yo ya le había dado un par de cortes, y no respetaba que yo no quisiera nada con ella, ni parecía importarle lo más mínimo que ya tuviera una mujer. No me gustan esa clase de chicas, de las que no entienden que les digan que no, de las que no soportan no salirse con la suya.

—¡Vaya! Hola Manuel —dijo con voz aterciopelada y aquella sonrisa de diva tan propia de ella—. ¿Dando un paseíto?

Me acerqué hasta ella, porque sabía que no me quedaba más remedio, y Blanca me siguió, sin decir nada.

—Aquí estamos, paseando a la perra —contesté, bastante frío—. ¿Qué tal?

Claudia dio una última calada a su cigarro, y lo tiró al suelo mientras se encogía de hombros.

—Venga, no mientas, sé que has venido a verme —contestó, con picardía, y bajó la mirada hasta Blanca—. ¿Cómo es que te has traído a tu niña? Debería irse a dormir dentro de poco, ¿no? Mañana hay colegio.

Sentí como todo mi cuerpo se tensaba al instante. No quería mandarla a paseo de un plumazo, aquello habría sido bastante incómodo y Blanca no lo hubiera entendido. Pero lo que no pensaba permitir de ninguna manera, era que aquella niñata soltase cualquier cosa extraña o con doble sentido delante de mi hija. Y sabía que era muy capaz.

Me agaché hacia la niña y le di la correa de la perra.

- —Toma, cielo, sigue jugando con Leah— le pedí—. Pero no te alejes mucho, ¿eh? Yo voy enseguida.
- —Vale —contestó Blanca, encantada de poder llevar a la perra ella sola—. ¡Vamos, Leah!

La niña se alejó unos cuantos pasos, y el animal la siguió, obediente. Aquella perra era un cielo, nunca tiraba de la correa lo más mínimo cuando sabía que era Blanca la que la llevaba.

Me volví hacia Claudia y vi como observaba a mi hija, visiblemente contenta de que se alejase.

- Qué encanto, ¿eh? —comentó, con falsa cordialidad.
- —Deja a la cría en paz —le corté, sin miramientos.

Claudia no se achantó lo más mínimo. Seguía sonriendo y dio un pasito

hacia mí.

- —No seas maleducado —contestó—. ¿Qué tal te va en el trabajo?
- —Muy bien, gracias —respondí, sin molestarme en decirle la verdad. Como si a ella le importase algo—. ¿Qué tal en el tuyo?
- —Me va genial —contestó ella, claramente orgullosa—. Esta misma mañana han venido a verme de un periódico local. Han sacado fotos para hacer un anuncio de mi estudio. Estoy segura de que van a venir un montón de clientes.

Que fácil se hace todo con el dinero de papá. A los que tenemos padres normales y corrientes no nos queda más remedio que buscarnos la vida nosotros solos para ganarnos el pan.

—Me alegro —concedí, sin mucho entusiasmo.

Desde mi espalda me llegaba la vocecita de Blanca, jugando con Leah, y lo único que me apetecía era volver con ellas. Frente a mí, Claudia me observaba de arriba abajo, sin cortarse ni un pelo.

- —Pues no lo parece, la verdad —replicó ella, divertida—. Puede que yo no sea un policía de élite como tú, y no sea tan alucinante, pero estoy muy contenta con mi vida. Me encanta lo que hago.
- —Yo no soy ningún policía de élite —objeté—. Y ya te he dicho que me alegro por ti.

Claudia soltó una risita juguetona, como si todo aquello le pareciera la mar de divertido.

- —¿Y no vas a decirme, por lo menos, que me deseas suerte? Sería un detalle.
- —Tú no necesitas que te deseen suerte —comenté, con acritud—. Ya la tienes y las has tenido desde el principio. Es una gran suerte que mucha gente no tiene, el que tu familia te ayude a montar tu negocio.

"Sobre todo si te lo pagan absolutamente todo" añadí para mis adentros. En realidad, me hubiera gustado mucho decírselo. Claudia pareció algo sorprendida por mi comentario, pero enseguida recuperó su actitud desenfadada y seductora.

- —Bueno, el trabajo me da igual en este momento, hablemos de otras cosas —comentó, de forma coqueta—. Ya era hora de que vinieras a hacerme una visita. Últimamente ni siquiera te pasas a tomarte un café como hacías antes. Te echaba de menos.
  - -No empieces, Claudia -le corté de nuevo-. Si no vengo, ya sabes

por qué es.

Ella frunció el ceño, como si la hubiera ofendido, pero yo sabía que aquello no la iba a disuadir.

—No vienes a verme porque me tienes miedo —me retó, mirándome a los ojos—. Porque sabes que te gusto, y te da miedo hacer algo al respecto. ¿A qué sí?

Crucé los brazos sobre el pecho, y resoplé, harto de la situación. Tenía que acabar con aquellas pamplinas cuanto antes.

—Se te olvida que estoy casado, que me va de puta madre con mi mujer, y que no quiero nada más de nadie —respondí, de mal humor—. A lo mejor es por eso por lo que no me apetece venir a un bar, donde la camarera se dedica a tirarme los trastos delante de todo el mundo.

Claudia soltó una carcajada sarcástica, y sacudió la cabeza.

- —¿Y qué problema hay con eso? —contestó, sin abandonar ni por un segundo la sonrisa—. Yo no te estoy pidiendo que abandones a tu mujer, ni que le pidas el divorcio. Si algún día quieres hacer algo de eso yo no me opondré, claro... pero esas cosas ya las decidirás tú, cuando llegue el momento.
- —Yo no tengo que decidir nada —repliqué, marcando las palabras, con rabia contenida—. Déjame en paz de una vez. Si te gusta llevar a los tíos detrás de ti, búscate a otro que no esté casado.

Claudia abrió la boca y me observó sin dar crédito. A ninguna chica le sienta bien que la acusen de que le encanta tener a todos los tíos pendientes de ella. Por fin había empezado a molestarla, y aquello me hizo sentir mucho mejor de lo que habría esperado.

- —Estás muy equivocado. Lo único que quiero es que hagas lo que te estás muriendo de ganas de hacer —protestó—. Y sé que yo te gusto.
- —Eres tú la que se equivoca —contesté—. Tú no me gustas, así que deja de ligar conmigo de una vez y de soltarme tus frasecitas delante de la gente.

De nuevo Claudia abría la boca como un pez fuera del agua, de pura indignación.

- —¿Qué frasecitas? Yo te trato exactamente igual que a todo el mundo —replicó.
- —Eso me trae sin cuidado. Sabes a que me refiero, y desde luego, no se te ocurra volver a decir nada delante de mi hija, porque te juro que...

Un estruendo cortó mi frase. No necesité mirar para saber lo que había pasado: desde lo alto de la calle, en el bar más cercano, alguien había vuelto a tirar un petardo, a solo unos metros de nosotros. Los ladridos aterrados y enfurecidos de Leah me hicieron volverme como un resorte. Blanca sujetaba la correa de la perra con dificultad, mientras esta se tiraba hacia adelante, enloquecida, con todas sus fuerzas. La correa se le escapó a la niña de entre las manos, y esta cayó de bruces al suelo, mientras la perra salía corriendo como un rayo.

—¡Blanca! —grité, mientras corría hacia ella.

La niña se estaba levantando del suelo casi antes de que yo llegara a su lado. Suspiré de alivió al ver que no se había hecho daño, y ya iba a preguntarle si estaba bien, cuando ella alzó la mirada en dirección a la perra y soltó un grito de pánico:

—¡Leah!

Me giré, y vi como el animal corría calle arriba fuera de sí, en dirección a la explosión del petardo. Unos metros más adelante, frente a la puerta de otro bar, había un hombre solitario, sin duda el que había tirado el petardo, y la perra corría enfebrecida hacia él, arrastrando la correa tras de sí.

—¡Leah, no! —grité y eché a correr tras ella.

El tipo se había vuelto sorprendido hacia nuestras voces, y observaba a la perra que corría y ladraba hacia él, sin muestras de ningún miedo. Y de pronto, Leah, la mascota que nunca había lanzado ni un simple gruñido contra nadie, se lanzó como una loca a por el hombre que había provocado el estruendo, y que se había convertido para ella en una amenaza.

El hombre recibió a la perra con un puntapié que la envío rodando calle abajo, entre gañidos de dolor y sorpresa.

—¡No! —chillé furioso, mientras subía la calle a todo correr.

Desde mi espalda me llegaban los gritos aterrados de Blanca.

Leah se revolvió en el suelo tras la caída, se puso en pie todo lo rápido que pudo, y sin pensárselo dos veces se lanzó de nuevo a por el hombre.

—¡Leah, quieta! —le ordené, pero la perra no me hizo ningún caso.

Esta vez el tipo se apartó de un salto de la trayectoria de la perra. Esta frenó a punto de chocar con la pared del bar y el muy cerdo volvió a derribarla de una patada. Casi había llegado a su altura, y estaba preparado para lanzarme sobre él y separarlo del animal, cuando de pronto el hombre hizo algo que me detuvo en seco. Alargó una pierna y pisó con fuerza la

correa de Leah, impidiéndole escapar. La perra estaba tirada en el suelo, tratando de levantarse otra vez, cuando el hombre le puso el otro pie sobre el cuello, inmovilizándola, y evitando que se levantase. Leah profirió unos gruñidos aterradores, y se revolvió tratando de soltarse, pero el hombre la mantenía sujeta con el pie, y fue incapaz de moverse.

—¡Quieto! —bramé.

Me había detenido a unos tres metros del tipo, y no me atrevía a acercarme más por miedo a que hiciera daño al animal.

El hombre se giró hacia mí, y me observó con una mezcla de curiosidad y rabia. No parecía asustado, ni siquiera nervioso, y aquello me puso los pelos de punta.

—¡No te muevas! —le ordené, y mi voz resonó contra el asfalto de la calle vacía—. ¡Suelta a la perra!

Blanca llegó corriendo detrás de mí, todo lo rápido que le permitían sus piernecitas. La oía sollozar de puro miedo, y al llegar hasta mí se detuvo, como si entendiera el peligro que podía correr Leah si nos acercábamos. Noté como se abrazaba a mi pierna, temblando de pies a cabeza.

El hombre seguía allí parado, mirándonos, con una calma que helaba la sangre, mientras la perra empezaba a lloriquear debajo de su bota.

- —¡He dicho que la sueltes! —grité de nuevo, y la calle me devolvió el eco de mi voz.
- —Tu puto perro me ha atacado —contestó el hombre, con la voz llena de rabia y de desprecio—. ¿Por qué coño iba a soltarlo?

Sentí como las manitas de Blanca se clavaban aún más en mi pierna. Sabía que estaba muerta de miedo, y quería calmarla, pero lo único que podía hacer en aquel momento era salvar a Leah.

—Te ha atacado porque la has asustado —escupí—. Porque has tirado un petardo en plena calle.

El tipo ni siquiera se inmutó, seguía allí parado, pisando la correa con un pie y el cuello de Leah con el otro.

—¿Y qué? —contestó, con frialdad—. Me importa una mierda. Me ha atacado y puedo cargármela ahora mismo si me da la gana.

Blanca soltó un sollozo ahogado y hundió la cara en la pernera de mi pantalón. La oía balbucear con voz entrecortada.

—No, papá, papá... Leah.

Hubiera cogido a aquel hijo de puta y lo hubiera estrangulado con mis

propias manos. No quería ni imaginar lo que pasaría si aquel cabrón mataba a Leah delante de mi hijita. Le destrozaría el corazón. Aquello acabaría con su niñez de un plumazo. No podía consentirlo. No se lo permitiría. Ni por ella ni por el pobre animal.

—Si le haces daño a la perra... si no la sueltas ahora mismo —dije, con voz pausada, marcando cada palabra—. Te voy a reventar, te destrozaré la cara a golpes aquí mismo.

Blanca se envaró a mi lado. Nunca había oído a su padre hablar de aquella manera, ni siquiera lo hubiera imaginado, pero en aquellos momentos ya no importaba. El tipo siguió mirándome, sin abandonar aquella calma tan irritante, pero por un momento su cara reflejó algo de tensión. Sin duda empezaba a barajar la posibilidad de que yo fuera a darle una buena tunda. Puede que él fuera un tipo fuerte, pero yo lo era más, bastante más alto, y estaba en mejor forma. Sin duda podía hacerlo, y él lo sabía.

Leah soltó un gañido de dolor y de miedo, pero el tipo la mantuvo sujeta.

- —¡Suéltala! —bramé, perdiendo los estribos, y Blanca volvió a sollozar.
- —Me da igual, aunque te la lleves, tu perra me ha atacado —terció el hombre, con dureza—. Te denunciaré, diré que tienes un animal peligroso. Haré que sacrifiquen a tu puta perra.

De nuevo los sollozos ahogados de Blanca. Apreté los dientes, furioso. ¿Cómo habíamos podido llegar a esto? Nunca en toda mi vida hubiera imaginado nada así. Si yo hubiera tenido a la perra sujeta cuando aquel cabrón tiró el petardo, nada de eso habría pasado. Maldije a Claudia por haberme distraído, y a mí también, por haberme dejado distraer.

—No te atreverás... —mascullé, hirviendo de ira—. No te atreverás, maldito cabrón.

El hombre sonrió como un cocodrilo, con una sonrisa repugnante y llena de dientes. Sí se atrevería.

—Soy el dueño de este puto bar —contestó, señalando con la cabeza el local que tenía a su espalda—. Si le pido a cualquiera de mis parroquianos que le diga a la policía que tu perra ha intentado matarme, lo harán. Estás jodido.

Blanca seguía llorando, y apoyé mi mano en su cabeza, tratando de calmarla. Eché un vistazo al bar de aquel tipo y leí su rótulo. La Santa

Priva. Y de pronto se hizo la luz. Me eché a reír. Eran carcajadas amargas, sin alegría ninguna, pero sirvieron para que el tipo abandonara aquella maldita sonrisa, y mostrase algo de preocupación.

—¿Qué vas a ir a la policía, dices? —exclamé, entre risas, y Blanca alzó la mirada hacia mí, sorprendida por mi reacción—. ¡Yo soy policía, gilipollas!

El tipo frunció el ceño, incómodo, nervioso, pero no aflojó la presión del pie sobre mi perra.

—¿Qué el dueño de La Santa Priva se va a meter en comisaría con sus borrachos colocados a testificar contra mí? —escupí divertido—. ¡Atrévete, cabrón! No sabes las ganas que te tenemos todos en comisaría, a ti y a ese puto garito tuyo.

Lo había conseguido, había conseguido preocupar al tipo, solo tenía que ver cómo le había cambiado la cara.

—¡Lo sabemos todo de ti! —grité—. ¡Todo! Ese puto antro no es un sitio limpio. Ha habido peleas, sobredosis, ¡todo eso en tu puto bar! Sabemos que haces la vista gorda con los camellos, que les dejas vender su mierda dentro de tu local, que te importa un carajo que la gente quebrante la ley dentro. Si no te hemos echado el guante todavía es porque nos faltaban pruebas. ¡Lo único que necesito es una puta excusa para poder meterme a investigar tu local de cabo a rabo! ¡Y tú me la acabas de dar, cabrón!

El tipo tragó saliva, pude ver como su asquerosa nuez bajaba y subía, algo casi imperceptible, pero suficiente para mí. Había dado en el blanco, ya lo tenía.

—Como no sueltes a mi perra ahora mismo, como se te ocurra ir a comisaría y denunciarme... —me eché a reír de nuevo—. Bueno, lo primero es que nunca en tu vida vas a conseguir que te hagan ni puto caso. Nadie en la comisaría hará nada contra mí, ni contra mi perra. Y lo segundo...

El tipo vaciló, pude ver como se removía incómodo, y le dediqué una sonrisa torcida.

—Voy a ir a por ti, cabrón. Si se te ocurre decir lo más mínimo sobre mí, o denunciar a mi perra, voy a joderte la vida. Conseguiré que nos dejen investigar tu puto bar, no me costará nada conseguirlo. Destaparemos toda la mierda que tienes ahí dentro y haremos que te empapelen por lo que consientes en él. Voy a cerrarte el bar, pedazo de mierda. Y tú irás a la puta

cárcel, a ver si eres capaz de seguir jodiendo a todo el mundo desde allí.

El tipo apartó la mirada. Por primera vez desde que nos habíamos topado con él, no pudo seguir mirándome a la cara. Con un gesto casi imperceptible apartó el pie del cuello de Leah y después dio un paso atrás, liberando la correa. La perra se levantó del suelo como un rayo y echó a correr despavorida, en nuestra dirección. Blanca soltó una exclamación de alivio y yo me agaché para recibir al animal. En cuanto la tuve frente a mí recogí la correa, y después levanté la mirada de nuevo hacia el tipo. Este se había dado media vuelta y entraba de nuevo en su bar. No volvió a girarse y desapareció tras la puerta. Suspiré de alivio. No se atrevería a nada, estaba seguro.

Centré mi atención en la perra de nuevo, y la examiné como pude para ver si tenía algún daño. Mientras yo le revisaba el cuello y la cabeza, Blanca seguía sollozando, sin parar, mientras con sus manitas se agarraba a Leah con todas sus fuerzas, acariciándola, estrujándola, como si no pudiera creer que volvía a tenerla entre los brazos.

Me pareció que la perra tenía un buen hematoma en el costado, que se le estaba empezando a hinchar, pero no parecía nada grave, como mucho tendría un par de costillas rotas. Tampoco parecía tener ninguna lesión en el cuello, respiraba y tragaba sin problemas. Tan solo tenía una mancha roja en un ojo, seguramente porque se le habría reventado algún capilar de la tensión acumulada. Nada grave, pero al día siguiente la llevaría al veterinario, por si acaso.

- —Papá, Leah... —sollozó Blanca, preocupada.
- —Tranquila, cariño, Leah está bien —declaré.
- —Pero tiene sangre en el ojo.
- —Eso no es nada, se le ha roto una venita del esfuerzo de la pelea, no es grave. Se le curará solo.

Sin poder evitarlo, alcé de nuevo la mirada hacia el bar. Casi podía sentir la odiosa mirada de aquel hombre clavada en nosotros, a pesar de haberse metido ya en el local. Aunque lo único que quería hacer era calmar a mi hija, no podía quedarme ni un segundo más en aquel lugar.

—¡Vámonos, Blanca! —ordené—. ¡Vámonos de aquí, cielo!

Me puse en pie, cogí la mano de Blanca y la correa de Leah, di media vuelta y eché a andar a paso ligero, alejándome de allí. Mientras bajábamos la calle reparé en que todo seguía igual de silencioso, igual de vacío. Nadie

había acudido a los gritos de la pelea, nadie había intentado prestar algo de ayuda. Y, aun así, estaba seguro de que decenas de ojos se habrían asomado a las ventanas, para intentar enterarse de lo que pasaba. Me sentía asqueado. Sólo quería volver a casa.

Al llegar frente al bar donde antes estaba Claudia, me acordé de pronto de ella. Había desaparecido de allí, como si nunca hubiese estado. Imaginé que habría vuelto a entrar al local, que en aquellos momentos tenía la puerta cerrada. Me preguntaba si habría visto parte de la discusión, o si se habría hecho a un lado nada más empezar los problemas. Eso hubiera sido muy típico de ella.

Reanudé el paso con más energía, con la perra trotando a mi lado, todavía nerviosa, y con Blanca tratando a duras penas de seguirme el ritmo. Y fue entonces cuando me di cuenta de que mi hija seguía llorando. Sollozaba entrecortadamente, hipando y sorbiéndose la nariz. De pronto me sentí un miserable. Estaba tan nervioso por el enfrentamiento, tan desesperado por largarme de aquel lugar que ni siquiera me había dado cuenta de que mi niña todavía estaba asustada, de que haría falta algo más que recuperar a Leah para calmarla.

Me agaché al instante, para ponerme a su altura, y puse una mano en su hombro.

—Blanca, cielo, tranquila —murmuré, tratando de sonar amable—. Ya ha pasado todo cielo, ya está. Ya no tienes que tener miedo.

Blanca continuaba llorando, con la carita gordezuela cubierta de lágrimas y mocos. Leah se plantó a su lado, como si notase que algo iba mal y trató de darle un lametazo, pero la aparté. Me metí la mano en el bolsillo, saqué un pañuelo de papel y le limpié la cara.

- —Cariño, por favor... deja de llorar, todo está bien —insistí.
- —Pero, papá —sollozó Leah—. Ese hombre, ese hombre...
- —Ese hombre ya se ha ido, Blanca. No nos hará nada malo —la tranquilicé.
  - —He tenido mucho miedo, papá... —reconoció Blanca, entre lágrimas.

Suspiré, abatido, y la abracé intentado calmarla. Ella hundió la cara en mi chaqueta y me abrazó con fuerza.

Me sentía fatal por todo aquello. Blanca no solo se había asustado por aquel maldito tipejo, también había pasado miedo por mi culpa. Yo había insultado a aquel hombre, le había amenazado de todas las formas que se me habían ocurrido, y ningún niño de seis años está preparado para ver a su padre haciendo algo así. Y aún había algo peor. Yo había hecho lo que ningún policía debe hacer jamás. Había abusado de mi autoridad, de mi poder. Había utilizado mi posición para amedrentar a aquel tipo, le había amenazado con usar mi influencia para vengarme. Si yo no hubiera sido agente de policía, el encontronazo de aquella noche podría haber acabado muy mal. Y aunque era cierto que aquel tipo se lo merecía, y que yo había actuado por una buena razón, para evitar que matara a Leah e hiciera daño a mi hija, aquello era algo que había jurado no hacer jamás, desde el mismo día en que salí de la academia. No sabía cómo responder a aquello. Nunca había creído que el fin justificara los medios, aunque ahora sentía que así era.

—Papá... —musitó Blanca, apartando la cara de mi pecho—. Si ese hombre... si ese hombre hace daño a Leah... si hace que la sacrifiquen...

Y rompió a llorar con más fuerza.

- —¡Ese hombre no le hará nada a Leah, Blanca! —insistí—. No se atreverá, ya has visto que se ha ido. No puede hacer nada, aunque lo intentara no se lo permitiríamos...
- —¡Yo no quiero que hagan daño a Leah! —exclamó Blanca, entre sollozos, y se tapó la cara con las manos.

Apreté ligeramente sus hombros, tratando de infundirle confianza, y después cogí una de sus manitas y la puse sobre el lomo de la perra, que no se había movido de nuestro lado ni un segundo.

—Blanca, escúchame —le pedí, con calma—. Yo no voy a permitir que nadie haga daño a Leah. Nunca. Y tampoco permitiré que nadie que te haga daño a ti. Ya has visto lo que ha pasado esta noche. Siento haberte asustado cariño, pero entiende esto al menos: yo habría hecho lo que fuera por protegeros.

Blanca alzó la mirada, todavía rebosante de lágrimas, observándome con atención.

—Eso es lo que hacen los papás por sus hijas. Yo nunca dejaré que nadie te haga nada malo, y mamá tampoco. En el mundo siempre hay gente mala, gente a la que no le importa hacer daño a los demás, por eso hay que tener tanto cuidado. Pero no tienes que tener miedo, porque nos tienes a nosotros. Y nosotros te cuidaremos, y estaremos siempre a tu lado cuando nos necesites. ¿Lo entiendes?

La niña se secó las lágrimas con el dorso de la mano, y asintió lentamente.

—Pues ahora, quiero que te tranquilices, que no llores más y que le hagas unos cuantos mimos a Leah, que la pobre se ha asustado mucho —le pedí—. Y ahora mismo nos vamos a casa a descansar, ¿de acuerdo?

Blanca se sonó la nariz y terminó de secarse las lágrimas con la manga de la chaqueta, con determinación.

—Sí, papá —declaró.

No pude contener la sonrisa. Mi hija siempre conseguía hacerme sonreír, incluso en noches horribles como aquella.

La niña dio un par de palmadas sobre la cabecita de la perra, y exclamó:

—¡Venga, Leah, vamos a casa!

La cogí de la mano y eché a andar de nuevo, alejándonos de allí. Mientras sentía la pequeña manita de Blanca dentro de la mía, no pude evitar recordar aquello de que es la muerte del primer perro familiar lo que acaba con la infancia de los niños. Pero eso para Blanca aún estaba muy lejos.

Suspiré, sintiéndome más seguro de mí mismo, más confiado. Puede que el mundo fuese un lugar cruel, duro y temible, y que un día mi hijita tendría que enfrentarse a todo aquello. Pero mientras yo estuviera en el mundo, mientras me quedasen fuerzas, lucharía por mantener toda esa podredumbre alejada de ella.

## Puerta cerrada

Me llamo Atila. Soy un gato. Soy todo negro y parezco una pantera. Lo sé porque Gaby lo dijo una vez. Ahora vivo con una mujer, que se llama Helena. O Tía Helena, como Gaby solía llamarla. Me gusta Tía Helena, porque es buena conmigo, me da comida, agua y siempre que me ve, me acaricia el lomo. Ahora somos de la misma familia. La aprecio bastante, pero en realidad, mi humana favorita es Gaby; siempre ha sido Gaby. Durante un tiempo viví con Gaby y nos hicimos de la misma familia, y entonces todo era genial. La vida era perfecta. Pero ahora vivo con Tía Helena. No es que esté mal vivir con ella, pero no es lo mismo.

\*\*\*

Yo nací junto con otros cuatro hermanos, en una casa en la que no he vuelto a estar nunca. Apenas la recuerdo. En la casa había otros humanos, y así fue como me acostumbré a ellos, y a su manera de hablar. Puedo entender a los humanos bastante bien, igual que a los otros gatos, porque escuché sus palabras desde que nací. Así es como se aprende a entender un idioma, después de todo. Aunque a veces dicen cosas muy raras que no comprendo del todo, o hablan demasiado rápido como para que pueda seguirlos, pero por lo general, me desenvuelvo bien entre ellos.

Apenas recuerdo a los humanos de aquella casa, como tampoco recuerdo casi a mis hermanos o a mi madre, porque cuando era muy pequeño, Tía Helena vino a buscarme. Me metió en un cesto y me llevo a su casa. Y un poco más tarde Gaby vino a por mí. Era una chica joven, más joven que Tía Helena, con mucho pelo colgando de la cabeza y la piel blanquita y lisa, y cuando me vio, abrió mucho los ojos y la boca y dijo:

—¡Es una monada!

Tía Helena parecía muy contenta.

—¿Te gusta? Le pedí a mi amiga que me reservara el mejor para ti. El más espabilado y el más guapo.

Gaby se acercó, me enseñó su mano para que la olisqueara y después me acarició el lomo.

—Es adorable. Me encantan los gatos que son todo negros. Parece una pantera pequeñita.

Yo no sé bien que es una pantera, ni lo sabía entonces, pero me gustó la manera en que Gaby lo dijo, como si fuera algo muy bueno, y me sentí bien.

- —Estoy segura de que os llevareis estupendamente —dijo Tía Helena—. ¿Ya has pensado un nombre para él?
  - —Sí, se llamará Atila —dijo Gaby, emocionada.

Me gustó ese nombre. No sabía si significaría alguna cosa, pero sonaba muy bien cuando Gaby lo decía, y me pareció un buen nombre para mí: Atila.

Entonces Gaby volvió a acariciarme, y de pronto me di cuenta de que ella me gustaba. Como si fuera perfecta para mí. Me cayó bien desde el primer momento.

Gaby me metió otra vez en el cesto de Tía Helena y me llevó a una casa nueva. Era un piso pequeño, y bastante apartado del suelo, y desde ese momento viví con ella. La verdad es que todo en Gaby me encantaba. Era muy cariñosa, me gustaba el tono de su voz cuando me hablaba, su manera de acariciarme el lomo y rascarme las mejillas, y sobre todo su olor. Tenía un olor estupendo, dulce, no sabría explicarlo. A veces huelo a manzanas y me parece que huele a ella. Ese era su olor, a manzanas asadas, a calorcito, a suavidad. Me encantaba.

Durante mucho tiempo viví en su casa y nos convertimos en una familia. Ella me trataba genial, me daba buena comida y agua fresca, y por las noches se acostaba en una cama muy grande y blandita, y dejaba que yo me tumbara en su barriga para dormir con ella. Y entonces me rascaba detrás de las orejas hasta que me quedaba dormido. Era genial. No conocía a muchos otros humanos por aquel entonces, pero deseaba que todos fueran tan buenos, tan dulces como Gaby.

La casa en la que ella vivía se convirtió en nuestro territorio, el de la familia, y todas las cosas olían a nosotros, al olor de Gaby, de manzanas asadas, y al mío, que no sé muy bien a que huele. Y cuando algo no olía lo suficiente a nosotros, yo me restregaba por encima hasta que se quedaba bien impregnado de nuestro olor. Todo iba como debía ir.

Con el tiempo me acostumbré a las cosas que hacía Gaby, y eso que algunas de ellas eran muy raras. Solía pasarse mucho tiempo delante de un

cacharro que ella llamaba ordenador, y cuando yo me acercaba para ver que estaba haciendo con él, me decía:

—No me incordies, que estoy trabajando.

No sé muy bien en qué consistía eso de trabajar, pero a Gaby debía gustarle mucho, porque se pasaba horas y horas haciéndolo sin parar. A veces también se iba de nuestro piso durante un buen rato, y aunque al principio me ponía algo nervioso cuando la veía marcharse, acabé descubriendo que ella siempre volvía. Y cuando volvía me acariciaba el lomo frente a la puerta y me preguntaba:

—¿Me has echado de menos?

Claro, pensaba yo, ¿es que no se daba cuenta de que cuando se iba me aburría como un tonto? Pero no podía hacérselo saber, porque aunque se lo dijera, ella nunca me entendía. Yo a ella sí, pero ella a mí no, para que luego los humanos se crean tan listos.

También tenía una costumbre bastante repugnante, que yo odiaba con todas mis fuerzas. A veces sacaba unos palitos de una caja pequeña, prendía un extremo con una llamita, y aspiraba por el otro. Luego soltaba por la boca una nubecita de un humo denso, que olía a rayos. Yo no soportaba que lo hiciera, y eso que siempre que lo hacía abría una ventana, y gesticulaba mucho con la mano para espantar el humo negro que ella misma escupía.

—No te acerques —me decía—. El tabaco huele muy mal.

No hubiera hecho falta que me lo dijera; siempre que prendía aquellos palitos que ella llamaba tabaco, yo me escondía debajo de la cama para estar lo más lejos posible de aquel hedor. Y luego a Gaby se le quedaba ese apestoso olor durante un rato, que era algo que yo detestaba. Menos mal que aún se podía percibir su propio olor por debajo de aquella peste.

La verdad es que en nuestra casa se vivía genial. Mi parte favorita era el balcón, que tenía unas ventanas gigantescas, desde las que se veía toda la calle. Me gustaba sentarme en el brazo del sillón, debajo de aquellas ventanas y vigilar desde allí el mundo exterior. Cualquier gato que se precie debe vigilar su territorio y el de su familia. A veces, cuando Gaby me veía allí sentado, frente a la ventana, me decía:

—Eso, tú vigila bien la casa, no sea que nos ataquen.

Y se echaba a reír. Pues claro. No sé quién, según Gaby, podría habernos atacado en nuestro territorio, pero yo siempre dedicaba algún ratito del día a vigilar. Por si acaso.

Y lo mejor de todo era que, de vez en cuando, Gaby abría la puertecita del balcón para que yo pudiera salir a dar una vuelta fuera.

—Adelante —me dijo el primer día que lo hizo—. Ya sé que los gatos sois muy callejeros, y que necesitáis daros una vuelta de vez en cuando. Pero pórtate bien y no te hagas daño ¿vale?

Me encantaba salir a dar una vuelta cada poco tiempo, explorar otros territorios fuera del mío, y desde el balcón de Gaby era muy fácil echarse a explorar. El edifico de al lado era más bajo que el nuestro, y su tejado solo estaba a unos palmos por encima de nuestro balcón. Solo tenía que dar un saltito, y ya estaba en los tejados. Y por allí podía darme una vuelta, tomar el sol sobre las tejas, y vigilar la calle desde bien alto. A veces me cruzaba con otros gatos, pero no acababan de gustarme. Todos eran muy celosos de su territorio, desconfiados y un poco agresivos, y enseguida descubrí que me sentía mucho más cómodo entre humanos que entre gatos. Y por eso volvía siempre al cabo de un rato de paseo, saltaba al balcón y de ahí a casa con Gaby. Nunca hubiera dejado nuestro hogar, ni a ella, por nada en el mundo.

\*\*\*

Aunque el piso de Gaby era nuestro territorio, y el de nadie más, a veces otra gente venía a nuestra casa y se quedaba un rato. Gaby lo llamaba visitas, y parecía que le gustaban mucho. Normalmente no había gran problema con las visitas; siempre solían ser la propia Tía Helena, o las amigas de Gaby, que eran en general bastante majas, hasta que un día llegó un humano que no me gustó nada.

Era un hombre muy alto y muy grande, mucho más alto y más grande que Gaby. Tenía cara de mal humor, no sonreía como hacían los demás humanos a los que yo conocía y tenía una forma rara de andar, arrastrando los pies, como con pesadez, y mirando a todas partes con los ojos entornados, como con malas intenciones. Gaby fue a saludarlo, con un abrazo y un beso, como si ella no notase nada sospechoso en él, y yo también me acerqué, para conocerle.

Pero cuando el tipo me vio, dio un pisotón en el suelo, que me hizo dar un respingo del susto y gritó:

—¡Fus! ¡Fuera, gato!

Me calló fatal, al instante.

- —¡Eh, no le hables así al pobre! —le regañó Gaby, siempre tan buena—. Lo vas a asustar.
- —¡Bah, estos bichos son estúpidos y egoístas! —replicó el hombre, con una voz muy desagradable—. No sé por qué te molestas en mantener a uno.

Gaby parecía muy preocupada por el comentario.

—¿No te gustan los gatos? —preguntó.

El hombre negó con la cabeza, con firmeza.

—No, a mí me gustan los perros —contestó—. Esos por lo menos te hacen caso y te quieren. Los gatos no quieren a nadie.

Aquello me ofendió muchísimo. ¿Cómo no iba a querer a Gaby si éramos de la misma familia? Ella me daba de comer y dormía todas las noches conmigo. Era él quien no parecía querer a nadie.

Le cogí tanta manía a aquel hombre, que casi no soportaba estar en la misma habitación que él. Venía a casa varias veces por semana, y aquello me ponía nervioso y de mal humor. Gaby en cambio parecía muy contenta cuando él llegaba a casa, y daba la impresión de que le quería mucho. Yo no lo aguantaba.

Por suerte, Gaby se dio cuenta en seguida de que a mí no me gustaba ese hombre, igual que yo no le gustaba a él, y siempre que él venía me dejaba la puerta del balcón abierta, para que pudiera irme cuando quisiera. Y yo aprovechaba para largarme por los tejados y no volvía hasta que el hombre ya se había marchado.

A veces cuando volvía a casa con Gaby, ella apestaba al olor de aquel tipo, y eso me cabreaba muchísimo. ¡Ese hombre no era de la familia! No podía mezclar su olor con el nuestro. Por eso, nada más llegar tenía que darle a Gaby unos buenos restregones, hasta que el olor del hombre desaparecía y solo quedaba el nuestro. Ella me acariciaba entonces, distraída, y comentaba, más para sí misma que para mí:

—No os lleváis nada bien... ¿a qué no?

Y no le faltaba razón, pero yo no podía hacer mucho más. Hay cosas que no se le pueden pedir a un gato.

Con el paso de tiempo, el hombre empezó a venir a casa más y más a menudo. En cuanto le veía aparecer por la puerta, saltaba al balcón y me largaba del piso. Y una vez en los tejados, deambulaba, enfadado, y le daba vueltas y más vueltas a aquello. No entendía por qué me sentía así, por qué

no me gustaba nada aquel humano. No me había pasado con nadie más, ni siquiera con las amigas de Gaby, que, aunque agradables, eran muy pesadas, y siempre que llegaban a casa se lanzaban a por mí, hablando con voces muy agudas y sobándome sin parar. Yo trataba de tolerarlas y ser simpático con ellas, porque parecían buenas y Gaby las quería, pero al final acababan agobiándome tanto que tenía que apartarme, y subir al mueble más alto de la casa para que me dejaran tranquilo. Aún desde allí seguían hablándome con sus voces agudas, y llamándome para que bajara con ellas, pero yo me quedaba allí un buen rato, vigilándolas hasta que se tranquilizaban o se marchaban.

Pero con aquel hombre era diferente. No solo porque él no fuera amable conmigo, sino porque tampoco me gustaba como se comportaba con Gaby. No me gustaba como le hablaba, ni como la miraba, ni como la tocaba. No me parecía cariñoso, sino agresivo y desconfiado, como los gatos que veía por los tejados, celoso de algo que no comprendía bien qué era. Y no entendía por qué ella dejaba entrar en nuestro territorio a alguien tan hostil. Ni siquiera parecía darse cuenta de ello.

Uno de aquellos días vino a visitarnos Tía Helena. Yo siempre me alegraba mucho de verla, e iba a saludarla a la puerta, y entonces ella me acariciaba el lomo y la cabeza, y me decía que había crecido mucho y que estaba muy guapo. Mientras se sentaban en el sofá a beber de unas tazas, yo me tumbaba a sus pies y escuchaba su charla sin prestar demasiada atención.

Y de pronto Tía Helena arrugó la frente, y dijo:

—No me gusta nada ese hombre. Lo siento, pero no creo que sea bueno para ti, Gaby. ¿Estás segura de lo que haces?

Aquello me alegró mucho. Por lo menos Tía Helena pensaba lo mismo que yo de aquel hombre. Ya solo faltaba que Gaby se diera cuenta. Pero ella sacudió la cabeza, disgustada.

—Es una buena persona, Tía, no es tan malo como piensas. Confía en mí.

Tía Helena, bajó la mirada y arrugó aún más la frente.

- —No lo sé... a mí no me lo parece. Solo espero que sepas lo que haces.
- —Sé lo que hago. De verdad.

Me enfadé tanto que me levanté de la alfombra y salí de la habitación. No entendía porque Gaby no podía ver lo que los demás veíamos. Solo esperaba que llegara a darse cuenta con el tiempo.

Y hubo un día en el que pensé que el problema por fin se había solucionado. Fue una tarde en la que volvía de dar una vuelta por los tejados. Había salido para alejarme del hombre, y esperaba que él ya se hubiera marchado, pero cuando puse las patas sobre el tejado contiguo a nuestra casa, oí gritos. En seguida reconocí la voz del hombre, y también la de Gaby. Los dos estaban discutiendo en nuestra casa. Salté al balcón con el pelo erizado del susto, y entré corriendo en el salón para ver qué pasaba. Gaby y el hombre estaban gritando frente a la puerta de entrada, y de pronto este se fue, dando un fuerte portazo al salir. De nuevo se hizo el silencio. Gaby se había quedado sola junto a la puerta de casa, sin decir nada, y entonces volvió al salón, se sentó en el sofá, e hizo algo que yo nunca había visto antes.

Empezó a respirar muy rápido, de forma entrecortada, mientras le caían gotas de agua de los ojos, y se le deslizaban por la cara. No sabía que estaba haciendo, solo que parecía muy triste. Eso sí podía sentirlo. Salté al sofá junto a ella, y le acaricié el brazo con mi cabeza, intentando distraerla.

—No debería llorar por esto... —dijo Gaby, con una voz rarísima, pastosa, como si tuviera la boca llena de comida a medio masticar.

No estaba seguro de qué significaba aquello de llorar, solo que pasaba cuando ella estaba triste, y que parecía algo muy malo. Subí a su regazo, tratando de consolarla, pero solo conseguí que ella me acariciara mientras lloraba sin parar, durante un buen rato.

Después de aquello, pasaron unos cuantos días sin que el hombre volviera por casa. Yo aún temía que apareciera de repente, que sonara el timbre y Gaby fuera a recibirlo a la puerta. Pero eso no pasaba. Yo no sabía muy bien qué era lo que había sucedido la tarde anterior, cuando los encontré gritando y el hombre se marchó, pero empezaba a pensar que tal vez las cosas hubieran cambiado desde entonces, que Gaby al fin se habría dado cuenta de que aquel hombre no era bueno, y ya no querría tenerlo en nuestro territorio. Al fin las cosas empezaban a ir a mejor.

Volví a pasarme los días pegado a Gaby, sentado sobre ella mientras veía la tele, o acurrucado a su lado cuando trabajaba en su ordenador. Ya no me sentía nervioso, ni temía que el hombre fuera a aparecer de repente, y que yo tuviera que marcharme. Y también Gaby parecía sentirse mejor. Todo era perfecto otra vez.

Una de aquellas tardes, mientras me encontraba tumbado al sol, frente a las ventanas del balcón, se oyó el sonido del timbre. Di un respingo, pensando que podría ser el hombre, que había vuelto de nuevo, pero cuando Gaby fue a abrir la puerta, comprobé con alivió que se trataba de otra visita. El humano que apareció en nuestra casa era alguien nuevo, a quien yo no había visto nunca. Era otro hombre, pero no se parecía nada al que solía venir antes. Este tenía una mirada más limpia, y sonreía, igual que solía hacer Gaby. Sus pasos también eran más vivos y alegres, y cuando me vio, su sonrisa se hizo más grande mientras se inclinaba sobre el suelo, hacia mí.

—Eh, hola —dijo mientras me tendía una mano para que la olfateara—. ¿Quién es este pequeñajo tan guapo?

Gaby sonreía también, y parecía contenta, así que decidí acercarme a conocerlo.

- —Es Atila, mi mejor amigo —dijo ella—. Creo que le has caído bien.
- —A mí también me cae bien —dijo el nuevo hombre, que parecía tan contento como Gaby—. Me encantan los gatos.

Olisqueé un poco su mano, y me dio la sensación de que era un buen tipo. No me importaba que fuera nuestro invitado, así que acaricié su mano con mi cabeza, en señal de bienvenida. Ojalá todas las visitas fueran así de agradables.

Gaby se sentó junto al hombre en el sofá, igual que hacía en las visitas de Tía Helena, y yo me coloqué en el sillón más cercano, vigilándolos de cerca. Quería asegurarme de que aquel tipo era tan bueno como parecía y no tan malo como el anterior. Pero lo cierto era que todo en él me gustaba. Su forma de mirar, de hablar y de moverse; parecía alguien amable y simpático.

Gaby y el hombre nuevo siguieron hablando durante muchísimo rato, cada uno con una taza entre las manos, y yo me fui relajando hasta quedarme medio dormido. Al fin, los dos se levantaron del sofá y fueron hacia la puerta de entrada, dando por terminada la visita. Yo les seguí, y entonces el hombre nuevo dijo a Gaby:

—¿Cómo estás? ¿Te sientes mejor?

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí, me siento genial. Gracias.

Y entonces Gaby le dio un abrazo a aquel hombre nuevo, un abrazo largo y amistoso, y pareció mucho más feliz que cuando abrazaba al

hombre anterior. Entonces el tipo se marchó y yo pensé que no me importaría que volviera a vernos cuando quisiera.

Al día siguiente vino de visita Tía Helena, y después de darme los mimos correspondientes, se sentó de nuevo en el sofá con una taza en la mano, frente a Gaby. Parecía más contenta, igual que yo.

—Creo que estás haciendo lo correcto, cielo —le dijo—. Todo irá mucho mejor a partir de ahora, ya lo verás.

Me sentía tan bien, que salté sobre el regazo de Tía Helena, dispuesto a mostrarle lo de acuerdo que estaba con ella.

- —Vaya, hola, Atila —dijo Tía Helena, rascándome detrás de las orejas, y después se volvió a hacia Gaby, algo preocupada de repente—. No sé si haces bien dejando que el gato salga a la calle. Podría pasarle algo malo.
- —No te preocupes, Tía —dijo Gaby sin perder la sonrisa—. Atila es muy bueno y muy sensato, no le pasará nada. Lo dejo salir de vez en cuando porque no quiero que se agobie viviendo en un piso tan pequeño.

Tía Helena no parecía muy contenta con la respuesta.

- —Pero, ¿y si un día no vuelve? —insistió—. Recuerda que yo tuve un gato al que dejaba salir de casa, y un día ya no volvió. No sabes lo mal que me sentí por ello.
- —Ya lo sé, Tía, pero no creo que eso me pase con Atila —contestó Gaby, tranquila—. Si él es feliz conmigo, volverá siempre a casa, es así de sencillo.

Claro que sí. Gaby me comprendía tan bien... No sabía quién sería aquel gato del que hablaba Tía Helena, ni tampoco por qué habría decidido no volver a casa, pero yo no era como él. Jamás en la vida me separaría de Gaby.

\*\*\*

Todo iba como la seda. Empezaba el buen tiempo y Gaby abría las ventanas todas las noches para refrescar la casa con la brisa nocturna. Una de aquellas noches estaba sentado bajo el balcón, jugando con las cortinas movidas por el aire, cuando de pronto sonó el timbre. Yo no me inmuté. Imaginaba que sería Tía Helena otra vez, o quizá aquel tipo tan agradable que había venido hacía unos cuantos días. Por eso me sobresalté tanto cuando, desde el otro lado de la puerta, me llegó la voz del hombre. Del

primero de todos, del que creí que ya se había marchado para siempre.

Allí estaba, en el recibidor de casa, y en un segundo había entrado al salón, como una tromba, imparable. Me sentía tan decepcionado que apenas podía reaccionar. En otra ocasión hubiera saltado al balcón y me hubiera largado por los tejados para no estar cerca de él, pero aquella noche algo me detuvo: el hombre entraba en casa gritando, como nunca antes lo había hecho, y gritaba aún más que aquel día que lo descubrí discutiendo al llegar al balcón, cuando él ya se marchaba. Y gritaba a Gaby, contra Gaby, mientras la señalaba con el dedo y sacudía mucho los brazos, con furia. Nunca había visto a nadie tan hostil y agresivo, y sentí que el pelo del lomo y de la cola se me erizaba de miedo. Gaby también parecía tan asustada y sorprendida como yo. Se encogía bajo los gritos del hombre, y trataba de defenderse con palabras, como podía, y también levantando la voz.

Me había quedado petrificado de terror. Quería que aquello acabara, pero no sabía cuál era la manera de pararlo. El hombre avanzaba y Gaby retrocedía, mucho más pequeña, mucho más débil.

Yo trataba como buenamente podía de entender lo que estaban diciendo, pero hablaban tan rápido, tan enfadados y tan alto que me costaba seguir una sola de sus frases. Sin embargo, notaba que estaban repitiendo todo el rato las mismas cosas, y de vez en cuando comprendía algún retazo suelto de la discusión.

—¡Ese cabrón, ese puto cabrón! —gritaba el hombre, con voz terrible, y también—. ¡Sé que ha estado aquí, sé que ha estado aquí!

Y algunas palabras de Gaby, ahogadas por el vozarrón del hombre.

—¡Estás loco! —gritaba— ¡No puedes hacer esto! —y también—: ¡Es solo un amigo, solo un amigo!

De pronto el hombre se lanzó contra Gaby y la empujó con sus dos manazas enormes. Ella trastabilló y cayó hacia atrás golpeándose la espalda contra la pared, con un ruido sordo. Algo despertó dentro de mí, algo que nunca antes había sentido, una rabia tremenda, una ira insoportable. ¡Nadie podía hacer daño a Gaby, ella era mi familia! Arqueé el lomo todo lo que pude, mientras el pelo de mi cuerpo se erizaba aún más, y salté hacia adelante, hacia ellos, tratando de ponerme en medio de Gaby y el hombre, y soltando el gruñido más estridente, ronco y amenazador de toda mi vida. ¡No toques a Gaby!

El hombre pareció desconcertado durante un segundo, y después furioso.

—¡Puto gato! —bramó, mientras me lanzaba una patada.

Traté de esquivarla como pude, pero no lo conseguí. Su pie me alcanzó y me levantó del suelo, lanzándome por el aire hasta que choqué con la pared más cercana. Sentí un dolor punzante en el costado, y todo a mi alrededor empezó a dar vueltas.

—¡No! —gritó Gaby con voz desgarrada—. ¡Atila, Atila! ¡Vete! ¡Sal de aquí!

El hombre se volvió hacia mí, caminando a grandes zancadas, dispuesto a acabar conmigo, y yo reaccioné. Me levanté del suelo como un rayo y salté para alejarme de él. La puertecilla del balcón estaba abierta y me precipité hacia allí. El hombre venía detrás de mí, y yo me encaramé sobre la barandilla del balcón y me lancé a la calle, aterrorizado. Nunca antes había dado ese salto, ni me había atrevido a lanzarme desde tanta altura. Lo hice sin pensar, por puro instinto de supervivencia, porque sentía la muerte extendiendo su mano a mi espalda para atraparme.

Caí sobre mis patas, y eché a correr como alma que lleva el diablo, atemorizado, desesperado. Corrí junto al estruendo de los coches, por entre las piernas de humanos desconocidos, entre exclamaciones y gritos, temiendo que el hombre me persiguiese todavía, temblando de miedo.

Solo al cabo de unos minutos me sentí lo bastante tranquilo como para dejar de correr. Me detuve en una callejuela vacía y traté de recuperar el aliento. El hombre no me seguía. Yo estaba a salvo, pero había alguien que no lo estaba, y esa realidad se impuso rápidamente sobre mi terror. ¡Gaby! Tenía que volver con ella, tenía que regresar a casa ya mismo.

En ese momento me di cuenta de que no sabía dónde estaba. Nunca me había alejado tanto de casa, ni me había movido en otro medio que no fueran los tejados y azoteas. Recurrí a mi olfato para tratar de desandar mis pasos, y empecé a caminar en sentido contrario, mientras mi corazón y mis nervios trataban de calmarse. La calle me aterrorizaba, todo eran ruidos y humanos hostiles, así que en cuanto tuve oportunidad trepé por la fachada de un edificio hasta volver de nuevo a los tejados, seguros y tranquilos. Allí encontré rápidamente mi propio rastro, el de todas las veces que había paseado por aquellos tejados, y me encaminé rápidamente hacia casa.

Cuando llegué a nuestra calle, vi que todo se había vuelto un caos. Las aceras estaban llenas de gente, y varios coches gigantescos cortaban el paso, parados delante del portal de nuestro edificio, con unas luces brillantes

girando y deslumbrando en todas direcciones, y un ruido agudo e hiriente tronando por toda la calle, que parecía provenir de ellos. Me sentí tan impresionado, que apenas me atrevía a moverme del tejado en el que me encontraba. Jamás había visto semejantes cosas en nuestra calle. Nunca. Traté de reunir el ánimo suficiente como para acercarme a nuestro edificio y saltar el balcón. Pero al hacerlo me llevé una sorpresa increíble. La puerta del balcón estaba cerrada, y las cortinas echadas. Me quedé allí plantado como un tonto, sin entender nada. Aquella puerta nunca estaba cerrada, Gaby siempre la dejaba abierta cuando yo me iba, para que pudiera volver cuando me diera la gana. ¿Qué demonios estaba pasando allí? Intenté asomarme al interior de la casa, por si Gaby me veía y se acordaba de abrirme la puerta. Pero con las cortinas cerradas no podía ver nada. Percibía movimiento dentro de la casa, y supuse que serían Gaby y aquel hombre horrible. Pero nadie acudía para abrirme la puerta del balcón, así que tendría que intentar otras opciones.

Bajé de nuevo a la calle, y me aventuré entre el gentío que se había congregado frente a nuestro edificio. Nadie parecía reparar en mí, mientras me deslizaba entre la gente. Entonces me di cuenta de que el portal del edificio estaba abierto y recordé que Gaby y yo habíamos pasado por ahí un par de veces, cuando ella me sacaba metido dentro de mi cesta para llevarme al veterinario. Sabía que a través de aquella puerta podía llegar también a casa, así que entré corriendo en el portal, y subí las escaleras. Al llegar a nuestro rellano casi no pude creerme la suerte que tenía: ¡la puerta de nuestra casa estaba abierta! El problema era que no solo nuestra puerta lo estaba, sino también todas las demás puertas del rellano, y por todo aquel espacio se amontonaban unos cuantos humanos, todos desconocidos. Hablaban entre ellos, todos a la vez, y me pareció que alguna mujer incluso lloraba. Era tan extraño... siempre que había pasado por allí todo estaba vacío y silencioso. En mitad de la puerta de nuestra casa se encontraban un par de hombres, vestidos con ropa amarilla chillona, y no me dejaban ver lo que ocurría en el interior.

Me acerqué con cuidado, intentando entrar en nuestra casa, pero cuando ya casi lo había conseguido, uno de los hombres de amarillo chillón me descubrió, y dio un respingo.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí? ¡Fuera!

El hombre dio un golpe con el pie en el suelo, como si amenazara con

pisarme, y yo estaba tan asustado que retrocedí de un salto hasta el inicio de las escaleras. Entonces, una de las mujeres que estaba asomada al rellano, desde una de aquellas puertas, se llevó las manos a la boca, y exclamó:

—¡No, déjelo en paz! ¡Es el gato de la chica!

El hombre de amarillo chillón no pareció hacerle ningún caso, a pesar de que la mujer parecía muy triste, y su voz sonaba como si tuviera agua dentro de la boca.

Yo me quedé allí parado, durante unos segundos, esperando a que todos se olvidaran de mí, antes de volver a intentar entrar. Poco después empecé a andar hacia la puerta, agazapado y sin hacer ruido. Necesitaba entrar en casa cuanto antes y ver a Gaby. Pero cuando estaba a un par de pasos del marco, el hombre de amarillo volvió a descubrirme.

—¡Que te vayas! —exclamó, pateando el suelo—. ¡Fuera de aquí!

Después de la patada que me había llevado un rato antes, aquello era demasiado para mí. Eché a correr escaleras abajo, con la cola erizada, y no paré hasta encontrarme de nuevo en la calle. Allí seguían los coches, el estruendo y la gente. Me senté sobre la acera y traté de pensar con claridad. No conseguiría entrar en casa hasta que toda aquella gente se hubiera marchado, así que lo único que podía hacer era esperar. Y eso hice, me situé en la acera de enfrente, vigilando el portal de nuestro edificio, y esperando a que esos hombres de amarillo se marcharan, o bien a que Gaby apareciera por allí y me descubriera. Al fin y al cabo, ella solía entrar y salir de casa, tal vez no tardase demasiado en hacerlo de nuevo.

Y allí me quedé, durante un buen rato, hasta que los hombres de amarillo se marcharon y cerraron el portal tras de sí, pero Gaby seguía sin aparecer. Los enormes coches con luces hirientes y ruidos aterradores se marcharon, y la gente también empezó a volver a sus casas, primero unos cuantos, y luego todos los demás. Pasaron las horas, pero yo seguía allí sentado, en la acera de enfrente, vigilando nuestra casa y esperando. ¿A dónde podía ir? Si no conseguía entrar por el balcón ni por la puerta, no podía volver a casa. Solo me quedaba esperar a Gaby. En algún momento tendría que volver a aparecer.

No sé cuánto tiempo estuve allí, solo sé que el sol volvió a salir y que después empezó a descender otra vez, que yo tenía un hambre atroz, y que no comprendía por qué Gaby no aparecía. Esperaba que en cualquier momento saliese a abrir la puerta del balcón. Entonces me vería y bajaría

corriendo a buscarme.

Cuando caía la noche, Tía Helena apareció en la calle. Andaba a toda prisa, y estaba llorando, igual que lloraba Gaby la noche en que discutió con el hombre y este se largó. Nunca la había visto así de nerviosa, ni así de triste. Y de pronto Tía Helena me vio, soltó una exclamación y se cubrió la cara con las manos. Cruzó la calle, hasta llegar a donde yo estaba y me cogió en brazos, mientras decía:

—¡Dios mío! ¡Atila! ¡Pobrecito Atila!

Estaba tan cansado, tan hambriento y tan desconcertado que la dejé hacer. Tía Helena me estrujó entre sus brazos y me puso el pelo pegajoso de lágrimas y mocos. Y después echó a andar calle adelante, conmigo en brazos, y aunque yo no quería separarme de la casa que compartía con Gaby, porque aún esperaba que ella apareciera, estaba tan abatido que la dejé que me llevara. Y así fue como Tía Helena me trajo de nuevo a su casa.

\*\*\*

Desde ese día no he vuelto a ver a Gaby. Ni siquiera comprendo por qué. Desde entonces vivo en casa de Tía Helena. Lo cierto es que cuando ella me dio de comer, y me preparó una camita caliente para dormir, me sentí más animado, y pensé que tal vez Gaby volviera a casa de Tía Helena a buscarme, como había hecho una vez, hacía ya mucho, cuando yo solo era un cachorro. Pero los días pasaban y Gaby no aparecía.

Lo cierto es que la casa de Tía Helena se convirtió en mi nuevo territorio, y ella en mi nueva familia, simplemente por obligación, porque pasaba el tiempo, y yo seguía allí. No es que Tía Helena no me tratase bien. Ella también me daba de comer, y me servía agua en abundancia, y me acariciaba el lomo, pero no era lo mismo. Yo echaba de menos a Gaby, echaba de menos su olor a manzana, sus manos suavecitas acariciándome, su voz dulce diciéndome lo mucho que me quería, y su barriga calentita a la hora de dormir. También echaba de menos nuestra casa, compartir mi territorio con ella, y que todo oliera a nosotros, que ella estuviera impregnada de mi olor, y yo del suyo. Ese era mi sitio, y ella era mi familia. Nada podía ser igual.

Desde que vivo con Tía Helena, ella llora mucho, varias veces al día, y a

veces, mientras llora, dice el nombre de Gaby. Creo que ella también la echa de menos, igual que yo. Y en esos momentos pienso que no sé a qué espera Gaby para volver con nosotros, para hacer una visita a Tía Helena y luego llevarme con ella a casa.

No es que la vida con Tía Helena esté mal, pero hay algo que no me gusta de ella, y es que no puedo salir a la calle. Tía Helena no deja nunca una ventana abierta, para que pueda ir y venir a mis anchas, como hacía Gaby. Ya sé que a ella no le gusta que los gatos salgamos de casa, que le da miedo que no volvamos, pero a mí me encantaría poder salir. Creo que si saliera intentaría volver a la casa que compartía con Gaby. Subiría el balcón para ver si ella ya se ha dado cuenta de abrirlo, y si no, me sentaría de nuevo frente a la puerta, a esperar a que volviera.

En fin, supongo que un gato no puede hacer mucho más de lo que yo hago en mi situación. Mientras vivo con Tía Helena trato de acostumbrarme a mi nuevo hogar y a mi nueva familia. Todos los días me siento frente a la ventana a vigilar nuestro territorio, cuando Tía Helena llega a casa voy a saludarla con un buen restregón, y por las noches me tumbo a su lado en la cama para darle calorcito. Y si llora, la dejo que me acaricie hasta que se le pasa. Pero de todas formas sigo soñando con que Gaby vuelva.

Algunas noches, me siento a vigilar frente a la ventana, antes de que Tía Helena cierre las cortinas, y mientras me quedo medio dormido, imagino que Gaby aparece. Llega por la esquina de la calle y con ella me llega su olor a manzanas asadas, a calorcito y a suavidad. Lleva mi cesta en la mano, lista para meterme dentro y devolverme a casa: a tomar el sol en el balcón, a sentarme en su regazo mientras ve la tele, y a acurrucarme junto a su ordenador mientras trabaja. Y cuando levanta la vista hacia la ventana y me ve, está sonriendo, está contenta, feliz, como solía estarlo siempre. A veces lo imagino con tanta intensidad que casi parece real. Pero nunca sucede. A pesar de todo, yo lo deseo tanto que cada atardecer me siento junto a la ventana, y así sigo noche tras noche: vigilando y esperando.

## El escondite

La noche que fui a casa de Max, estaba tan nerviosa que creí que acabaría estrellando el coche en cualquier esquina. Más que nerviosa, me sentía histérica, al borde de un ataque de nervios. Y eso que ya había tenido uno, no mucho antes.

Por un momento me planteé no coger el coche, e ir andando hasta su casa. Después de todo, las manos me temblaban tanto que el simple hecho de abrir la portezuela, se convertía en una hazaña. Pero Max vivía muy lejos, y aunque sabía que estaría toda la noche despierto (siempre lo estaba) y que no se movería de su casa, sentía una urgencia tremenda por verle cuanto antes. Así que respiré hondo un par de veces, lo suficiente para ser capaz de meter la llave en la cerradura del coche, y tan pronto como me senté al volante salí quemando rueda hacia su casa.

Era un sábado por la noche, lo que quería decir que la ciudad estaba a rebosar de gente de marcha y a nadie le sorprendió demasiado ver un coche circulando a toda velocidad. Y tuve mucha suerte de no toparme con ningún coche patrulla, porque sin duda me habrían hecho parar, y si me hubieran visto en ese estado de nervios, no me hubiesen dejado continuar.

En diez minutos había llegado al barrio de Max, un suburbio lleno de enormes torres de edificios, la mayoría de ellos construidos en un anticuado estilo decimonónico, llenos de ventanas con volutas y balcones con columnillas. Resultaba casi ridículo, porque los habitantes de aquel barrio no tenían nada de la elegancia o el estilo de los edificios en los que se pasaban la vida. Todo lo contrario, aquella zona se había convertido en una barriada de mala muerte, y lo único que podían encontrarse allí eran apartamentos viejos, pequeños y hechos polvo, donde vivían los más desfavorecidos, y esa clase de gente que quiere pasar lo más desapercibida posible.

Max vivía en uno de los edificios más altos de todo el barrio, en una pequeña buhardilla. Encontré aparcamiento a unos pocos metros de la puerta, junto a un bar grasiento de perritos calientes, y una vez en tierra, eché a correr a toda prisa hacia allí. Otra noche diferente, mi cabeza me

hubiera reprochado una y otra vez que aquello era una malísima idea, que lo peor que podía hacer, no importaba en qué situación me encontrase, era ir a ver a Max a su casa. Pero aquella noche no era capaz de pensarlo; simplemente mi conciencia se había quedado muda. Estaba tan angustiada que, ¿qué importaba ya? Aunque aquello no fuese a traerme nada bueno, sentía que ya no podía afectarme. Y sabía que aquella noche nada ni nadie que no fuera Max conseguiría que me calmase.

Me detuve junto a su puerta y apreté con determinación el botón del telefonillo. El corazón me martilleaba en el pecho mientras esperaba, un segundo, dos segundos, y al fin oí la voz de Max, metálica y distorsionada por el altavoz.

—¿Sí?

—Soy yo.

Esa estúpida frase, con tan poca lógica que, por alguna razón, sirve para que cualquiera te abra la puerta de su casa. Salté dentro del portal tan pronto como sonó el timbre y me subí al viejo ascensor de rejas y puertas de madera. Odiaba aquel ascensor con toda el alma, y no me fiaba un pelo de él, pero el edificio era demasiado alto como para animarme a subir las escaleras. Jugarme la vida en aquella caja me daba mucha menos pereza. Pulsé el botón del último piso y una vez arriba me encontré en un pequeño descansillo con una sola puerta. Y esa puerta ya estaba abierta, y con Max esperándome en ella, apoyado en el marco.

Al verme me sonrío, como hacía siempre, como si no hubiera ningún problema y todo estuviera bien.

—Hola, brujita, pasa —me dijo con su voz profunda, y algo rasgada.

Siempre me llamaba así, porque nos habíamos conocido en una fiesta de disfraces, a la que fui disfrazada de bruja. La siguiente noche que nos vimos me dijo: "Tú eres la brujita de la fiesta" y a partir de entonces me llamó siempre así. Además, él solía decir que yo tenía algo extraño, especial, que era capaz de atrapar la atención de la gente de una manera sorprendente, y que era tan perceptiva que a veces parecía cosa de brujería. Yo no le hacía demasiado caso, pero, aunque odiase reconocerlo, todavía me saltaba el corazón en el pecho cuando me llamaba así.

- —Hola, Max —musité, tratando de sonar lo más tranquila posible, y él se hizo a un lado para dejarme entrar en su casa.
  - -Has llegado aquí en un suspiro -comentó él, mientras cerraba la

puerta tras de sí y se colocaba a mi lado—. ¡Estás hecha un torbellino!

Max estaba guapísimo aquella noche, como siempre; la cara ovalada, los ojos color avellana, vivos y audaces, el pelo rubio ceniza, lo suficientemente largo para estorbarle en la nuca, y aquella cuidada perilla suya, que le daba un toque que me encantaba.

- —Espero no estar molestando —le dije. Quería quitarme lo más desagradable de aquella conversación cuanto antes—. Ya sé que es sábado por la noche, y que la gente suele tener planes.
- —¡Ah, no te preocupes, brujita! ¡Ningún problema! —replicó él y se encogió de hombros, con desenfado—. Salí con un amigo a un concierto, pero no se encontraba bien y en cuanto acabó la última canción nos fuimos. Además, son más de las tres, ya va siendo tarde —y me hizo un gesto con la mano hacia el interior de su casa—. Ponte cómoda.

La buhardilla de Max era genial, aunque muy extraña. De forma bastante irregular, unos cuantos sofás y sillones, una mesilla y un televisor formaban una especie de sala de estar en el centro. A la izquierda se encontraba la cocina, contigua al resto de la casa, y una pequeña puerta que daba al cuarto de baño. Pero el dormitorio, en el lado derecho, era sin duda lo más curioso de todo: se accedía a él por unos cuantos escalones, y allí se encontraba la cama, medio escondida por una pared que dibujaba un pequeño recodo en la casa. Una mesita de noche y un armario empotrado en el rincón completaba el dormitorio. Es lo malo que tienen las buhardillas, que el espacio se adapta al remate del edificio, aunque también es lo que les da su encanto.

Me dirigí hacia el sofá y me senté en el hueco en el que siempre solía hacerlo. Mientras Max fue derecho a la cocina, seguramente a por dos cervezas, como hacía siempre que tenía visita.

- Sé que ha sido algo raro, pero... me alegro de que hayas podido quedar conmigo esta noche —insistí—. Te agradezco que me invitaras a venir tan tarde.
- —No es ninguna molestia, mi brujita, ya lo sabes —replicó Max a mi espalda. El ruido de la puerta de su nevera al cerrarse me indicó que, en efecto, había ido a por cervezas—. Soy tu amigo, y estoy para ti cuando quieras.

Sabía que aquello no era cierto, que esa clase de cosas nunca son ciertas, por más que se repitan una y otra vez, pero aquella noche quería creer que

lo era, aunque solo fuese por unas horas.

- —Gracias —musité.
- —No me las des —contestó él, mientras colocaba dos latas de cerveza en la mesilla de café, frente a mí—. De momento dime solo si vas a querer hierba, y cuánta querrás.

Me revolví incómoda en mi asiento, mientras él se sentaba en el sofá a mi lado, y se ponía cómodo. Sabía que aquella pregunta llegaría en algún momento de la noche, que sería inevitable, pero detestaba escucharla. Suspiré.

- —No había venido por eso, pero...
- —Ya lo sé, nena —contestó Max, en un tono más amable, mientras abría su lata de cerveza. Se comportaba como si aquel tema fuera lo más normal del mundo, y para él lo era, en realidad—. Pero por si las moscas.
- —Supongo que sí, que te compraré lo de siempre —contesté, y al instante me sentí la persona más miserable del mundo.

La hierba solo me había complicado las cosas aquella noche. Un par de días atrás me había prometido a mí misma que no volvería a fumar, y aun así allí estaba, comprando otra vez y nada menos que a Max.

Mientras yo me encogía en el sofá, él dio un trago a su cerveza y se giró levemente para colocarse frente a mí.

—Luego te daré lo que quieras, pero de momento relajémonos un poco —me dijo y arrugó el ceño mientras dejaba de nuevo la lata sobre la mesa—. La verdad es que antes me has preocupado mucho. Ni siquiera sabía qué te pasaba, estabas tan nerviosa que apenas entendía lo que me decías.

De nuevo me sentí horriblemente incómoda. A pesar de todo, el tono de Max no era acusador. Rara vez lo era. Que un tipo que se dedica a traficar con toda clase de drogas te juzgue, no es algo que tenga mucho sentido. Y además sabía que tarde o temprano tendría que explicarme por mi arrebato de aquella noche.

—No sabía si sería buena idea llamarte... pero no tenía muchas más opciones. Necesitaba hablar, y no había ninguna otra persona que fuera a escucharme sin hacer preguntas, ni juicios de valor —contesté, sombría.

Max continuaba mirándome, con atención, aunque su mirada rara vez se prolongaba demasiado tiempo sobre los demás. Él no era, en ningún caso, un tipo inquisitivo.

—Pero yo nunca te había visto así. Estabas fuera de ti, tenías un ataque de nervios —señaló.

Yo traté de mantenerle la mirada, pero no fui capaz, así que me arrellané en el sofá, como si aquella conversación no me afectase en absoluto, tratando de disimular lo mal que me sentía.

- —Lo siento... —contesté.
- —No lo sientas, lo importante es que entiendas que no puedes ponerte así. No es bueno para ti —respondió Max con calma, pero con seriedad. Se me hacía raro hablar con él de esa manera. Nuestras conversaciones pasadas nunca habían sido tan solemnes—. Y ahora explícame un poco a qué venía ese ataque, porque con lo nerviosa que estabas al teléfono, no me he enterado bien de todo.

Suspiré de nuevo, sintiéndome sin fuerzas para aquello. Necesitaba hablar con Max y desahogarme, pero no sabía que podría opinar él del asunto.

- —Mis amigos me han sacado de quicio —declaré—. Había quedado con ellos, como cualquier noche de sábado, para tomar unas copas y relajarnos.
- —El alcohol te sienta fatal, brujita... —replicó Max, negando con la cabeza, como si todo aquello fuera un chiste sin gracia.

Ignoré su comentario y seguí hablando:

- —Pero ellos estaban de mala leche conmigo, y han empezado a atosigarme y a darme el sermón por el incidente del otro día en el trabajo.
  - —¿Qué incidente? —preguntó Max.

Ahora era yo la que fruncía el ceño.

- —Te dije que había tenido un problema en el trabajo, ¿no te acuerdas? —contesté—. Me mandaste el típico mensaje de "¿Qué tal te va todo?", y te dije que me había pasado algo en el trabajo.
- —Sí, bueno, pero no me contaste mucho más sobre qué pasó —replicó él—. ¿Me lo contarás ahora?

Tomé aire, como si aquel gesto pudiera darme fuerzas para contar algo tan difícil.

—Fue esta semana, después de la hora del descanso —empecé—. Ya sabes que en la tienda hacemos descansos por turnos para almorzar y fumar un cigarrillo. Bueno, yo salí en el descanso con Vicente, uno de mis compañeros, y él me dijo que le apetecía fumarse un porro. Yo tenía algo de hierba en el bolso, y le dije que de acuerdo.

Max me escuchaba sin apartar los ojos de mí, con la cabeza apoyada en la mano, acomodado contra el respaldo del sofá. No había nada en su mirada que me indicara qué opinaba de lo que le estaba contando, si me comprendía, o si me estaba juzgando.

—Nos fuimos a la parte de atrás del centro comercial, donde sabemos que no hay cámaras y rara vez pasa alguien, y nos liamos el porro. Estuvimos fumando unos minutos, charlando relajados y riendo, y de pronto nos dimos cuenta de que se nos había pasado la hora de volver.

Tuve que hacer una pausa, porque empezaba a faltarme el aliento, pero Max seguía esperando a que terminara la historia, sin inmutarse.

- —Nos levantamos corriendo y volvimos a la tienda. Ya sabes que la hierba que fumamos apenas tenía olor, y había sido un porro bastante ligero, así que no esperábamos tener ningún problema... Vicente y yo ya habíamos fumado algunas otras veces en los descansos y nunca pasaba nada... Pero al entrar en la tienda me di cuenta de que algo iba mal. Empecé a marearme de golpe, los oídos me pitaban y la visión se me iba oscureciendo por momentos.
- —¿Y estás segura de que no fumaste demasiado? —preguntó Max, en tono neutro.
- —¡Claro que estoy segura! —protesté, molesta—. Ya te digo que solo nos fumamos un porro y que no lo cargamos mucho. Y además, había fumado de esa hierba otras veces, y nunca me había pasado nada como eso. Y Vicente había fumado tanto como yo y se encontraba bien. Creo que me bajó la tensión. Supongo que sería por levantarme de golpe y echar a correr, o por pasar de repente de la calle a la tienda, que siempre tiene la calefacción a tope... El caso es que me mareé muchísimo, en cuestión de segundos, y ningún compañero se dio cuenta. Traté de buscar a alguien cerca que me ayudara, o un lugar donde sentarme, pero antes de conseguirlo me desmayé en mitad de la tienda.

Max esbozó una mueca, una mezcla de sorpresa y fastidio.

—Menuda putada.

Yo suspiré de nuevo, y bajé la cabeza, dándole la razón.

—Se montó un revuelo increíble en la tienda. Cuando me desperté tenía a todo el personal y a los clientes encima de mí, más sorprendidos y curiosos que preocupados. Y lo que más me asustó fue ver la cara de Jorge, el encargado.

—Pero, ¿ese tipo no era amigo tuyo? —preguntó Max, extrañado—. Que yo sepa, decías que tu jefe era un tío de puta madre, y que a veces quedabais a tomar una cerveza después del trabajo.

Aparté la mirada, sintiéndome fatal.

—Sí, Jorge y yo nos llevamos muy bien. Y a veces en la tienda hay rumores de que estamos liados, pero no es verdad. Solo somos amigos, y él sigue siendo mi jefe. Por eso me asusté tanto cuando le vi con aquella cara de decepción.

Max asintió, con calma, pero no dijo nada.

- —Cuando me encontré un poco mejor, Jorge me ayudó a levantarme y me llevó al almacén. Allí me preguntó qué me pasaba, y me di cuenta de que lo sabía todo. No sé por qué, quizá vio algo que le hizo darse cuenta, o tal vez Vicente se asustara tanto que se lo contara aparte, mientras yo estaba inconsciente. El caso es que me pegó la bronca, y lo peor es que sonaba más decepcionado que enfadado, que habría sido lo normal. Era como si no solo estuviera cabreado como jefe, sino también como amigo. Pensé que me iba a despedir, casi estaba preparada para que me lo dijera.
  - —¿Y no te despidió? —preguntó Max.

Negué con la cabeza, y me pasé una mano por la frente, avergonzada.

—No, no lo hizo... aunque me lo merecía. Me dijo que no quería que pasará nunca más algo como eso... que él sabía que yo fumaba porros, pero que no tenía ni idea de que lo hiciera en horario de trabajo... Tenía razón en todo. Casi prefería que me despidiera, porque me sentía la persona más miserable del mundo. Y además sabía que aquello afectaría a nuestra amistad. Pero lo peor fue que aquella tarde, al salir del trabajo con los demás compañeros, las chicas la tomaron conmigo.

Max arrugó las cejas de nuevo, sorprendido.

—¿Tus compañeras de trabajo se mosquearon? ¿Y por qué exactamente? ¿Por qué llegaras fumada al trabajo o por qué no te despidieran?

Resoplé agotada, y casi me dieron ganas de echarme a reír.

—Pues en teoría estaban enfadadas porque me hubiera fumado un porro en horario de trabajo, pero en realidad lo que les jodía era que Jorge no me hubiera despedido. Enseguida empezaron a decir que si me había pasado por alto aquello era porque yo me lo follaba, y porque era una enchufada de mierda, y que no era justo.

Max se echó a reír, con unas carcajadas socarronas muy propias de él,

pero sin demasiada alegría.

- —¡Que compañeras tan majas tienes! —replicó—. Si llegas a tirarte al jefe de verdad, quizá te hubieran linchado.
- —¡Ya te digo! Discutí con ellas, les dije que aquello no era cierto, y que no tenían derecho a juzgarme así —exclamé, y me apoyé las manos en las sienes, como si con ello pudiera aliviar el estrés que sentía—. Al final tuvimos una bronca de la hostia. Acabé mandándolas a la mierda, y yéndome a casa más enfadada que una hidra. Y desde entonces hemos tenido un mal rollo tremendo en el trabajo.
- Entiendo, pero, ¿qué tiene que ver todo eso con tus amigos?preguntó Max, mientras cogía de nuevo su lata de cerveza.

Esbocé una sonrisa torcida, como si todo aquello fuera una broma de mal gusto. En realidad, para mí lo era.

- —Ellos solo le han puesto la guinda al pastel... —rezongué—. Después de lo que me pasó en el trabajo, y de todo el disgusto que me llevé con la reacción de Jorge y de mis compañeras, llamé a uno de ellos y le conté todo lo que me había pasado. Solo necesitaba desahogarme...
- —Ya, deja que adivine, ¿tu colega te echó la bronca? —replicó Max con sorna.
- —No, en ese momento solo me escuchó y me dijo que todo iría bien —respondí, cabreada—. Pero al parecer mi colega se lo contó a todos los demás, y hoy, cuando me he encontrado con ellos en un bar, todos me miraban con mala cara, y cuando he querido darme cuenta, estaban redirigiendo todo lo que decíamos para echarme la bronca —tuve que hacer una pausa porque empezaba a faltarme el aire, y respiré hondo un par de veces—. Han empezado a decirme que ese comportamiento no era el de una persona adulta. Que me estaba pasando con la marihuana. Que tenía que cortar si no quería acabar siendo una fracasada patética…

Max suspiró y sacudió la cabeza con desaprobación.

—Bueno, tus amigos siempre han tenido mucho complejo de jueces supremos... —replicó—. No me parece bien que se porten así, ya lo sabes, la opinión se da cuando te la piden.

Asentí con pesadez. Tenía la garganta seca y alargué la mano hacia la lata de cerveza que Max me había traído.

—Mira, yo nunca voy a decirte cosas como esas, yo no puedo decirle a la gente lo que tiene que hacer —siguió él, con voz desapasionada,

totalmente neutra. En ocasiones como aquella sonaba como el anciano sabio de una tribu—. Es posible que te hayas pasado un poco con la hierba últimamente, pero eres tú quien tiene que decidir eso, y también si vas a hacer algo al respecto o no. Ya eres mayorcita para saber lo que haces.

Abrí la lata de cerveza y le di un trago largo. Las palabras de Max no me sorprendían, sabía que esa era su manera de pensar y de actuar.

—Lo que más me ha jodido es que de pronto han empezado a opinar también sobre Jorge —declaré—. En un momento dado uno de ellos ha dicho que le extrañaba que no me hubiera echado del trabajo, que él en su lugar lo habría hecho... y entonces me han dejado caer si no sería verdad eso de que me lo estaba tirando.

Resoplé, indignada, y cuando me di cuenta estaba apretando la lata entre los dedos.

—Y entonces me puse furiosa, les grité, les dije que no tenían derecho a juzgarme de esa manera, y me fui del bar. Y al salir a la calle me dio un ataque de nervios.

Max frunció los labios, un gesto que solía hacer siempre que algo no le gustaba, y me dio una palmadita en la pierna, como si quisiera transmitirme algo de ánimo.

—Lo siento, no pude evitarlo, es que simplemente no daba crédito a lo que me estaban diciendo —repliqué, atropellándome al hablar—. Saben que estoy jodida, que me siento fatal, que lo último que quiero es repetir lo del otro día, ¡y en vez de apoyarme me echan la bronca! ¿Desde cuándo se creen mejores que yo, como para poder señalarme con el dedo por mis errores? ¿Por qué se creen con el derecho a darme lecciones?

Dejé mi cerveza sobre la mesa de un golpe, y unas cuantas gotitas salpicaron la mesa de café.

—Fue entonces cuando te llamé. No sabía si sería buena idea, si quizá esto no era asunto tuyo o si estarías ocupado, pero me sentía demasiado nerviosa para encerrarme en casa. Hubiera acabado trepando por las paredes —me expliqué, algo avergonzada—. Necesitaba hablar con alguien, desahogarme y...

"Y sentir que aún queda alguien que me apoya", pensé, aunque no me atreví a decírselo a Max. Sonaba demasiado estúpido y ridículo.

—Entonces se me ocurrió llamarte, contártelo todo, y cuando me dijiste que podría venir a verte... ni me lo pensé, era lo que necesitaba —tercié.

Max mantenía todavía aquella sonrisa sin alegría, esa expresión socarrona tan suya.

—Y por supuesto tus amigos no tienen ni idea de que has venido a mi casa, ¿no? —preguntó—. Seguro que, si lo hubieran sabido, te habrían montado una bronca aún más gorda.

Odiaba reconocerlo, pero tenía que darle la razón.

—No... claro que no lo saben —murmuré.

Max se encogió de hombros con desenfado, y se acomodó en el sofá como si aquello no fuera con él.

—Bueno, no me pilla por sorpresa —replicó, en un tono alegre que siempre usaba cuando tenía que hablar de cosas poco agradables. Era una de las pocas cosas de él que me ponía muy nerviosa—. Al fin y al cabo, a tus amigos nunca les he gustado, siempre han dicho que era una mala influencia —alzó las cejas y moduló la voz en un tono teatral—. Yo siempre he sido un camello, un drogadicto, un cabrón sin cabeza. Ni siquiera querían que salieras conmigo.

Sentí que me deshinchaba, como un globo al que atraviesan con una aguja. Aquello era lo último de lo que me apetecía a hablar, me daba igual que Max pudiera tener derecho a sentirse ofendido.

—Me importa una mierda lo que ellos digan —contesté, cortante.

Era evidente que me sentía muy incómoda.

—Ya lo sé, brujita, tú no tienes ningún problema en hacer lo que te parece, aunque luego no puedas compartirlo con nadie —contestó él, y estalló en unas carcajadas tan ácidas que consiguieron ponerme aún más nerviosa.

Me tensé sobre el sofá, y me apresuré a coger la cerveza y darle un trago antes de que las manos empezaran a temblarme de nuevo. Max dejó de reír y me apoyó de nuevo la mano en la pierna, en un gesto cariñoso.

—Venga, ahora en serio —replicó, suavizando un poco el tono—. En el fondo me ha sorprendido un poco que vinieras aquí para desahogarte de todo esto. Dijiste que nunca más volverías a acudir a mí, pasase lo que pasase.

Aquello fue en golpe bajo, y yo lo acusé. Me puse tensa como una tabla, y Max debió notarlo, porque deslizó la mano lejos de mi pierna.

—¿Qué querías que te dijera? —repliqué, enfadada—. Acababas de dejarme.

—¿Y qué? Te dije que seguiría siendo tu amigo —contestó Max, sorprendido—. Que podrías contar conmigo si te pasaba cualquier cosa.

Notaba la garganta cada vez más atenazaba, hecha un nudo, y luché por mantener la voz firme.

—Claro, así de sencillo. Estaba jodida, no sé si lo sabes. Yo era feliz contigo y tú me largaste. En ese momento pensaba que lo mejor sería no verte más, al menos en un buen tiempo. Hasta acostumbrarme...

Max sonrió, tratando de quitarle hierro al asunto, pero yo no podía sostenerle la mirada. Era cierto que lo había pasado fatal cuando Max me dejó, unas semanas atrás. No era la relación más larga que los dos habíamos tenido, y era cierto que mis amigos se preocuparon mucho al saber que salía con alguien así, y que me decían constantemente que debía dejarlo. Pero yo me sentía bien cuando estaba con él, y cuando quise darme cuenta ya me había habituado a su mundo, y los días no me parecían completos si no le veía. Había empezado a quererlo. Y él siempre parecía feliz, tan vital, con tantas ganas de hacer cosas, de pasar tiempo juntos...

Hasta que un día, sin previo aviso, me dejó. No me dio muchas explicaciones; que estaba bien conmigo pero que se estaba cansando. Que no se veía con ganas de empezar una relación seria. Que quería tomarse un tiempo para pensar. Me pilló tan desprevenida que no supe ni que decir, simplemente me quedé con cara de idiota, como si algo se me estuviera escapando. Creo que por eso, porque era lo último que me esperaba, me lo tomé mal. Por eso, cuando me dijo que seguiríamos siendo amigos, le contesté que prefería no verle en una temporada. Y aunque él me hablaba de vez en cuando a través de mensajes, y manteníamos cierto contacto, yo no había querido verle en persona... hasta aquella noche.

—Las cosas no tienen por qué ser así brujita, y lo sabes —terció Max, con calma y desenfado—. De todas formas, me alegro de que hayas venido. Al menos empezamos a portarnos como amigos otra vez, ¿no?

No le contesté, y me limité a dar un interminable trago a mi cerveza. Cuando quise darme cuenta, Max se estaba levantando del sofá. Se quedó allí plantado junto a mí, mirándome con una sonrisa ladeada, sin compartir conmigo lo que fuese que estuviera pensando. Resultaba encantador, y aquello no hacía más que descolocarme, hacerme sentir perdida y fuera de lugar.

-No le des más vueltas a nada, brujita -dijo de pronto, con

suavidad—. Has tenido una noche muy dura. Ahora vamos a relajarnos un poco. Vamos a tener una noche de las mías.

Enarqué una ceja, observándole desconfiada.

—¿Qué quieres decir con eso de "una noche de las tuyas"? —pregunté.

Max ensancho su sonrisa, y me dedicó una mirada desafiante.

—Exactamente eso, a una de mis noches, las que a mí me gusta tener —contestó, como si yo le hubiera preguntado una obviedad—. Vamos a beber cerveza, a oír mi música, a follar si nos apetece y a charlar toda la noche.

Ahora sí que me había descolocado. No creía que estuviera hablando en serio. Sin más, Max se dio media vuelta y cogió un mando a distancia de una mesita llena de cacharros. Después apuntó hacia una mini cadena y apretó el botón, y al momento empezó a sonar una canción que me resultaba familiar. Era una de esas mezclas entre reggae y punk guarrero que Max se pasaba la vida escuchando.

Después dio media vuelta y fue a la cocina, y yo traté como pude de acomodarme en el sofá y librarme de la rigidez que atenazaba mis músculos. No sabía muy bien cuál era el plan de aquella noche para Max, pero fuera el que fuera, sería mejor que volver a casa y dejarme devorar por la ansiedad. Todo era siempre más fácil con un amigo cerca. Sin embargo, la situación se me hacía muy extraña. Nunca había estado en casa de Max siendo solo su amiga. Y aunque sabía que debía acostumbrarme, me resultaba casi antinatural.

A mi espalda oía a Max revolver en la nevera, en busca de más cervezas. Al momento volvió junto a los sofás, dejó dos latas nuevas frente a mí, y se alejó hacia el dormitorio. Me pregunté qué demonios iría a buscar allí. Casi al instante estaba de vuelta, se acomodó a mi lado en el mismo sitio de siempre, y se dispuso a abrir una nueva lata de cerveza.

—¿Sabes cuál es una de las cosas que más echo de menos de ti, brujita? —preguntó sin mirarme—. Charlar contigo. Creo que nunca había conocido a nadie con quien pudiera charlar durante cinco horas seguidas sin aburrirme. Pero contigo lo hacía.

"Y si tanto te gustaba pasar las horas conmigo, ¿por qué coño me dejaste?". Fue lo que pensé, pero no se lo dije. ¿De qué serviría?

- —¡Vaya, que honor! —comenté, cínica.
- -Es cierto replicó él, sin inmutarse Y si quiero decir algo que es

cierto, lo digo. Me creas o no.

—Está bien... —repliqué entre dientes.

Max esbozó otra de sus medias sonrisas, mientras se llevaba la mano al bolsillo y revolvía en busca de algo.

—Siempre me has parecido una tía muy lista. Y eso mola, mola hablar con alguien que es capaz de entender, de sentir curiosidad, de interesarse por lo que tiene alrededor...

Al fin pareció hallar lo que buscaba; del bolsillo de su chaqueta sacó una pequeña bolsita transparente llena de un polvo blanco. Yo no me inmuté. Conocía a Max, sabía lo que consumía y con qué sustancias traficaba, y estaba acostumbrada. Era imposible salir con él sin acabar tarde o temprano en el piso de un grupo de tíos, viendo cómo se pintaban rayas encima de una mesita de cristal. En ese momento simplemente miras para otro lado, y te comportas como si fuera lo más normal del mundo. ¿Qué vas a hacer? ¿Poner el grito en el cielo? ¿Salir corriendo? Eso sería absurdo. La gente no tiene ni idea de la cantidad de coca que se mueve por todas partes, delante de sus mismas narices, ni de la cantidad de gente que va por ahí como si fueran mejores que nadie y luego se meten rayas una noche de fiesta cualquiera.

—Tú, nena, eres una cabecita muy despejada —declaró Max—. Habría que ser tonto para no darse cuenta.

Esbocé una mueca, divertida. Nunca había oído una expresión como aquella, y no comprendía porque Max me la aplicaba a mí.

Allí estaba yo, observándole sin moverme, y vi como recogía de la mesa el estuche de una película gore y dejaba caer algo de coca encima. Después cerró la bolsa de la que la había sacado y buscó de nuevo en sus bolsillos hasta sacar su cartera.

- —Estoy seguro de que tus amigos nunca te dicen que eres una tía inteligente que te cagas. Seguro que no te valoran una mierda, ¿a qué no? —dijo de pronto, pillándome por sorpresa.
- —No sabría decirte... —repliqué, con frialdad—. Ahora mismo estoy demasiado enfadada con ellos como para ser justa.

Max rio, y rebuscó en su cartera hasta sacar un par de tarjetas de cartón, propaganda de algún club de moda, de las que reparten las azafatas en los callejones.

—Tampoco sé por qué tienes esa manía con que soy tan inteligente...

—le espeté—. Al fin y al cabo, me paso la vida metida en una tienda por cuatro duros... Tampoco es que haya logrado unas hazañas vitales impresionantes.

Max me miró de soslayo un instante, y de nuevo volvió a reír, sacudiendo la cabeza.

—No todo el mundo que es inteligente tiene un gran puesto de trabajo en una oficina, ni se viste con trajes —replicó, animado—. Yo sé cómo eres, sé las cosas que eres capaz de ver, de entender, y te digo que eres una tía muy interesante.

Me encogí de hombros, y no le contesté. Me resultaba muy incómodo oír a Max diciendo aquellas cosas de mí. Me hacía darle vueltas una vez más a qué habría hecho yo para que se aburriese de mí. Aunque lo más probable era que ni siquiera tuviera que ver conmigo. Seguramente se habría encaprichado de otra tía.

Max dibujo una raya con la coca sobre el estuche de la película, y después enrolló la tarjeta de cartón con la que lo había hecho. Pensé que iba a esnifar toda la raya en cuestión de un segundo, como le había visto hacer otras muchas veces. Por eso me sorprendí tanto cuando, en lugar de eso, empujó el estuche hacia mí, y me tendió la tarjeta enrollada.

—Toma —me dijo—. Quiero que la pruebes.

Y de pronto me había quedado con cara de idiota otra vez. Me quedé allí plantada, durante varios segundos, tan sorprendida como si me hubiera asegurado que era capaz de volar.

- —¿Qué dices? Yo no consumo nada más fuerte que la hierba —tercié, con firmeza.
- —Y no tienes que empezar a hacerlo ahora —replicó él, tranquilo—. Solo quiero que la pruebes.

Solté una risita desdeñosa, y sacudí la cabeza.

- —¿Y por qué iba a hacer eso? —pregunté.
- —Para probarla —replicó Max, tan sereno que ni siquiera parecía él mismo—. Para saber qué se siente.
  - —¿Qué se siente? —exclamé, boquiabierta.

Me eché a reír; Max no podía estar hablando en serio.

—¡Eso es una gilipollez! ¿Qué sensación quieres que tenga, la de una colgada? —contesté—. Yo no tomo drogas fuertes, ya lo sabes.

Max frunció el ceño. Enseguida recupero su expresión habitual de

desenfado, pero parecía molesto por algo.

- —¿Crees que por meterte una raya vas a ser una colgada? —me espetó—. No tienes ni idea de esto, no sabes nada de drogas. Yo no te dejaría hacer algo que fuera peligroso para ti, creí que lo sabías.
- —Ah, ¿no? Pues la coca no es precisamente segura —repliqué, mosqueada—. Es una estupidez Max, no voy a hacerlo.

Él me observaba incómodo, como si yo estuviera diciendo algo malo.

—Solo te estoy pidiendo que la pruebes. Si no quieres una raya entera puedo partírtela, mira.

Max cogió de nuevo una de las tarjetas y separó la raya en dos mitades.

—No quiero que te coloques, solo que la pruebes —insistió—. Quiero que tengas la sensación de probarla, de esnifar cocaína. Hemos dicho que esta iba a ser una noche de las mías, ¿no?

Negué con la cabeza incrédula.

- —A mí da igual lo que hagas tú en tus noches —contesté, con firmeza—. Yo no voy a hacerlo. No tengo necesidad.
  - —¿Qué no tienes necesidad de qué? —preguntó Max, alzando una ceja.
- —Pues que no tengo ninguna necesidad de saber qué se siente. Qué se siente cuando te estás metiendo una raya de coca —respondí, entreteniéndome en las últimas palabras, en tono burlón.
- —Pues yo creo que sí lo necesitas —contestó Max. De pronto parecía realmente molesto, casi ofendido—. Te piensas que por consumir drogas uno es un colgado, un drogadicto y un mierda. Pero te equivocas. Es verdad que la coca es muy fuerte y que te engancha en seguida si te descuidas, pero una simple raya no va a hacerte daño. Igual que los porros, por muy naturales y seguros que sean, te traen problemas si fumas demasiado. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad?

Me quedé completamente muda de la indignación. No entendía como Max podía ser tan cruel como para decirme aquello. Quería replicarle, quería defenderme y mandarlo a la mierda, pero lo único que pude hacer fue quedarme allí, sintiendo como se me hacía un nudo en la garganta.

—Lo único que quiero es que te quites todos esos prejuicios de la cabeza. Que dejes de verme como a un drogadicto y un enfermo, sin conocer nada —siguió Max, enérgico—. Porque todo eso que crees tú no son más que prejuicios, prejuicios que otros te han metido en la cabeza, sobre todo tus amigos.

- —¿Mis amigos? —exclamé, atónita.
- —Sí, tus amigos. Piensan que soy una basura, un tirado drogadicto, y por eso te decían que no salieras conmigo —me espetó Max, envarándose en su asiento—. Pero ellos no tienen ni idea de cómo soy. Me juzgan sin comprender nada, porque están llenos de prejuicios.

Bajé la mirada. En aquello tenía parte de razón. Mis amigos le juzgaban sin conocerle de verdad, y esa es una de las cosas que más he odiado siempre en la gente. En parte Max tenía razones para guardarles rencor.

—Quiero que tú te quites todos esos prejuicios, que no sigas juzgándome. Porque en el fondo, piensas que soy un drogadicto, igual que ellos —me explicó, resentido.

Fui a replicarle, pero me detuve antes de hacerlo. En realidad no podía demostrarle que aquello no fuese verdad. Quizá era cierto que, muchas veces, pensaba en él como en un traficante y un colgado, un tipo que no sabía lo que le convenía.

—Por eso quiero que pruebes la coca, para que sientas lo mismo que yo y dejes de tener esos miedos sin sentido —concluyó Max, algo más tranquilo—. Para que veas que uno no es un adicto de mierda por probar una droga.

Dudé durante unos segundos, sin saber cómo defenderme.

—De todas formas, sigue siendo peligroso —repliqué, intranquila—. La coca es una droga muy fuerte, jode las neuronas, y...

Max resopló, aburrido.

—Mira, esta cantidad no es casi nada. Puedes sonarte la nariz si quieres después de probarla y apenas te hará efecto —me contestó, mientras empujaba de nuevo el estuche de la película hacia mí.

Me sorprendí a mí misma pensando que tal vez Max tuviera razón. Que aquello no era en realidad tan peligroso como yo me temía. Que quizá, parte de mi miedo se debiera a los prejuicios que todos tenían sobre Max. Pero yo creía conocerle bien. Yo confiaba en él. Creía de verdad que él me detendría el primero si me viese haciendo algo peligroso. Y todo lo que me había explicado tenía cierta lógica.

Max esperaba frente a mí, pero yo sacudí la cabeza de nuevo. Aún con todo, aquello seguía sonando a estupidez peligrosa.

—No lo sé... sigue pareciéndome una mala idea —protesté, y Max se dejó caer en los cojines del sofá, agotado.

—Mira, bruja, si yo supiera que esto te va a hacer daño, no te dejaría hacerlo —replicó, con gravedad—. Lo único que quiero es que pruebes la sensación, que dejes a un lado los prejuicios y que intentes comprenderme de verdad. ¿De qué te sirven tantos miedos y tantos remilgos? A veces os comportáis como si vuestras vidas fueran a ser mejores que las de los demás por tener hábitos correctos, como si nunca fueseis a estar solos o a morir. Nos tenéis miedo y os creéis mejores que nosotros, pero no sois menos infelices que la gente como yo.

Tragué saliva. La raya destacaba sobre el fondo oscuro de la carátula de la película, junto a la mano de Max, y de pronto me sentí completamente ridícula. Él tenía razón, prácticamente en todo. ¿De qué me servía rechazar aquello esa noche? Siempre había creído que si llevaba una vida sana y correcta las cosas me irían bien, tendría una buena vida y sería feliz, pero aquello era mentira. Mi vida era una completa mierda, todos me daban lecciones, en realidad estaba muy sola, ¿y yo iba a reprender a la única persona que aquella noche estaba de mi lado? Eso sí que era una gilipollez. En realidad no había nada que temer. Aquello no era tan peligroso, y si Max me retaba, ¡qué coño! Lo haría.

—Está bien —tercié—. Dámela.

Max recuperó la sonrisa. Al instante había puesto el estuche de la película en mi mano, y la tarjeta enrollada en la otra. Sostuve aquellos objetos durante unos segundos; otra noche mi cabeza me habría recordado que tenía muchas cosas que perder, que complacer a Max no merecía la pena. Pero aquella noche nada me importaba un carajo.

Con toda la determinación de la que fui capaz, me acerqué el extremo de la tarjeta enrollada a la nariz, y me incliné sobre la raya de coca. Bajo la atenta mirada de Max, acerqué con cuidado el otro extremo a la línea blanca, y después aspiré por la nariz con todas mis fuerzas, recorriendo la raya con un gesto firme. Fue una sensación extraña. Me resultó desagradable el tacto del polvo en el interior de la nariz, y la sensación de presión que sentí entre los ojos, pero lo primero que pensé fue que aquello sabía bien, bien de la hostia, que no me importaría tomar más.

Alcé la cabeza y la eché un poco hacia atrás, mientras me frotaba el puente de la nariz tratando de eliminar la sensación de presión, y vi como Max me observaba con los ojos muy abiertos, sorprendido y satisfecho a la vez.

- —Joder... —musitó— Das miedo, tía.
- —¿Qué? ¿Por qué? —exclamé, preocupada.

Max rio, quitándole hierro al asunto.

—Parece que lo lleves haciendo toda la vida —contestó, y ante mi cara de extrañeza, me explicó—. La gente que se mete coca suele ponerse algo nerviosa. A veces se les va la mano y fallan, o soplan en vez de aspirar y lo vuelan todo. Pero tú lo has hecho con una calma... como si llevaras toda la vida haciéndolo.

Solté una carcajada burlona.

—Eso es porque la gente que hace esas cosas esta enganchada, y se pone nerviosa cuando va a meterse. A mí me da igual, sé que no voy a volver a hacerlo en la vida —repliqué y Max se echó a reír, divertido con mi explicación.

De pronto me sentía bien, satisfecha de mi misma de una forma absurda, que nunca hubiera podido compartir con nadie, porque me hubiera sentido demasiado avergonzada. Solo sabía que había sido una sensación extraña, pero que no me arrepentía de haberlo hecho, y que me alegraba de ver a Max tan contento y relajado de pronto, ahí sentado frente a mí.

Él siguió sonriendo mientras me quitaba el estuche de la película de las manos y esparcía otro montoncito de coca sobre él. Ahora era su turno.

—Estás hecha de una pasta especial, brujita —decía él, mientras convertía el montón de polvo en una línea delgada, con ayuda de la tarjeta—. Creo que puedes llegar a hacer grandes cosas, y a ser una tía de puta madre... tan pronto como te encuentres a ti misma, y sepas distinguir qué te conviene.

No estaba completamente segura de qué significaba todo aquello, pero tampoco me importaba. Me quedé inmóvil durante unos segundos, mientras Max hablaba, tratando de escudriñar todo mi cuerpo en busca de alguna sensación extraña, proveniente de la coca que acababa de esnifar. Pero no percibía nada raro. Solo que de pronto me encontraba mejor, más animada, más activa, pero no acaba de estar segura de si aquello era por la coca o por la emoción y el subidón por lo que acababa de hacer.

Max había terminado de hacerse la raya y cogió con suavidad la tarjeta enrollada que aún estaba en mi mano. Después se la acercó a la nariz y esnifó la raya de un solo gesto, certero, rápido y preciso. Sin titubear, sin ponerse nervioso, con toda la naturalidad del mundo. No parecía un yonqui,

eso al menos tenía que concedérselo. Max se palpó el orificio de la nariz por el que acababa de esnifar, y después dejó el estuche de la película y las tarjetas sobre la mesa de café, y se reclinó en el sofá con expresión satisfecha.

—¿Sabes? Esta va a ser una gran noche —me dijo de pronto, volviéndose hacia mí con una sonrisa increíble.

Suspiré, sintiéndome de un buen humor sorprendente, y le devolví la sonrisa. ¿Por qué habríamos tenido que romper? Me sentía genial cuando estaba a su lado. Puede que no fuera el tipo más serio del mundo, o que se ganara la vida de una forma más que cuestionable, pero a mí me encantaba...

De pronto unos golpes resonaron por toda la buhardilla. Me sobresalté. Con la música a buen volumen, no acababa de descubrir de dónde procedía el sonido, pero Max se volvió enseguida hacia la puerta de su casa. Debían de haber llamado.

—¿Quién será a estas horas? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Crees que estaremos molestando a tus vecinos?

Max no contestó, pero negó imperceptiblemente con la cabeza, sin dejar de mirar a la puerta. Parecía inquieto, y me pregunté en qué estaría pensando.

—Espera un momento —dijo en voz baja, mientras se levantaba del sofá.

Pensé que iría a apagar la música, y que después abriría la puerta, pero en lugar de eso Max se deslizó hasta la puerta con cuidado, y después echó un vistazo a través de la mirilla. Me pareció oír una voz llamándole a gritos al otro lado, pero de nuevo, la música me impedía distinguir bien los sonidos.

Max se volvió hacia mí y se apartó un par de pasos de la puerta. Se había quedado pálido y su rostro reflejaba una preocupación que nunca en la vida le había visto hasta esa noche.

—Escóndete, brujita, rápido —me pidió con voz trémula, apenas un susurro que adiviné más que escuché.

Sentí que toda la piel de mi cuerpo se erizaba. De pronto me había asaltado una sensación de peligro, de un peligro indeterminado que no sabía explicar, pero que la mirada de Max no me permitía poner en duda.

Me levanté del sofá como una sonámbula, sin saber por qué hacía

aquello y él me señaló con la cabeza su dormitorio, en el rincón de la buhardilla. La puerta resonó bajo otros tres golpes, ahora mucho más claros y audibles, y no me lo pensé ni un momento. Me dirigí lo más rápido que pude hacia el dormitorio de Max, subí los tres escalones casi de un salto y recorrí con la mirada aquel pequeño espacio, en busca de un lugar donde meterme. Por un instante pensé en esconderme bajo la cama, pero no acababa de parecerme una buena idea, y de pronto reparé en el armario empotrado, justo tras el recodo de la pared. Abrí la puerta y me metí dentro en un suspiro. Por suerte el armario no tenía cajones, solo la típica barra con perchas de las que colgaba la ropa.

—¡Ya voy! —oí gritar a Max desde el salón, y al instante la música desapareció.

Me senté y me hice un ovillo entre los zapatos de Max, tratando de ser lo más silenciosa posible. No sabía quién estaría al otro lado de la puerta, pero estaba segura de que no se trataba de sus vecinos.

Desde fuera me llegó el sonido de una puerta abriéndose, y casi al instante percibí la voz, algo lejana pero claramente audible, de Max.

- —¡Eh, Charly! ¿Qué estáis haciendo aquí?
- —Buenas noches, Max —respondió una voz desconocida, ronca y bastante baja—. Nos tenías preocupados, has tardado mucho en abrirnos.

Había algo en el tono de aquella voz que no me gustaba; era demasiado cantarina pero nada alegre, y tenía un aire de superioridad muy desagradable.

—Perdona, tío, me habéis pillado revolviendo unos trastos —contestó Max, con falsa cordialidad—. No esperaba que nadie se pasara por aquí esta noche.

El otro tipo, el tal Charly, soltó una risita hueca y seca.

—¡Qué pena! Por un momento habíamos pensado que estabas con un chochito. Vaya decepción, eso nos habría hecho la noche mucho más interesante a todos, ¿no?

Me encogí en el interior del armario, en un acto reflejo, y me rodeé las rodillas con las manos. ¿Quién demonios era aquel tipo, y a qué se refería? De pronto empezaba a tener una sospecha muy poco agradable acerca de por qué Max me había hecho esconderme.

—Bueno —replicó la voz de Charly—. ¿No vas a invitarnos a entrar o qué?

—Oh, claro. Pasad chicos —contestó Max, incómodo.

Al instante me llegó un sonido de pasos, desde el interior de la propia buhardilla, y después la puerta se cerró. Eran muchos pasos, los de varios pares de pies. ¿Pero cuántos tipos habían acudido allí con el tal Charly?

- —Bueno, y... ¿a qué debo vuestra visita? —preguntó Max poco después. Había algo de sorna en su forma de hablar, pero, incluso desde el interior del armario, y con su voz amortiguada por las puertas de madera, podía notar el nerviosismo en su voz—. ¿Estabais por la zona o algo así?
- —Pues no... la verdad —contestó Charly, e hizo una pausa de varios segundos, lo que extendió un incómodo silencio por la buhardilla—. Hemos venido a contarte algo bastante curioso, algo de lo que nos hemos enterado hoy mismo.

De nuevo percibí un sonido de pasos, esta vez los de una única persona. Casi podía imaginarme al tipo paseando por la buhardilla frente a Max.

—¿Sí? Bueno, pues escúpelo —contestó él, sin duda tratando de sonar amistoso—. ¿Qué ha pasado?

Los pasos se detuvieron unos segundos, y yo tragué saliva.

—Está tarde estaba dando un paseíto con mi amigo Yuri, aquí presente, por nuestro territorio. Nada importante, solo un vistacito para comprobar que todo estaba en orden —explicaba Charly—. Y, ¿sabes a quién nos hemos encontrado? Al *Rata*.

Me pareció oír a Max riendo, en tono desenfadado, como si quisiera transmitir sensación de buen rollo.

- —El Rata, menudo pieza es ese —comentó—. Y, ¿cómo le va?
- —Eso mismo nos hemos preguntado nosotros al verle —contestó Charly, con aparente amabilidad—. *El Rata* es uno de nuestros más antiguos clientes, y el más fiel. Siempre te compra a ti, además, parece que te tiene mucha confianza. Así que nos hemos acercado a ver qué se contaba.

Agucé el oído todo lo que pude, pendiente de cada uno de los sonidos que llegaban desde el salón de la buhardilla. ¿Qué me estaría perdiendo? ¿Era aquella una situación tan tensa como me lo había parecido o quizá estaba malinterpretando algo?

—Por cierto, *El Rata* estaba metiéndose un tirito en mitad del puto parque, con un colega. Ese tío es un inconsciente, no sé como todavía no lo ha detenido la pasma —siguió Charly, mientras se reanudaba el sonido de pasos—. El caso es que nos hemos acercado a saludarle y a ver qué tal le

iban las cosas. Y cuando nos ha visto, *El Rata* se ha puesto blanco como una pared, como si se le hubiese aparecido el mismo demonio. Y eso que unos segundos antes parecía tan contento, después de meterse su tiro.

De nuevo un silencio pesado, que al fin rompió Max con unas carcajadas bastante nerviosas.

- Bueno, no sé si os dais cuenta, pero a veces dais bastante miedo tíosreplicó.
- —Venga, pero si *El Rata* nos ha visto un huevo de veces, y nunca había reaccionado así antes —le espetó Charly—. Nos ha dado la impresión de que había algo que no estaba en su lugar, algo que tenía que ver con esa raya que se acababa de meter. Así que hemos decidido probarla.

Una vez más el silencio plomizo, seguido por las carcajadas temblorosas de Max.

- Creía que ya estabais bastante acostumbrados a vuestra propia merca como para seguir teniendo ganas de probarla cuando la veis por la calle
  comentó—. Aunque eso prueba que sigue siendo de primera calidad.
- —Ahí está la gracia, ¿sabes? —contestó Charly—. En que esa coca que se estaba metiendo *El Rata* no era nuestra merca.

Contuve la respiración, y el corazón empezó a latirme a toda velocidad. Tenía que haber adivinado antes que aquellos tipos eran los mismos para los que trabaja Max, pasando droga en las calles. Y aquella última frase de ese tal Charly no sonaba nada bien.

- —¿Cómo... cómo que esa no era vuestra coca? —preguntó Max, con voz insegura—. Eso no puede ser, él...
- —¿Sabes qué es lo que no podía ser? —replicó Charly, cortándole con energía—. Que *El Rata*, que es un cobarde, un vago y un paranoico, se haya molestado en buscarse otro tipo al que pillarle la coca, cuando lleva años comprándote solo a ti. Y menos aún, cuando está jodidamente encantado con nuestra merca.

El corazón me latía tan deprisa que empezaba a notar un dolor sordo en el pecho. Mis nervios estaban creciendo cada vez más y más, y a cada segundo que pasaba me sentía más inestable. Me pregunté si la coca que me había metido hacía unos minutos estaba ayudando a que me pusiera cada vez más nerviosa, y hasta que límite podría llevarme.

—Oye, si *El Rata* se estaba metiendo otra coca... —intervino Max, visiblemente nervioso—. Tiene que habérsela pillado a otro... No sé cómo

se me habrá podido pasar por alto, pero está claro...

—Mira, Max, cuando hemos probado la coca del *Rata*, y hemos comprobado que no era la nuestra, hemos barajado la misma posibilidad que te planteas tú en este momento —le interrumpió Charly, sin asomo de paciencia—. Así que le hemos hecho acompañarnos a él y a su colega a un rinconcito tranquilo, para convencerles de que nos contaran qué mierda estaba pasando, ¿y a qué no sabes qué nos han contestado?

Mi estómago se encogió de nervios. Max tenía que salir de aquello cuanto antes. Ojalá hubiera podido desaparecer de la escena como había hecho yo.

Nos han dicho que nunca le pillarían a otro tipo que no fueras tú
declaró Charly.

Casi pude sentir, aunque no lo oyera, el suspiro de alivio de Max.

- —Entonces debió ser un error —contestó él.
- —No hay ningún error —replicó Charly, amenazador—. Esos mierdas nos juraron que tú habías cambiado de merca.
- —¡No, Charly! —casi gritó Max. Sonaba desesperado—. Yo no he cambiado de merca, tío. Ya sabes que sólo trabajo para vosotros.
- —Sí, a nosotros también nos ha parecido muy raro, Max —afirmó Charly. Su voz tenía de pronto una calma glacial—. Pero ese miserable nos lo ha jurado con tanta vehemencia... que al final hemos decidido ir a comprobarlo.

De nuevo una pausa dramática. Las manos me habían empezado a temblar y me aferré las piernas con más fuerza, tratando de mantenerme inmóvil.

- —Hemos seguido el paseo por la zona y nos hemos entretenido en saludar a tus compradores más antiguos y leales —siguió Charly—. Y todos tenían la misma expresión que *El Rata* al vernos... pálidos, asustados, temblorosos.
  - —Charly, oye... —intentó intervenir Max.
- —Y todos ellos se han puesto aún más nerviosos cuando hemos querido probar su coca —continuó Charly, ignorando la intervención de Max—. ¿Y sabes? Todos tenían la misma merca que *El Rata*, y cuanto les hemos puesto las manos en el cuello y la espalda contra la pared, todos juraban que te la habían comprado a ti.

Y silencio. Me sentía completamente incapaz de quedarme quieta. Las

manos me temblaban sin control y también la barbilla, y el corazón me latía tan fuerte que tuve la sensación de que los matones de ahí fuera podrían oírlo a la perfección. Estaba terriblemente preocupada por Max.

- —Hasta que uno de ellos nos ha dicho algo más... —dijo Charly, con una calma que helaba la sangre—. Que tú habías empezado a pillarle coca al *Dominicano*, y que les habías asegurado que no se arrepentirían de comprártela, que era una merca de primera calidad. Incluso mejor que la nuestra...
- —¡No, no, Charly! ¡Eso no es cierto! —exclamó Max, aterrado—. Yo no he...

Un golpe secó cortó su frase. Sonó como una bofetada tremenda.

—¿Nos tomas por gilipollas, Max? —inquirió Charly, con rabia contenida—. ¿Te crees que somos tan idiotas de no haber probado nunca la merca del *Dominicano*? Ese tío es nuestra mayor competencia, precisamente porque tiene una coca cojonuda, una coca de coña... ¿Nos crees tan estúpidos como para no conocer nuestro mayor punto débil?

Me llevé las manos a la boca, aterroriza, tratando de ahogar el sonido de mi respiración. Agucé el oído todo lo que pude, tratando de escuchar cualquier detalle proveniente de Max, pero él se había quedado en silencio.

—¡Claro que conocemos la coca del *Dominicano*! ¡Sabemos exactamente cuál es! —exclamó Charly—. Igual que sabíamos que la coca del *Rata* era la suya desde el mismo momento en que la probamos. ¡Tú le estás pillando coca al *Dominicano*, pedazo de cabrón!

De pronto el ruido inundó la buhardilla. Primero sonido de movimiento, luego un golpe sordo, y un quejido proveniente de Max. Ahogué un sollozo y aplasté mi espalda contra la pared del armario, temblando como una hoja. Tenía que ayudarle, tenía que hacer algo, pero era imposible. Si salía de aquel armario estaba jodida. Si aquellos tipos me descubrían allí dentro, estaba más que jodida.

- —¡Tú sabes que ese cabrón es nuestro mayor enemigo, y vas y le pillas su merca! —le espetó Charly, furioso—. Has roto nuestro contrato, amigo. Sabes que esperamos de nuestros camellos una lealtad absoluta. Y tú te la has pasado por el forro, cabrón.
- —¡Por favor, Charly! —suplicó Max. Nunca en la vida le había oído hablar de esa manera—. ¡Solo fue una vez! ¡Él me la ofreció! ¡Me la regaló para que la probara!

Charly rompió a reír, con sus repugnantes carcajadas huecas.

- —¡Qué detalle tan bonito…!
- —¡No he dejado de pillaros a vosotros! —insistió Max—. Sigo trabajando para vosotros, y sigo vendiendo vuestra...

Un nuevo golpe sordo acabó con la frase de Max.

—Eso está por ver, amigo —le cortó de nuevo Charly, en un tono animado y amistoso que daba escalofríos—. Quizá tengas que descansar una buena temporada, incluso para siempre. O puede que no. ¿Quién sabe? Quien tiene que decidir eso es el jefe.

¿El jefe? ¿Es que aún había otro cabrón por encima de ese Charly? Una lágrima de pura angustia me resbaló por la mejilla, en silencio.

- —¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó Max, con voz queda. Sonaba casi resignado.
- —A ver si lo adivinas, guapo —contestó Charly, burlón—. Vamos a llevarte con el jefe. Tendrás que explicarle a él qué coño hacías vendiendo por ahí la merca del *Dominicano*. Al fin y al cabo, yo no soy más que un intermediario.

Me pareció oír un murmullo procedente de Max, pero no pude entender qué decía.

—Y supongo que él decidirá qué quiere hacer contigo —siguió Charly—. Si quiere calentarte las costillas, o romperte un par de dedos. Lo que él crea que te haga falta para que se te quiten las ganas de pillarle merca a ese cabrón de mierda.

Me tapé la boca con las manos de nuevo, ahogando un sollozo. Desde fuera me llegó un gemido de Max, y casi al instante escuché de nuevo a Charly, pero en un tono de voz tan comedido que apenas pude oírlo. Sus palabras destilaban ira.

—A ver si así aprendes a no vacilar a los que estamos por encima de ti, pedazo de mierda —y después ordenó, en voz más alta—. ¡Yuri! ¡Esteban! Llevaos a este cabrón al coche.

Se oyeron las pisadas de dos pares de pies, que parecían medio arrastrar algo sobre el suelo. Me llevé las manos a la cara y me apreté la piel con fuerza, tratando de contener el llanto. No podía ni imaginarme a Max siendo arrastrado por dos matones, o encerrado en el maletero de un coche. Aquello parecía una maldita pesadilla, no podía ser cierto.

La puerta de la calle se abrió y se cerró, y de nuevo sonó la voz de

Charly, autoritaria.

—Y nosotros, muchachos, vamos a ver si este cabrito esconde algo interesante en este puto tugurio donde vive —propuso—. Se ha endosado mucho dinero con la mierda del *Dominicano* y con nuestros propios clientes, y a nosotros no nos ha dado nada. ¡Vamos a recuperar la pasta que no hemos ganado por su culpa!

Su idea fue recibida con risas burlonas y exclamaciones de aprobación, y de pronto se hizo el caos en la sala. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo cuando comprendí lo que esos cabrones se proponían hacer. Y casi al instante me llegó el sonido de un montón de manos revolviendo, arrastrando muebles, levantando cacharros, estrellando objetos contra el suelo. ¡Estaban desvalijando toda la casa, en busca de dinero y objetos de valor que saquear! ¡Y yo estaba metida dentro del maldito armario! En cuanto a esos matones se les ocurriese mirar dentro estaba perdida. De nuevo recordé la mirada de pavor de Max cuando se volvió hacia mí tras echar un vistazo por la mirilla, su voz ahogada cuando me ordenó que me escondiera. Él sabía a lo que venían aquellos tipos, él sabía lo que eran capaces de hacer y lo que me harían a mí si me encontraban allí. Y de pronto recordé también el comentario de Charly al entrar en el piso: "¡Qué pena! Habíamos pensado que estabas con un chochito. Vaya decepción, eso nos habría hecho la noche mucho más interesante...". Me estremecí de pies a cabeza y me acurruqué aún más en mi rincón, rezando porque a aquellos cerdos no se les ocurriera mirar en el armario.

Fuera continuaban los ruidos, los golpes, los empujones. Debían estar saqueando la casa entera. ¿Es que en aquel maldito edifico no había ni un solo vecino que fuese a llamar a la policía? La barbilla me temblaba tanto que hasta me castañeteaban los dientes. Mi esperanza era estúpida; sería cuestión de momentos que aquellos desalmados miraran dentro del armario y me descubrieran. No había nada que pudiera salvarme. Ojalá nunca hubiera ido a casa de Max aquella noche.

—¡Fran! —sonó la voz de Charly, por encima de aquel estropicio—. ¡Echa un vistazo en el dormitorio!

Ya estaba. Se había acabado. Cerré los ojos con fuerza, apretando los párpados, mientras unos pasos subían las escaleras hacia la cama. No podía ni mirar. Mi estómago se retorcía de nervios, y mis uñas se clavaban en mis piernas, mientras todo mi cuerpo temblaba de terror. Desde fuera me llegó

el sonido de los cajones de la mesita al ser abiertos de un tirón, después el de unas rodillas al apoyarse en el suelo, seguramente en busca de algo bajo la cama. Y después un par de pasos en dirección al armario, y el roce de una mano agarrando el picaporte de la puerta.

Abrí los ojos, lentamente, como en mitad de un sueño, mientras volvía la cabeza hacia el exterior, al tiempo que la puerta se abría.

Un chico apareció al otro lado, un chaval de pelo castaño, largo y desgreñado, que al verme abrió unos ojos como platos, como si yo fuera lo último que esperaba encontrar allí dentro. Yo temblaba, aguardando el momento en que esbozase una sonrisa maliciosa y llamase a los demás a gritos, pero él no se movía. Se había quedado allí plantado, mirándome sin dar crédito. Había dejado caer la mandíbula, y me observaba con la boca abierta de puro asombro. Tenía unos ojos enormes que, por alguna extraña razón, eran sorprendentemente inocentes para un tipo que entra en una casa junto a un grupo de matones, dispuesto a secuestrar y robar. Y parecía joven, poco más que un niño, un chaval que no llegaría a los veinte años.

Las lágrimas me chorreaban por las mejillas. Al ver que no reaccionaba pensé en hablar, tenía que decirle algo. Suplicarle que no me hiciera daño, que me dejara marchar. Pero cuando intenté abrir la boca no fui capaz. La angustia me aprisionaba la garganta, y mi cuerpo se negaba a obedecer. Solo pude quedarme allí, mirándole mientras lloraba, implorando con la mirada. El chico apartó los ojos de mí un instante, todavía con la mano en el pomo de la puerta. Parecía dudar. Tan solo fueron unos instantes, y cuando volvió a mirarme dio un paso atrás, cerrando la puerta con cuidado. La luz se convirtió en una rendija hasta desaparecer, y enseguida volví a quedarme sumida en la oscuridad. Me sentí como si el corazón se me hubiera parado. Del otro lado me llegó el sonido amortiguado de los pasos del chico, alejándose del armario. No me lo podía creer. ¡No me había delatado! De alguna forma había tenido compasión de mí.

- —¡Fran! —tronó de nuevo la voz de Charly desde la lejanía, y me estremecí de miedo—. ¿Qué hacías ahí arriba?
- —Nada —contestó una voz cercana, la voz de un muchacho—. Estaba buscando por aquí, pero no hay nada interesante.

Si no hubiera temido que me oyeran desde fuera hubiera soltado un tremendo suspiro de alivio. Oí los pasos del chico, alejándose de mí y bajando los escalones

—¿Y por qué has tardado tanto si no hay nada interesante? —inquirió Charly—. ¿No me estarás ocultando nada, chaval?

Mi corazón empezó a martillear en mi pecho, frenético.

- —No, ya te estoy diciendo que no hay nada, solo ropa y objetos personales, pero nada de pasta —insistió el chico.
- —Tienes muy mala cara, tío —volvió Charly a la carga, suspicaz—. ¿No se te ocurrirá jugármela?
- —No, joder, sabes que no me atrevería contigo. Solo estoy cabreado y preocupado por la putada que nos ha hecho Max —se defendió el chico. Hablaba con calma, tal vez más de la que sentía—. No me estoy llevando nada, si es lo que te preocupa.
  - —Eso lo veremos ahora —contestó Charly—. ¡Chicos, registradlo!

Al instante volvió a oírse un montón de movimiento, esta vez más cerca. Yo escuchaba con el pecho encogido, temiéndome lo peor.

—¿Lo ves? Te dije que no llevaba nada —insistió el chico, poco después.

Durante unos instantes se hizo el silencio. Yo solo podía rezar para que Charly no imaginase nada raro, como que el chaval había encontrado algo de valor pero lo había ocultado para volver luego a por ello. Si Charly registraba la habitación no sería en absoluto tan benévolo como él.

—Bueno, me alegro de que sepas lo que te conviene —contestó el mafioso, poco después, y añadió en voz más alta—. ¡Bueno chicos, vámonos! Creo que hemos encontrado toda la pasta que ese cabrón de Max podría tener y ya llevamos bastante rato aquí.

Varias voces coincidieron con la opinión de Charly y poco después un montón de pisadas se dirigían hacia la puerta. No oí que esta se cerrara, pero los pasos se alejaron hasta desaparecer por completo. Yo me quedé allí sentada, temblando entre los zapatos, demasiado asustada aún para dejarme llevar por la sensación de alivio. La buhardilla se había quedado totalmente silenciosa. Era como si aquellos matones nunca hubieran estado allí. Sentía impulsos de levantarme como un rayo y salir corriendo de aquel armario, marcharme de la buhardilla y no volver jamás, pero una parte de mí me aconsejaba que esperara un poco. Quizá alguno de ellos volviera poco después a recoger algo, quizá se hubiesen olvidado cualquier cosa en la buhardilla, y al volver a por ella me descubriesen. Así que esperé durante unos minutos, con una ansiedad insoportable, hasta que estuve bastante

segura de que se habían marchado definitivamente. Poco a poco mi corazón iba bajando de ritmo. Ya no estaba llorando y el temblor de las manos iba desapareciendo poco a poco.

Cuando ya no pude aguantar más allí dentro, me levanté como movida por un resorte y empujé la puerta del armario. Fuera se encontraba la habitación de Max, igual que siempre, solo que con los cajones abiertos y la ropa de cama revuelta. Fui rápidamente hacia los escalones del dormitorio, y cuando vi el resto de la buhardilla ahogué una exclamación. El piso estaba totalmente destrozado, el sofá volcado, los cojines rajados escupiendo relleno por todas partes, la tapa arrancada de la lavadora en medio del suelo, las estanterías con los libros y la minicadena hechos pedazos. Aquellos salvajes habían abierto y destrozado cada rincón de la casa en busca del dinero de Max. Y Dios sabe a dónde demonios se lo habrían llevado a él...

Al fin reaccioné. Tenía que salir de allí cuanto antes y hacer algo para ayudar a Max. ¡Tenía que llamar a la policía! Eché a correr hacia la puerta, salí de aquella buhardilla hecha trizas y me precipité escaleras abajo. Tenía que alejarme de allí, ponerme a salvo y tratar de buscar ayuda. Cuando llegué al portal del edificio me deslumbraron las luces de los coches de policía. Menos mal, al fin algún vecino se había atrevido a alertarlos. Salí a la callé mientras un policía uniformado, grande y fuerte, caminaba directamente hacia el portal. Al verme la cara pareció imaginar de dónde venía.

- —¿Qué ha pasado? —me preguntó—. ¿De dónde viene?
- —¡Se lo han llevado! —grité al fin, con voz estridente—. ¡Se han llevado a Max!
- —¿De qué está hablando? ¡Cálmese! —exclamó el policía deteniéndose frente a mí. Las rodillas me temblaban como si estuviesen a punto de fallarme, y él me sujetó por un brazo—. Nos ha llamado un vecino. Nos han dicho que unos hombres habían entrado en la buhardilla y que se oía muchísimo alboroto.
- —¡Esos hombres se lo han llevado, se han llevado al chico que vivía en la buhardilla! —traté de explicarme.

El policía me observaba con la ceja alzada, intrigado, como si intentase recomponer todo un puzle en torno a unas cuantas piezas sueltas.

- —¿Usted lo vio? —me preguntó—. ¿Estaba allí cuando ocurrió?
- -¡Sí, estaba allí! -exclamé, y el policía me observó con cara de

espanto.

- —¿Usted estaba allí y no le ocurrió nada? —preguntó, incrédulo.
- —Me escondí y no me vieron —contesté—. ¡Pero me enteré de todo, fueron a por Max y se lo llevaron!
- El policía pareció pensar unos instantes. Estaba visiblemente preocupado.
  - —¿Dijeron a dónde se lo llevaron?

El corazón se me cayó a los pies. Al hablar con aquel policía estaba casi segura de que ellos conseguirían encontrar a Max, que estaban haciendo lo necesario para ayudarle, pero quizá yo no tuviera los datos necesarios para que la policía pudiera dar con él.

—Dijeron algo de llevarle con un jefe... —contesté—. Y que ese jefe le castigaría.

El policía suspiró, visiblemente aliviado.

—Eso nos pone las cosas algo más fáciles —contestó.

Varios policías más se habían acercado para unirse al primero, y en aquel momento se disponían a subir a la buhardilla. Yo no quería volver a asomarme por allí ni loca, pero tampoco podía cortar la conversación con el policía de esa manera, y me precipité tras él.

- —¡Esperé! —grité mientras le sujetaba por el brazo.
- El hombre se volvió hacia mí, sorprendido y molesto.
- —¿Sabe dónde está? ¿Le van a encontrar? —pregunté, desesperada.
- —No exactamente, pero sabemos quién es ese jefe y dónde podría estar —contestó él, mientras sus compañeros entraban en el edificio—. Conocemos al tipo al que han raptado, y a otros cuantos camellos que rondan por aquí, y también sabemos para quién trabajan. Lo buscaremos, pero si la intención de esos hombres era castigarlo y no matarlo, lo más normal será que ellos mismos acaben soltándolo.

Tras decir aquello el policía entró tras sus compañeros en el portal, y yo me quedé allí plantada, tratando de digerir lo que acababa de oír. Esperaba que fueran capaces de encontrar a Max y de rescatarle antes de que le hicieran daño, pero en el fondo sabía que lo más probable, era que aquellos matones le dieran una buena paliza de escarmiento, y después lo soltaran. Me aparté del portal del edificio, como una sonámbula, hasta que otro policía que se había quedado en los coches me pidió que me sentara, me tranquilizara y esperase a que los agentes volvieran, por si necesitaban mi

ayuda. Así que me senté en uno de los escalones del portal, y traté de serenarme lo máximo posible.

No podía evitar pensar que las cosas no habían salido tan mal después de todo; aquellos hombres no me habían atrapado, y lo más probable era que Max saliera de aquella. Recordé de pronto a aquel muchacho de mirada inocente que acompañaba a los matones, y la forma en la que había cerrado la puerta del armario y se había alejado de mí, sin decir una palabra. Me preguntaba cuáles habrían sido sus razones. Tal vez él no estuviera hecho para ese mundillo, igual que yo, desde luego, tampoco lo estaba. Odiaba reconocerlo, pero mis amigos tenían buena parte de razón en todo aquello. Por mucho que yo quisiera a Max, por mucho que le echara de menos y que quisiera mantener al menos una amistad con él, aquel mundo no era el mío y no debía serlo.

Suspiré, agotada. Tal vez ni siquiera Max estuviera hecho para esa clase de vida. Tal vez no fuera tarde para que se diese cuenta. Sólo podía esperar que al menos, lo que estaba sucediendo aquella noche, sirviera para abrirle los ojos.



# El plan Bérkowitz

J. Les, Mario9788494396793442 Páginas

#### Cómpralo y empieza a leer

Apenas comenzado el otoño de 2001, un anciano prisionero despierta en su celda como cada mañana desde hace una eternidad. Hastiado de ese interminable encierro, aguarda su propia muerte como única salida a la pesadilla que le atormenta.

Durante el verano de ese mismo año, tres jóvenes, socios de una modesta empresa audiovisual, son contratados por un excéntrico millonario para realizar unos documentales de naturaleza en Kenia. Entusiasmados, se ven ante la oportunidad de sus vidas; un trabajo soñado y la posibilidad de reflotar su maltrecha economía. Sin embargo, pronto descubrirán que no es oro todo lo que reluce en torno a su mecenas.

En la convulsa **Alemania de 1938**, Eyal Bérkowitz forma parte del centenar de presos judíos que son trasladados del campo de concentración de Dachau al recién inaugurado Flossenbürg. Allí trabajarán de sol a sol en la cantera vecina extrayendo el granito necesario para las construcciones que Albert Speer ha proyectado para la Alemania imperialista de Hitler.

El grupo judío, con Bérkowitz a la cabeza, sufrirá en sus carnes el abuso de poder por parte del jefe de su barracón, Ludwig von Häussler, capitán de las SS. Con el trasfondo de la Segunda Guerra Mundial, el atentado contra Reinhard Heydrich y la Operación Valkiria, Eyal Bérkowitz ideará un arriesgado plan que puede salvar su propia vida... e hipotecar la de otros.



# El amor no es para mí

Darius, Dana 9788412235753 308 Páginas

#### Cómpralo y empieza a leer

Dicen que el destino está escrito y que el amor es para siempre, pero llegó un momento en el que creí que estaba perdida y que el karma me devolvía con creces los errores del pasado. Todo esto tiene que ver con Lucas, mi primer amor.

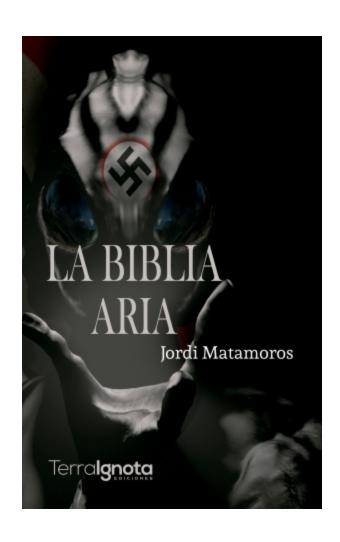
Nada me ha ido bien desde que rompimos y yo, que soy una orgullosa de mucho cuidado, no he sido capaz de dar mi brazo a torcer jamás. Pero un día, mi vida da un giro de ciento ochenta grados y me meto en un mundo en el que no me imaginé estar.

La música... Nunca pensé en seguir los pasos de mi madre, una gran diva, pero algo fortuito me hará despegar y volar alto. Mi vida cambiará a pasos agigantados gracias a mi gran amigo, confidente y, por decirlo de alguna manera, quien sacia mis necesidades más locas, pues me convencerá para contactar con Lucas y retomar, en cierto modo, lo que dejamos hace cuatro años.

Descubre como Lucas, Jordi, Maka y Carol tienen un papel importante en mi historia. Uno es mi gran amor; el otro es mi mejor amigo, aunque a veces sea algo más; otra es una loca de remate y la última se siente Cupido... pero sus vidas también se verán afectadas por mis decisiones y ellos me tendrán que levantar cuando tropiece. Ah, no te he dicho una cosa, y es que Jordi, el señor "no quiero relaciones", no contaba con descubrir que una amistad como la nuestra no es suficiente.

Te aseguro que no te aburrirás con mis aventuras, atrévete a descubrirlas y acepto apuestas acerca de si cambio de opinión sobre el amor.

¡Me llamo Ella y esta es mi historia!



### La biblia aria

Matamoros, Jordi 9788412256123 308 Páginas

### Cómpralo y empieza a leer

El reconocido profesor de mineralogía Leonid Kulik, es designado para llevar a cabo la investigación de una gran explosión que tuvo lugar el 30 de junio de 1908 en la tundra siberiana de Tunguska.

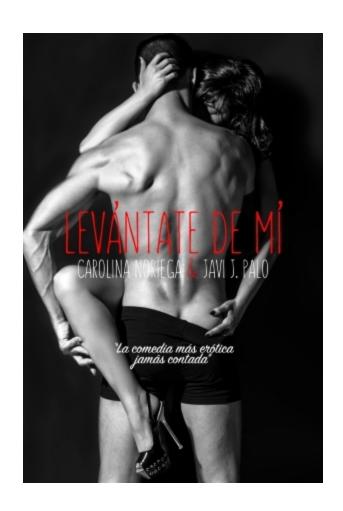
Junto a su ayudante, buen amigo y también profesor Alekséi, se adentrará en un inhóspito territorio considerado maldito por los lugareños, que atribuyen el desastre a un castigo divino.

Las supersticiones, el clima y las dificultades del camino no impedirán que localicen el epicentro en el que supuestamente impactó un meteorito que habría arrasado más de 10 millones de árboles.

Allí hallarán algo muy distinto a lo que esperaban: ni rastro de cráter ni de bólido, aunque sí, anclado en el aire, un objeto oval de naturaleza desconocida, esperando a ser encontrado.

La investigación de lo que a todas luces parece ser una nave extraterrestre, desencadenará una serie de acontecimientos en los que los profesores se verán implicados.

Una sociedad secreta nazi, comandada por el *Führer* en persona, surcará el tiempo hasta la misma cuna de la humanidad, para descubrir que allí nada es como nos lo han contado.

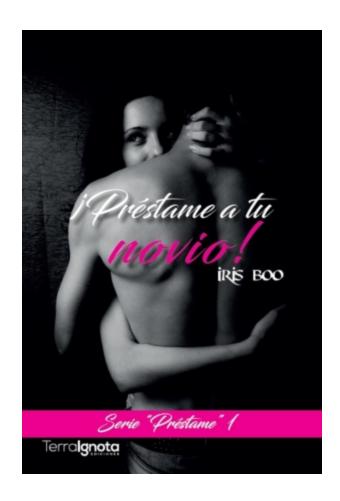


### Levántate de mí

Noriega, Carolina 9788494695599 170 Páginas

### Cómpralo y empieza a leer

Carla lleva una vida monótona y algo tediosa. Trabaja como secretaria en una oficina y su novio, Pedro, además de aburrido, es adicto al trabajo. Para colmo, ese verano no tiene vacaciones y el sofocante calor de Madrid no ayuda a refrescar la situación. Todo cambia cuando Carla se acuesta con Pere, un compañero de trabajo con el que apenas había cruzado unas palabras. A partir de ahí, el concepto de "verano en la ciudad" cambia por completo y comienza a disfrutar de la sensualidad como nunca antes lo había hecho. Gracias a los cursos de verano a los que su novio le apunta para que esté entretenida, vivirá, junto a su frívola amiga Lidia, aventuras de todo tipo que harán que sus pensamientos se aclaren y tome una decisión para afrontar una nueva vida. En definitiva, una novela cachonda, en los dos sentidos. Sensualidad y humor se conjugan perfectamente para servir al lector una historia fresca y entretenida, ideal para los días de verano o de cualquier otra estación.



## ¡Préstame a tu novio!

Boo, Iris 9788494786174 208 Páginas

#### Cómpralo y empieza a leer

No puede salir nada bueno de que **tu amiga te pida prestado a tu novio**, y eso María lo va a descubrir de la peor manera posible.

Jane está convencida de que María ha tenido suerte al haber encontrado una pareja como Noah y que ella también se merece a alguien como él en su vida, pues es el novio que su madre sin duda aprobaría. Y, si no puede conseguirlo de verdad, al menos fingirá que le pertenece.

Además, si todo esto no fuera suficiente para desencadenar el caos en la ciudad de Miami, aparece la tentación dentro de un uniforme de bombero: Tonny.

¡Préstame a tu novio! es la primera novela de una serie de historias independientes que tienen como nexo común la vinculación entre varios de sus personajes. Si disfrutas con ¡ Préstame a tu novio!, podrás seguir haciéndolo con ¡ Préstame a tu cuñado!